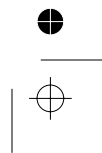
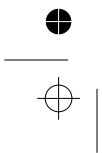
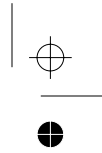
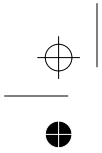


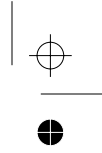
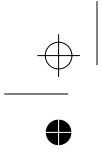
Enrique Jaramillo Levi
Incluye prólogo de Myriam Bustos

Secreto a voces



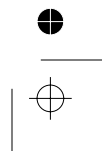
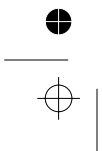
Colección **Sulayom** 7
Brink Editores

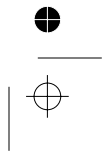
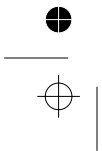
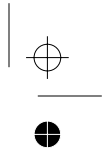
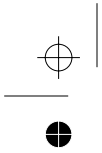


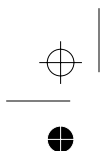


SECRETO A VOCES

URUK EDITORES, S.A.





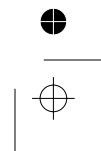
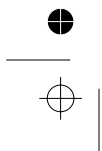


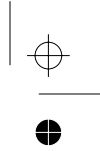
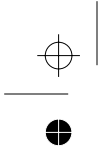
Enrique Jaramillo Levi

Secreto a voces



Colección Sulayom Nº 7
Uruk Editores, S.A.
San José, Costa Rica



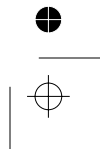
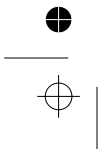


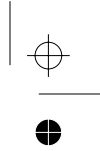
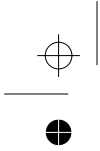
Primera edición: 2008
© Uruk Editores, S.A.
Calle Los Olmos N° 164. Lomas del Sol.
Curridabat, San José, Costa Rica.
Teléfono: (506) 8393-0561
Correo electrónico: sulayom@urukeditores.com
Internet: www.urukeditores.com

Prohibida la reproducción total o parcial por medios mecánicos, electrónicos, digitales o cualquier otro, sin la autorización escrita del editor. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Dirección editorial: Óscar Castillo Rojas

Fotografía de portada:
Impresión: Publicaciones El Atabal, S.A., San José, Costa Rica





*“Alguien escribe en mí, mueve mi mano,
escoge una palabra, se detiene,
duda entre el mar azul y el monte verde.”*

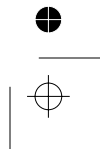
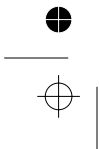
Octavio Paz

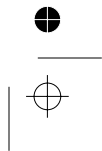
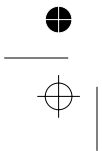
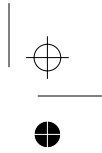
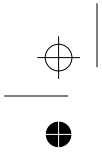
*“El cuento –como una relación sexual– es
algo que debe extenderse pero que debe
concluir pronto.”*

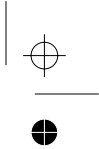
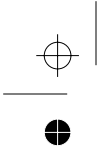
*José Balza (venezolano),
“Música de cámara: el cuento invisible”,
en: Fernando Burgos (editor),
**Los escritores y la creación en
Hispanoamérica**, Editorial Castalia,
Madrid, 2004.*

*“Un cuento puede asaltarnos en cualquier
momento como un tren en marcha”*

*Luisa Valenzuela (argentina),
“Hoy cuento sobre cuentos”,
en: Fernando Burgos (editor), Idem.*







Índice

Algunos atisbos a la poética cuentística de	
Enrique Jaramillo Levi	11
Solo así	19
Historias	
que se cruzan	21
Las vueltas	
que da la vida	25
Apacible.	29
Una sola vez.	31
Vivir del sueño	33
El pequeño filósofo	35
Grafitis	39
Así son las	
cosas en este país	41
Momento mágico.	45
Una larga agonía	49
Nunca se sabe.	59
Nadando en círculos.	69
Por la tangente	73
La roca	77
Según se mire.	79
Historia antigua.	81
Punto muerto.	83

Absolutamente	85
Una cosa por otra.	87
Virtuales.	91
En el muelle	93
Una gran pila	95
Efímera	97
La respuesta.	99
Bajo los viejos faroles	101
Focas	105
Como quien no quiere la cosa	107
Secreto a voces	109
Agua fría.	113
El naufragio	117
Rumores.	121
A primera vista	127
La hermandad.	133
¡Qué más prueba de amor!	145
Paisaje	147
Reencuentro.	149
Una vez más	151
Alguien me mira	153
Efectos primarios	155
Maná del cielo.	157
No fui yo.	159
Nombrarte esta noche en silencio	161



Algunos atisbos a la poética cuentística de Enrique Jaramillo Levi

El escritor panameño Enrique Jaramillo Levi - por añadidura, conocido animador cultural tanto en su país como fuera de él- se ha dedicado al cuento. Ha publicado una envidiable cantidad de conjuntos de relatos breves. Los estudiosos de la literatura de habla española tienen conciencia de que el género –al menos en la Madre Patria-, parece ser menos valorado por el público lector e, incluso, hasta por los escritores dedicados a la narrativa, que se inclinan preferentemente por la novela. España no es territorio de grandes cuentistas, al contrario de América, donde, no obstante, los lectores que compran libros, igualmente buscan de preferencia novelas. Y cuando se trata de juzgar la calidad de un narrador, por lo general se piensa que sólo ha llegado a la cima el que ha escrito novelas. Creo que casi no existe el buen cuentista reconocido que no haya escuchado de sus lectores la pregunta inevitable: “¿Cuándo va a escribir usted una novela?”

Esta que parece ser una situación real es causa de que los editores se desinteresen casi del todo por los conjuntos de cuentos, y únicamente acepten publicar novelas, a no ser que se trate de un literato cuyo solo nombre garantiza que habrá compradores.

Pues bien, si a las editoriales y al grueso público los entusiasma poco el cuento –hasta el punto de que en la tierra de Cervantes se lo llama “la cenicienta de la literatura española”– los verdaderamente entendidos lo consideran “la lírica de la prosa”. Se sustentan convincentemente en sus muchas exigencias para quien lo cultiva, en sus grandes méritos y, por ende, en su valor enorme cuando lo escribe un literato talentoso.

Enrique Jaramillo Levi, al presentar una colección de cuentos, afronta –consiguientemente– la desventaja de que el receptor común es reacio a acometer la lectura de un conjunto de relatos breves. Resulta oportuno recordar aquí una afirmación muy digna de considerar como propuesta que justifica lo anteriormente aseverado. La idea pertenece al escritor inglés Martín Amis, quien admite que a él le resulta más difícil escribir en el espacio corto. “Todo tiene que ser más concreto” –afirma. Y, enseguida, observa algo que no todos perciben y que constituye una convincente razón para que las historias breves no cuenten con la preferencia de cierto público corriente, dada la búsqueda, por parte de éste, de lo fácil, de lo que no implica demasiado esfuerzo, de lo que puede captarse con rapidez: “cuando el lector se mete en una historia –asevera Amis–, se quiere quedar y no entrar en una nueva regla cada veinticinco páginas”.

Ello, porque un conjunto de cuentos es una sucesión de relatos que –en el caso de la obra de calidad– sólo se parecen unos a otros en que cuentan algo, pero cada uno lo hace de manera distinta, puesto que la “forma” de un texto depende siempre de lo que constituye su asunto, su tema, su “contenido” –dicho en términos que todos entienden–. Como el “contenido” varía cada vez, la intuición estética y la vocación creativa conducen al autor, por lo general, a buscar una forma de presentarlo que invariablemente difiera de la que caracteriza a los otros relatos, puesto que la monotonía, la

repetición de los procedimientos es enemiga de la buena literatura.

Nunca olvido el valioso consejo que me dio, hace muchísimos años, mi amigo, el escritor chileno Fernando Jerez, cuando evaluó un conjunto de cuentos que presenté a su consideración: “Trata siempre –me dijo– de no colocar nunca juntos, dos o más cuentos que coincidan en la forma de desarrollar el asunto. Busca con empeño la variación formal –me insistió–, para que cada nueva historia resulte una sorpresa para el lector no sólo en materia argumental, sino en la técnica narrativa”. Pues bien, yo no sólo intenté aplicar esta excelente recomendación, sino que, invariablemente, reparo en este aspecto en las colecciones cuentísticas que leo.

SECRETO A VOCES, de Jaramillo Levi, incluye nada menos que cuarenta y tres textos, cantidad desacostumbrada en la mayor parte de los cuentarios que se publican, que presentan entre diez y quince relatos, por lo general, y a veces unos cuantos menos, de manera que, una vez finalizada la lectura, el que la realizó es capaz de recordar el “asunto” de cada uno tras la sola mención del título, muy particularmente si se trata de historias novedosas y que dejan huella. Cuando la cantidad de relatos es excesiva, el lector suele emerger de ellos únicamente con una visión general, y sólo recuerda uno que otro, por lo común, aquellos más extensos, aquellos que lo mantuvieron por más tiempo en contacto con los personajes y sus peripecias. Conspira, en este caso, contra la fijación más duradera del contenido de los relatos, la cantidad demasiado abundante de estos, generada –en la circunstancia de este libro de Jaramillo Levi– en el hecho de que muchos de los cuentos son brevísimos: algunos no sobrepasan la media página (pese a que no son, estrictamente, microficciones) y otros, con costos consiguen llenar íntegra una cuartilla. La multiplicidad de las narraciones nos impide distinguirlas, recordarlas.

Pero examinemos ahora –en el caso de estos cuentos– las que Amis llama las “reglas” de cada texto, y prestemos

atención al sitio que les asignó su autor a los relatos en cuanto a sus peculiaridades coincidentes o diferenciadoras entre sí. Cabría esperar que combinara los muy breves con los medianos y los extensos, cosa que no siempre hace, pero que se le excusa en atención a lo variado del tratamiento del asunto que caracteriza al conjunto. Si prestamos atención a su forma de iniciar cada historia, por ejemplo (que es una de las tales “reglas” a que alude Amis), podemos observar que nunca es la tradicional, aquella a la que recurriría el aprendiz de escritor, quien, por lo común, cree que todo debe contarse “por el principio”, es decir, en estricto orden cronológico, y no le concede al lector la capacidad para organizar, después, a medida que lee, los acontecimientos. El escritor novato quiere darle la tarea hecha al lector y evitarle, así, todo esfuerzo mental y toda participación. Nada de esto hace Jaramillo Levi, que en unas cuantas oportunidades nos espeta de partida un texto que ignoramos por completo a quien podemos adjudicárselo, y que si lo leyéramos aislado de lo que sigue, podría parecernos únicamente el fragmento desprendido de una obra a la que no tuvimos acceso. Esta es una magnífica forma de atrapar a un lector, que invariablemente querrá saber qué viene después, a qué contexto pertenece ese párrafo o ese apartado en que a veces el escritor o narrador parece estar únicamente filosofando y no interesado en relatar nada. Así procede, por ejemplo, en el caso del cuento “Nunca se sabe”, que arranca así:

Nunca se sabe cómo van a salir las cosas. Igual resulta que todo va bien desde el principio y por el camino hay complicaciones que te llevan a un laberinto enredadísimo o de plano a un callejón sin salida, o que arrancas mal y sin muchas esperanzas y luego las cosas como que se van enderezando y surgen perspectivas que te animan y todo acaba a pedir de boca (p.).

En otra situación, nos encontramos con un comienzo que se nos presenta en cursiva (indicio importante de que

podría tratarse del fragmento de un trabajo escrito o perteneciente a una obra impresa) y donde el escritor o algún personaje nos obsequia un discurso sobre ciertos estados psicológicos aparentemente opuestos que presentan –según afirma– semejanzas notables en determinadas situaciones vitales. Esto sucede, verbigracia, en los primeros párrafos del relato “Una larga agonía”:

Hay momentos en que no existe diferencia alguna entre la lucidez y la demencia. Uno cree estar en total control de sus ideas y sentimientos, enfocado correctamente en determinada perspectiva, capaz de lidiar con los peligros de la distorsión imprevista o la búsqueda demagogia ajena. Uno se cree seguro, sano, en control. Alejado de cualquier peligro de enajenación. Pero no. Por lo contrario, también se dan momentos en los que el caos irrumpe y nos desquicia el pensamiento, las acciones, tornándonos incapaces de gobernarnos dentro de un mínimo equilibrio y con la pequeña o gran dosis de armonía exigida por la vida para subsistir (p.43).

En varios casos, el escritor relaciona de inmediato, en forma explícita, el inicio inusual de su relato con la sección siguiente, de manera que el lector queda enterado de la procedencia, en la ficción, de lo que acaba de leer. Así procede en la circunstancia del texto que acabo de reproducir, cuando, una vez completado, afirma:

Estas notas redactadas a mano con elegante caligrafía pese a sus ochenta y cinco años de edad, fueron encontradas el sábado en la mañana de un 26 de junio de 1980, sobre la amplia mesa de trabajo del doctor Bernardo Petrini, por su hija, cuando para servirle el desayuno lo fue a despertar a su estudio donde solía amanecer escribiendo (p.44).

(Obsérvese, de paso, la gran cantidad de información que nos endilga el narrador, en apenas un período del texto, acerca del protagonista de su historia.)

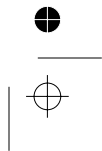
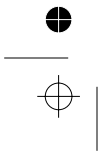
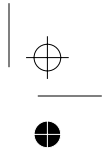
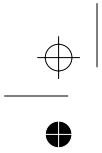
Pero en otras circunstancias, aparece un larguísimo comienzo escrito que se refiere falsamente (por medio de un engaño gramatical) a una segunda persona (*hay complicaciones que TE LLEVAN a un laberinto enredadísimo...; También puede pasar que HAGAS un recorrido... y que por lo tanto SE TE VAYA APARECIENDO el absurdo*, 53). Sin embargo, en realidad quien habla está reflexionando sobre sí misma, recurso lingüístico que, de pronto, la narradora sustituye por la monda y lironda primera persona (*Se va a acabar de una vez y por todas [esta mierda] apenas LOGRE QUITARME de encima al imbécil de mi marido...*, p.55). Aparece a continuación una segunda gran unidad semántica en que ya no es la narradora anterior quien relata, sino un nuevo narrador que no se identifica, pero que cuenta algo sobre una tal Sandra a quien antes no se ha mencionado. Menudo trabajo tenemos como lectores, porque aquello no explícito debemos inferirlo por nuestra cuenta a medida que avanzamos en la lectura.

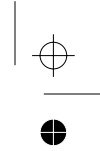
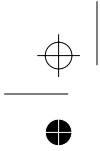
Por supuesto –aunque no voy a hacerlo–, podría continuar describiendo los recursos múltiples que constituyen las variadas “reglas” directrices de estos cuentos que pueden emplearse (los cuentos, no los recursos) muy exitosamente en un taller literario para enseñar a los aprendices de escritores las más distintas modalidades para contar que crean los artistas del relato literario, textos, estos, que nos dicen de mil maneras que el “había una vez” de la literatura pretérita periclitó hace siglos y fue sustituido, como inicio de cuento o novela, por infinitas y atractivas formas de ganar lectores y mantenerlos, particularmente a aquellos que no temen al esfuerzo de descubrir cómo cuenta cada escritor que rechaza la retórica antigua cuando habla de una exposición –al inicio–, de un nudo-al centro– y de un desenlace –siempre al final.

Les dejo a los lectores de estos singulares y muy variados textos narrativos de Jaramillo Levi la interesante tarea de averiguar cuáles son las reglas que el escritor se impone en cada caso, para lo que es preciso que reparen en quién narra, a quién le narra, en qué parte de la breve historia empieza a contar, cuál en el contenido del comienzo de cada cuento, cómo relaciona (si lo hace con palabras) este punto de arranque con lo que sigue, si se vale de un ordenamiento cronológico de los hechos narrados o sigue otro tipo de disposición, si describe física y psicológicamente a sus personajes, si el relato es realista o recurre a elementos de literatura fantástica. Y así, una infinidad de peculiaridades que son parte esencial de la arquitectura de un texto literario.

En fin: esos detalles y otros muchos son parte de la manera de contar de un escritor y lo hermanan con otros o bien lo diferencian. Y son, sin duda, las razones que lo hacen jugar su rol en el firmamento de la Literatura. Enrique Jaramillo Levi ha conquistado, con su valiosa obra, una importante posición en el campo de la literatura gracias a su personalísima forma de narrar.

Myriam Bustos Arratia
Curridabat, marzo del 2008



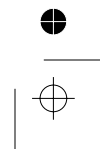
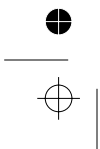


Solo así

Sin más, estaba instalado en aquel sitio. No lo conocía, le resultaba imposible ubicarlo en el recuento rápido de lugares que hizo su memoria. Tendría que explorarlo, investigar dónde se hallaba, no quedarse paralizado en la sorpresa inicial. Así, una vez superado el extrañamiento, intentó caminar hacia adelante en línea recta. Pero en vez de asentar los pies en el rojo barro duro y reseco de la planicie, empezó a levitar.

De la sorpresa pasó al susto y de ahí al pánico. Entonces, aliviado, despertó. Solo que sigue elevándose, ahora sobre la cama, y poco después queda estampado al cielorraso. Pegado a él de frente, bocarriba, cuan largo es, como una inverosímil estampilla. Y vuelve a despertar. Pero esta vez de vuelta a la primera experiencia, flotando aún por los aires, rumbo a la nube más cercana. La atraviesa, continúa subiendo, le aterriza pensar adónde irá a parar si no despierta definitivamente. Tiene conciencia plena del dilema, de su imposibilidad de ejercer control alguno sobre la situación. Pasa el tiempo y sigue ascendiendo tendido horizontalmente, los brazos en cruz, sin necesidad de cambiar la posición de su cuerpo. Y una vez más despierta.

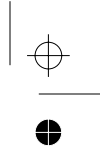
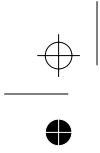
Entiende entonces que en efecto ha atravesado el cielorraso sin problema alguno, sin renunciar al peso, volumen y dimensiones de su cuerpo, sin dolor, y que como en el otro sueño, que de pronto recuerda, empieza a ascender con dirección a la



nube más cercana. No sabe si asustarse o maravillarse. Presiente que los varios sueños están a punto de ser uno solo, lo sabe porque la velocidad a la que ahora se eleva es muy superior a la que recuerda. Es más, ya se ve a sí mismo en la distancia, allá arriba: es él, el del último último sueño. Ya están muy cerca. ¡Son idénticos! En un instante alcanza al doble de su cuerpo y se funde con él, son uno solo. Y sigue subiendo. Hasta que despierta.

Y al darse cuenta de que está en su cama decide volverse a dormir, quiere continuar siendo parte de la fantasía, sentir la real. Pero ya no puede. El tiempo se alarga y se hace espacio pétreo y sin embargo sabe que transcurre. No lo podría probar, pero sospecha que pasan los años, ignorándolo. En algún momento se le vuelve certeza. Y nunca más duerme, nunca más sueña. De tanto intentarlo, agotado —todo crispación y desesperanza—, en algún informe paréntesis decide morirse. Pero no puede. La muerte, veleidosa, rara vez accede a ser un simple acto de voluntad. Llega a cumplir ciento once años sin saberlo. Aunque sí comprende, ya sin sorpresa, que definitivamente no puede morirse. Mucho menos dormirse y soñar.

Sigue pasando el tiempo —despierto siempre— en un instante infinito. Veintisiete años más tarde, creyéndose inmortal, termina realmente siéndolo. Creer es ser. Solo así he podido contar esta historia como si fuera la de otro. Pero en algún punto debo detenerme. Si continúo, sería literalmente el cuento de nunca acabar, y me quedaría sin lectores. Y sin vida. Porque la inmortalidad es algo literario, una hermosa ficción que es y no es la vida. Ya estas alturas del partido, ya no me quiero morir. Pero las palabras se acaban, como los sueños, como la vida.

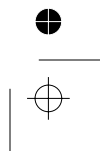
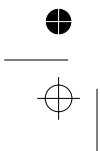


Historias que se cruzan

I

Una vez y otra uno entra y sale de alguna historia. Las de nuestras vidas, diversas, que si bien nos va, cada tanto tiempo se renuevan y enfilan por senderos diferentes, novedosos. Aunque sin duda hay quienes se repiten, porque se quedan dando vueltas en redondo sobre el eje de lo siempre conocido, y hasta tropiezan más de una vez con la misma piedra.

Soy de los primeros. He notado que me pasan cosas nuevas más o menos cada diez años. Tal vez sea casual, pero lo cierto es que cuando cumplí esa edad descubrí que me gustaban las niñas. A las más bonitas les sonreía y con cualquier pretexto las besaba en el cachete. Así logré que se interesaran en ayudarme con las tareas y con los exámenes hasta que me gradué de la secundaria. A los veinte entré a la universidad y descubrí el teatro. Me hice actor y luego director y no me fue mal. Me casé al llegar a los treinta y fui feliz, pero me divorcié a las cuarenta porque mi mujer me confesó para esa época que ella ya no lo era. En todo ello hubo un aprendizaje, siempre lo hay, y qué bueno. Imagínense que uno se quedara igual de inexperto o ignorante.



Me volví a enamorar muy cerca ya de los cincuenta, aunque fue una experiencia insufrible por la forma en que ocurrió. Fue absurdo, porque sucedió por teléfono y así se mantuvo la relación por casi dos años. Obviamente, era casada o tenía un serio compromiso que no estaba dispuesta a romper. Me daba largas siempre en cuanto a conocernos en persona, y sin embargo me llamaba todos los días y durábamos horas, literalmente, en la línea. Un día le exigí que nos viéramos o no hablaría más con ella.

Mandó en su lugar a una prima, nada fea – además, sus voces eran muy similares – y yo terminé encantado con su chispa y hasta fuimos amantes poco después. Hasta que me di cuenta del engaño porque la otra seguía llamándome y una vez se le cruzaron los cables y dijo cosas muy contrarias a las que había sostenido la prima. En la siguiente cita presioné a esta y terminó contándome la verdad, pero sin soltar prenda sobre el misterio que envolvía a mi amor platónico. Nunca supe quién era ni cuál su temor de que la conociera. A esas alturas ya me había acostumbrado al cuerpo de Marieta y además no volví a saber –ni a preguntar nada– de la otra. La relación duró seis años, hasta que murió de leucemia, la pobre. Permanecí soltero y sin compromisos cuatro años más.

Ahora que tengo sesenta vuelve a empezar mi vida. Gracias a que tenía altos los triglicéridos y el colesterol malo, y a que además había aumentado excesivamente de peso, el médico me urgió a controlar la dieta y a hacer ejercicio diario. Seguí al pie de la letra sus recomendaciones, y en un tiempo razonable me he puesto en forma. Me siento muy bien, estoy listo para emprender una nueva relación, que ya presiento cercana, con una amiga de la infancia que hace poco volvió a cruzarse en mi camino. Me la encontré en el gimnasio que frecuento últimamente. Ella es viuda, quince años menor que yo, y está archibuenísima.

Pero Mónica, que así se llama mi amiga, es de las segundas. O sea que por alguna razón como que personas como

ella quedan atrapadas en circunstancias que terminan asfixiándolas. Una y otra vez les pasa lo mismo porque tropiezan con el mismo escollo, incapaces de advertirlo en el momento, irremediablemente, como decía yo al principio. Y lo peor del caso es que me tocó a mí ser la causa de su desdicha, por desearla tanto, por estárselo diciendo todo el santo día y finalmente a la hora de la hora no poder hacer nada al respecto, muy a mi pesar. Cosas que a veces le pasan a los hombres de mi edad.

Me hubiera gustado evitarlo, poder preverlo, pero quién para adivino. Si uno fuera capaz de anticipar el futuro, cuántos problemas nos ahorraríamos.

II

No cabe duda que la vida da muchas vueltas, que este paisito de caricatura es un pañuelo, y que a uno le pasa lo que le tenía que pasar, sin remedio. Después de todos estos años de estar en Barcelona, regreso a Panamá, no encuentro trabajo, para pasar el tiempo y sentirme bien me inscribo en un gimnasio, y ahí me topo con Fede. Estuvimos juntos en la primaria, y luego un par de años en la secundaria, hasta que en tiempos de la Cruzada Civilista mis padres me llevaron a vivir a España para no tener más problemas con Noriega.

Lo reconocí en seguida, no había cambiado tanto pese a la edad. Él, en cambio, no me reconoció en lo absoluto. Fui yo entonces quien se le acercó y quise saber si era Federico Sarmiento. Cuando me dijo que sí, que cómo lo sabía, me identifiqué. Hizo memoria un rato y no daba con mi identidad. Bueno, es que además de que es del todo despistado y muy mal fisonomista, la verdad es que yo he cambiado mucho. Con el tiempo, una dieta permanente, y buena parte del tiempo metida en los gimnasios, me veo más sexy que una chica de veinte. Al principio fue como amor a primera vista,

cuerpos que clamaban el uno por el otro sin contemplaciones, en los sentidos una urgencia más notoria que la de esas leyes vertiginosas que el gobierno busca aprobar contra viento y marea. Y cuando ya casi nos devorábamos vivos, el tipo nada de nada una y otra vez y otra. Nulidad total. ¡Suerte la mía!

Después supe que Fede había sido militar por cinco años, cosa que él jamás menciona, que incluso niega si alguien lo llega a traer a colación. Supe que alguna vez llegó a apresar a papá, a torturarlo, a abusar de él en presencia del dictador. No sé si seguía órdenes o no, pero lo hizo. Y supe también que en realidad él sabía que yo era hija de una de sus víctimas de entonces, que por ello sentía gran vergüenza, y que esa era la más probable causa de su reiterada incapacidad sexual.

Dejamos de vernos varios meses, y cuando me lo volví a encontrar lo invité a mi apartamento y le dije que sabía que él sabía que era hija de mi padre, y también por qué no podía hacerme el amor. Increíblemente, eso lo excitó sobremanera. En un instante me tumbó sobre la mesa del comedor y una vez y otra me hizo aullar de placer entrando en mí como Pedro por su casa. Por delante, pero también, alternadamente, restituyendo su viejo gusto por la sodomización. ¡Nadie me había cogido tan rico ni tantas veces ni con tal despliegue de hombría! Pero yo había jurado años atrás que vengaría a mi padre, quien murió de vergüenza poco después que llegamos a España. Y una noche, sigilosamente, me levanté del lecho en que Fede dormía tras hacerme gozar horrores, fui hasta la cocina, empuñé el cuchillo más filoso que hallé, y de un rápido tajo gritando maldiciones e invocando a mi padre le corté el pito de mi gloria y de mi vergüenza. Y después, haciendo de tripas corazón, dejé que el maldito se desangrara.



Las vueltas que da la vida

*De lengua en lengua la verdad muda su
naturaleza.*

*“El sitio de Troya”, en Coliseo,
Héctor Carreto (mexicano)*

Todo el mundo hablaba pestes de ella. Unos decían que era puta sin remedio, siempre en busca de dinero fácil a cambio de entregar de mil amores la maravilla de su cuerpo. Otros decían que sí, que eso era, pero obligada por las circunstancias de una vida de incontables humillaciones y maltratos, y a regañadientes siempre, lo cual no era excusa por supuesto. No pocos la tildaban de fría y calculadora, pues a los treinta años ya se había graduado de ejercer personalmente el vicio y ahora regentaba una sofisticada empresa de prostitución que era a todas luces una vergüenza para la gente decente del pueblo, si bien no había violado premisa alguna de la existente legalidad. Nadie dejaba de admitir, no obstante, que en el fondo era una mujer buena y de una clara inteligencia, y por supuesto extremadamente bella.

Como era de esperarse en un ambiente como ese, de boca en boca fue cimentándose día con día la mala fama de Zulema, revestida de toda suerte de matices descalificadores.

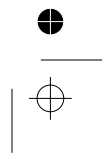
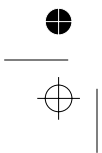
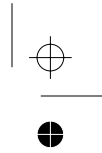
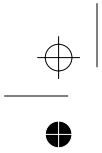
Y tanto la Iglesia como las principales entidades de gobierno desde púlpitos y tribunas públicas la convirtieron en la peor y más peligrosa lacra de aquella cerrada sociedad. Peligro que era un estigma irremediablemente destinado a echar raíces y proliferar. En términos generales, solo los hombres callaban. Mientras tanto, “La casa chica”, que así había tenido aquella mujer la desfachatez de llamar a su negocio, siguió funcionando con no poca clientela a ciencia y paciencia de tiros y troyanos.

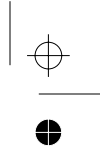
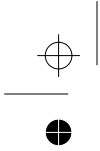
Cuando el tiempo pasa las cosas suelen progresar, empeorar o a veces se congelan, solo que a ella parecía acompañarla siempre la mejor de las suertes. Llegó el día en que el negocio se tornó tan próspero que a Zulema empezó a sobrarle la plata. Y aunque siguieron hablando mal de ella y sus muchachas nadie se opuso a que, una vez nacida su decisión de volverse benefactora de diversas causas nobles, donara de forma sistemática los sobrantes de su talento a respetables instituciones y proyectos, sin duda merecedores de todo el apoyo posible. Sobrantes que resultaron fluir, sorprendentemente, con lujo de abundancia, lo cual hizo aceptar por primera vez lo obvio a quienes más criticaban: que solo la nutrida participación permanente de los habitantes masculinos de aquel pueblo podía sostener con tanto éxito ese negocio del que tan mal se hablaba.

Al año, la capilla del pueblo se convirtió en cómodo templo de respetables dimensiones en el que cabía toda la comunidad devota los domingos y fiestas de guardar durante sus cinco misas al día; las humildes oficinas públicas se transformaron en hermosos edificios gubernamentales, por cierto muy bien atendidos y mejor equipados. Se hicieron nuevas escuelas, pues solo había una, y se contrató a media docena de maestros de la ciudad. Floreció el negocio de la construcción. Y así, las lenguas viperinas fueron perdiendo sus venenos con el antídoto imbatible de la prosperidad que parecía asentarse por todas partes. Al grado de que en el siguiente período electoral,

Zulema corrió para alcaldesa contra viejos y experimentados políticos y ganó sin mayor sofoco. Entonces mandó construir calles y caminos aledaños, apoyó a los comerciantes locales y a los artesanos, e hizo un gran parque. Pero lo más sorprendente es que apenas tuvo en sus manos el poder, cerró sin bombos ni platillos el prostíbulo y dio trabajo digno en el gobierno a sus muchachas. Al poco tiempo vendió “La casa chica”, y sus espacios fueron convertidos con su ayuda en un pequeño pero eficiente hospital para niños, sitio que cuando terminaron cuatro años más tarde sus funciones alcaldicias ella pasó a dirigir con acierto hasta su muerte, veinte años después.

Hoy todos en el pueblo recuerdan con afecto a Zulema Santibáñez. A mi padre, el cura Ubaldo Reyes, quien aún está al frente del templo, todos lo respetan y nadie lo vincula conmigo y mucho menos con mi madre; y por supuesto no seré yo quien lo ponga en evidencia si ambos supieron guardar tan bien el secreto. Total, nunca he dependido de él. ¡Las vueltas que da la vida! Estoy por asumir la conducción del mismo hospital para niños que fundó Zulema, en el que nací muchos años después que se iniciara la relación entre ellos, y en donde decidieron bautizarme –a falta del apellido que en rigor me corresponde–, como Zuly de los Ángeles Santibáñez, a mucha honra.





Apacible

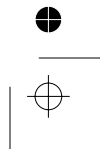
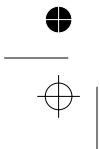
*Las cosas entran poco a poco a su apariencia
y se dan al fin enteras en la luz.*

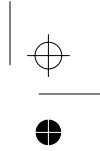
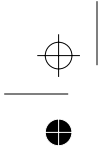
“Deseo”, en Ley natural (2007)

Francisco Segovia (mexicano)

Con toda la calma del mundo leo esto que escribí a mano anoche:

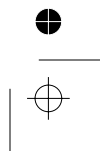
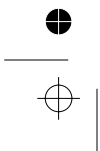
Amanece. Me miras desde tu orilla en la cama. Te veo entrar en el abismo de mis ojos, largamente bucear en su vacío, salir a la superficie con la ilusión perdida. Volver a tu acantilado. Refugiarte en tus amigos fieles el musgo y los canchales, asidos a la humedad ancestral de secretas rocosidades que atesoras y desconozco. Te veo cerrar los ojos, entrar en ti, ignorarme acaso para siempre... Aparto la libreta, medito, me lamento, vuelvo a sentir que el sueño permea mis defensas, me dejo llevar, sucumbo, nadando me alejo de la isla. Mar afuera, voy, pero irremediamente viajas conmigo hacia ninguna parte, hacia el destino inflexible de perdernos, hasta el cansancio que tarde o temprano llega y nos impide seguir a la deriva. Siento reptar otra vez el calambre que termina aposentándose en la pantorrilla izquierda hasta liberarme al fin de tu enorme peso duplicando el mío, el dolor me clava sus punzones, sin remedio se toma lentamente el cuerpo entero, me subyuga, me hunde, una vez más me hunde sin remedio.

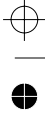
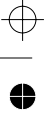




ENRIQUE JARAMILLO LEVI

Con dificultad, jadeando, logro despertar. Me alegra estar vivo. Verte a mi lado, dormida. Desnuda. ¡Como siempre hermosa! Sumida en la suave luz de la mañana que se filtra en el cuarto, no sabes que observo tu inocencia, tu distanciamiento, tu indiferencia. Claramente la reconozco, la asimilo. Me admiro de ya no desearte siendo tan bella, estando ahí dispuesta sin saberlo. De no volver a intentar seducirte. Es que hoy basta tu presencia, me digo, basta la luz que la dibuja. No necesito más. Esa pasividad absoluta, la escultura de tus formas que la claridad rescata –¡el tiempo se ha detenido para que yo te ame solo en la mirada!– termina conmoviéndome más que excitarme. Entonces me levanto, me dirijo al escritorio, tomo pluma y papel. Y mientras a mis espaldas, apacible, continuas durmiendo, de un tirón escribo este relato que nunca verás, como si me lo supiera de memoria, como si te importara.





Una sola vez

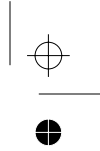
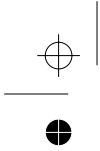
Una sola vez ocurrió. Nunca más, por una serie de razones que no vienen al caso, se dio la oportunidad con ella ni con nadie. Pero aquella experiencia fue suficiente para conocer por un instante las mieles de la gloria y para no dejar de soñar con ángeles y demonios extrapolados sobre su vientre hasta el día prematuro de su fin, a causa de un fatal accidente, absurdo como todos.

Tenía diecisiete años, ella andaría fácilmente por los cuarenta y era la sirvienta que aseaba la casa tres veces por semana. Ese sábado inolvidable, sumido en un profundo sueño, un suave vaivén entre las piernas se le fue reconcentrando primero en el pene y luego al mismo tiempo en las ingles y en los testículos como si su cuerpo hubiese entrado poco a poco en el mismísimo Paraíso y dudara si quedarse ahí hasta tocar del todo el cielo con las manos o despertar para sentir cómo, inmensos y glotones, los tenaces labios morados de Romualda se habían vuelto todo boca avasallante hasta apropiarse de su absoluta erección.

Entonces, desde abajo viendo girar a un lado y otro la cabeza rubia de la mujer, desde la parálisis de su recostado cuerpo mirándola lamer, sorber, mamar su duro mástil en un febril crescendo que parecía querérselo tragar a él entero, Francisco violentamente se vació en aquella boca hiperbólica que succionaba toda su largamente contenida vitalidad. Por mucho tiempo se preguntaría adónde fueron a parar sus

abundantes fluidos lechosos, porque cuando Romualda se puso en pie poco después y con un suave “Eres un chico muy bien dotado, Pancho” y una amplia sonrisa en el rostro en seguida dio media vuelta y salió de la habitación, él no vio trazos de semen en sus labios ni en la punta de su lengua, y simplemente no podía creer que ella se lo hubiera tragado todo, to-ditito, hasta la última gota.

Cuando, once años más tarde, el imprevisible ángel de la muerte toma forma de bus sin frenos y tras incrustarse como un bólido en la parte trasera de su carro continúa avanzando hasta alcanzarlo a él distraído de espaldas y partirlo en dos como serrucho fatal a un muñeco mientras maneja hacia el trabajo pensando en algo tan ingenuo como las musarañas, Francisco termina recordando una vez más los morados labios de Romualda prensados al sitio de placer que pensaba convertir, con calma y buena letra, en el favorito de su tímida noviecita de entonces para así tratar de librarse al fin de la obstinada costumbre de las viejas masturbaciones.



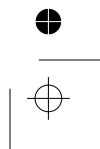
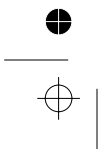
Vivir del sueño

Como en más de una ocasión, sueña que está en una pequeña isla, solo, tendido al sol, y que sueña. En el segundo sueño está en una pequeña isla, solo, tendido al sol, e igualmente sueña el mismo sueño. Como quiera que en el más actual, el de ahora mismo, logra prever el carácter infinito y repetitivo de aquel sueño que una vez más lo absorbe, en esta ocasión siente el temor al vacío, a lo insondable, a no tener control alguno. Es una sensación nueva, distinta, inquietante. Trata inútilmente de despertar, le ordena a su mente desconectarse de la isla, del sol, de la soledad. ¡Ábrete, ojos!, piensa. Nada. Entonces se sabe ignorado por la nula voluntad de sí mismo. Se sabe desubicado, perdido, permanentemente multiplicado y sin embargo solo e irreal.

Nunca sabrá el tiempo transcurrido, porque no hay forma de medirlo desde los sueños. Lo cierto es que en algún momento siente como que despierta, pero no del más reciente, sino del más antiguo.

Entonces oye el eco de una voz que le ha dicho suavemente: – ¡Adán, despierta! He decidido darte compañera.

Pese a todo tiene memoria... del futuro. Sabe de la serpiente mítica, de Eva dejándose tentar, de su propia debilidad, de su hijo Caín matando a Abel su hermano, de toda la milenaria historia que seguiría hasta llegar al sueño último que en algún sitio y tiempo aún sueña...



También él decide algo, pues ya tiene voluntad y hasta súbito raciocinio. “No quiero que pasemos por todo ese interminable rollo de complicaciones y complicidades sin fin que ya conozco”, se dice sin abrir los ojos. “Despertaré aquí. Así no pasará todo lo malo: ni la primera caída en desgracia, ni la infausta muerte de Abel, ni el innecesario Diluvio Universal, ni el terrible Holocausto ni el horror de Hiroshima ni el pavor súbito de las Torres Gemelas, ni el largo desangramiento inútil de Irak. Tampoco, lamentablemente, todo lo bueno.”

Pero por supuesto el Creador lo escucha pensar y, molesto, decreta que siga soñando pendejadas por toda la eternidad, por desobediente. La paradoja consiste en que, por un lado, lo complace y, por otro, lo castiga. Porque no solo aún hoy sigue asido al sueño, sino que su sacrificio no impide que el mundo ruede hacia su disolución, pues Adán nunca sabrá ya que hubo un segundo Adán, más ingenuo y sumiso a la Historia conocida; de donde todo se deriva (y derriba).

Y en esas estamos, siempre lo mismo, siempre al garete.



El pequeño filósofo

Solo tengo doce años, pero ya he aprendido algunas cosas de la vida, como diría mi papá que en paz descanse. Siempre hablaba conmigo sobre ciertos temas que, según él, ya estaba en edad de comprender. Una vez me hizo reír cuando muy serio me dijo; “Tú pareces un pequeño filósofo, ¿sabes? Eres muy observador, todo lo examinas, te la pasas haciendo preguntas, y además siempre tienes opiniones propias.” Cuando tuvimos esa conversación yo apenas tenía diez años y a veces había palabras que él usaba que no conocía, así es que en aquella ocasión le pregunté: “¿Qué es un filósofo, papá?” Recuerdo que respondió con una gran sonrisa estampada en la cara: “Es una persona que hace todo eso que siempre haces tú... Alguien muy curioso y muy inteligente que necesita saber más sobre las personas y los fenómenos y problemas de la vida, por eso siempre hace preguntas y trata de entender las respuestas. Como tú”.

No sé si los demás papás hablen de esa manera con sus hijos, o si los otros niños de mi edad sean como yo, pero la verdad es que él tenía razón. Soy curioso y siempre quiero entender las cosas, tal vez por eso pienso mucho y disfruto preguntando y, por supuesto, leyendo. Porque en los libros uno sí que aprende cosas. No entiendo cómo es que a la mayoría de los de mi edad no les gusta leer, dicen que es aburrido, que prefieren estar jugando que sentados como estatuas con un libro entre las manos. Tal vez lo que pasa es que no

tienen un papá como era el mío, siempre dispuesto a platicar conmigo y enseñarme cosas. Más de una vez me dijo que hay que tener paciencia, ir poco a poco en todo, “prestar atención a lo que ocurre a nuestro alrededor y en nosotros mismos”. Eso decía.

Me hablaba como a una persona mayor, creía que yo siempre entendí perfectamente todo lo que me comentaba, pero no era así todo el tiempo, la verdad es que muchas veces decía palabras o expresaba ideas que nunca antes había escuchado. Cuando eso pasaba, después me iba al diccionario que me regaló para mi cumpleaños y buscaba las palabras nuevas y trataba de comprenderlas. Era bien grueso ese volumen, para niños de secundaria, pero a mí me iba de maravilla. Es el mejor regalo que recibí aquella vez. Pero bueno, la verdad es que en general sí le entendía, sobre todo porque tenía una voz muy agradable y se pasaba horas conmigo conversando cuando íbamos a pasear en el carro o a pescar al río, o a montar bicicleta, o bien al salir del cine e irnos donde el chino de la esquina a comprar barquillos de chocolate... Confiaba en mi “inteligencia sobresaliente”, eso dijo alguna vez, y me quería mucho... ¡Cómo lo extraño!

Mi mamá sí que no me quería nada, siempre me regañaba por cualquier cosa, me gritaba, me castigaba, y el día del cumpleaños en que papá me regaló el diccionario hasta me pegó bien fuerte con un palo porque dizque ya estaba harta de que yo preguntara y preguntara cosas que ella no sabía. Me dolió horriblemente y lloré mucho, mucho. Después ya no me atrevía casi a hablar con ella, siempre estaba brava, todo le molestaba... Esa vez no le dije nada a papá sobre esos palazos en las costillas y en el brazo, pero en seguida él notó que me movía con dificultad y vio la hinchazón y quiso saber qué me había sucedido.

Le dije que me había caído en la escuela y él me creyó, pero como dos días más tarde no se me quitaba lo hinchado sino que estaba peor, me llevó al médico y éste le dijo que

parecía otro tipo de golpe. Yo me puse a llorar en ese momento y terminé contándole lo de mamá. No debí decirle nada, fue terrible. Él le gritó que era una salvaje, le reclamó que por qué me trataba tan mal, se dijeron cosas bien feas. Esa noche mamá se fue de la casa y no la volvimos a ver.

Cuando nos quedamos solos llegamos a ser grandes amigos. Él me explicó que únicamente nos teníamos uno al otro y que debíamos pasar más tiempo juntos y contamos todo y tenernos toda la confianza del mundo, así dijo. A mí me pareció perfecto, pero no entendía cómo íbamos a pasar más tiempo juntos si yo estaba en la escuela todo el día y él tenía dos trabajos, uno como empleado de la construcción mañana y tarde, y en la noche era taxista. No sé cómo hizo con su horario, porque cuando yo llegaba de la escuela ya estaba en casa y se ponía a ayudarme con las tareas hasta que le expliqué que no era necesario porque podía hacerla solo. Después papá esperaba hasta que yo terminara y entonces fue que empezamos a salir juntos a montar bicicleta o al cine.

Pero un día llegué ansioso de verlo porque por primera vez me había tocado una tarea de matemáticas que no sabía resolver, y al abrir la puerta con la llave que me había dado desde que se fue mamá me lo encontré tendido en el piso de la sala. Llamé a la vecina y ella a una ambulancia, pero ya era tarde. Tuvo un “infarto fulminante al miocardio”, comentaron con cara de pobrecito niño. Alguien me dijo después que había tenido un ataque al corazón, pero yo no estaba satisfecho con esa explicación tan general. Sin embargo, tardé un mes en buscar esas palabras en mi diccionario: “infarto”, “fulminante”, “miocardio”.

Simplemente no podía hacerlo antes, estaba como paralizado, sin ir a la escuela, sin comer casi, al cuidado de la vecina. Fue tanta mi rabia cuando entendí la explicación científica que estuve a punto de quemarlo, como si el pobre libro tuviera la culpa de que yo hubiera perdido a mi papá.

Ahora me tienen en una institución para niños huérfanos. Yo les dije que tenía mamá, pero como nadie sabe dónde encontrarla es como si no existiera. No puedo negar que me tratan bien, que aquí también funciona una pequeña escuela que no está mal, y que hasta tengo nuevos amigos, ellos sí huérfanos de padre y madre.

Le he pedido a una señora a quien llaman “trabajadora social” dejarme regresar a mi escuela de antes pero no ha querido. Dice que este es el lugar para mí, por lo menos hasta que me toque entrar a la secundaria. No sé qué han hecho con los muebles de la casa, que por cierto me explicaron no era de mis padres sino alquilada, como si yo fuera un tarado y no supiera algo tan simple. Tampoco sé qué se hizo el taxi de papá. La verdad es que me da mucha tristeza preguntar, sé que no me van a gustar las respuestas, si es que me dicen la verdad. Aunque me dejaron traer mi ropa, mis libros y mi bicicleta, allá se quedaron mis recuerdos.

Mis nuevos profesores (en realidad solo hay dos, uno de ciencias y otro de letras) no entienden cómo es que yo tengo tan buen vocabulario, me expreso tan bien y sé tantas cosas a mi edad. Tampoco yo lo sé. Simplemente es así. “Unos nacen tontos y otros inteligentes”, decía papá, “y tú eres de los últimos”. Yo le confié una vez, poco antes de aquello, que una de las cosas que más me gustaba era leer y escribir. Sonrió. Me puso el brazo alrededor de los hombros y mirándome con orgullo me dijo: “Tal vez vas a ser escritor. La mayor parte de los filósofos siempre escriben.” “¿Yo escritor?”, exclamé. “¿Escritor de libros?” No se me había ocurrido esa posibilidad. “¿Por qué no? Sin duda tienes madera,” insistió. Me le quedé mirando, entre extrañado y complacido. Me dio pena confesarle en ese momento que no estaba seguro del significado de esa expresión, que por cierto nunca antes había oído, aunque la verdad es que era bastante fácil deducirlo. Y ahora que escribo estos recuerdos creo que papá tenía razón. Me parece que tengo madera. ¡Cómo lo extraño!



Grafitis

“**E**nterar a un recinto cerrado es tan peligroso como salir al campo abierto ilimitado del mundanal ruido. Yo caí en esa trampa doblemente: entré y salí sin pena ni gloria de mí mismo. Y el resultado —era de esperarse— fue funesto: no pasó nada en absoluto. Y ahora escribo estas líneas tratando de que pase...”

Encontré ese texto en una pared de la parte antigua de la ciudad. Sin duda el autor de ese grafiti se parece a Dios tras crear el planeta que hoy habitamos. Pero Dios solo se asemeja a sí mismo, y lo demás son baratijas de colores. Y lo que pasó en Su mundo fuimos, justamente, nosotros: criaturas de brevísima imaginación y casi nulos conocimientos, quienes día a día destruimos alegremente el planeta mientras, orgullosos e intrépidos, intentamos la utopía de fingirnos felices.

El segundo texto responde obviamente al primero, consignados ambos en el mismo muro. Éste que ahora escribo solo lo agrego, como quien dice, para añadir mi grano de reflexión. Pero me temo que apenas alguien más los halle, estampará a continuación alguna otra idea propia, y así hasta que ya no quede espacio en esta amplia pizarra natural. Porque las palabras tienen una manera de organizarse en

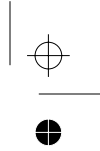
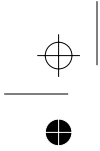
respuesta a motivaciones y, como ciertas plantas salvajes, de ir llenando los espacios abiertos y cerrados y hasta la más mínima grieta. Ahí florecen a veces, y en algún momento se hacen luz en la conciencia de alguien.

He leído varias veces estos grafitis con los que me he topado, y es bien poco lo que entiendo. Cada párrafo parece ser de un autor diferente. Pero en ellos intuyo un barniz de sarcasmo y a la vez un cierto ingenio y un leve dejo de esperanza. Pero han equivocado el medio de expresarse. Por eso, al flujo de la corriente añado simplemente este textito mío. Si nadie lo lee, magnífico. De lo contrario, acaso llegue a feliz puerto. Mi mensaje es claro y contundente: Que nadie más ose ensuciar esta pared del municipio capitalino con pensamientos de ningún tipo, so pena de la más alta multa posible. No quisiera desempolvar el viejo decreto que me permite cumplir con mi deber de salvaguardar la limpieza y pulcritud de la ciudad.

El alcalde

Cállate, bravucón. No hagas demagogia posando como intelectual para lanzar advertencias tontas. No son palabras sucias ni improperios los que preceden, sino ideas. Y aunque lo fueran. La gente necesita expresarse. No cuartes su libertad. Déjate de estar amenazando con aplicar decretos trasnochados y más bien cumple con tus deberes conyugales. O en casa –en cama– te toparás con la horma de tu zapato.

La esposa del Alcalde



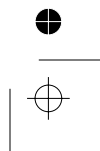
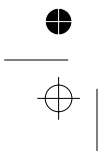
Así son las cosas en este país

Para Klenya Morales, con afecto

Bueno, es que a uno le da mucha rabia algo así, tan absurdo, tan del todo incongruente. Algo que solo pasaría en el desmesurado mundo de la fantasía, nunca en la realidad. Y por eso reaccioné como lo hice, sin contenerme, con despecho. Pero el hecho es que ocurrió, y que mi reacción fue tan desproporcionada como lo que la suscitaba.

Lo que sucedió fue que el tipo ese venía como un bólido, irrespetó la luz roja y se llevó de calle al anciano vecino de Armando, pasándole por encima como si no existiera. Ahí lo dejó, tendido sobre el pavimento, destripado, como un perro, y a toda velocidad siguió de largo. Fue espantoso. No se pueden imaginar lo que hizo el loco de Armando minutos después.

Entonces agarré mi carro y fui tras él. Lo perseguí como media hora por toda la maldita ciudad, metiéndome por los mismos callejones y recovecos por los que él se metía, trepándome a las aceras cuando hacía falta para tratar de atajarlo, poniendo en peligro sin quererlo la vida de los transeúntes, sin darle tregua. Y de pronto veo que inesperadamente vuelve



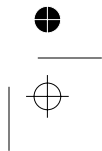
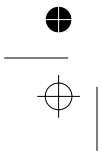
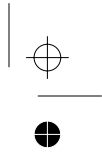
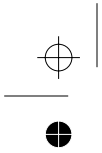
atrás, hace el recorrido inverso, termina regresando a mi barrio, al mismísimo lugar de la tragedia. Entonces se detiene ahí justo cuando llega la ambulancia, se baja del carro, camina hacia el cuerpo maltrecho de don Fernando, se inclina sobre él, empieza a reírse. ¡A reírse a mandíbula batiente, ¿se imaginan tanto cinismo, semejante irrespeto?!

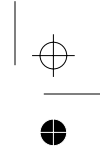
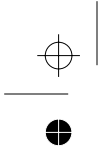
Todos vimos claramente cómo Armando corrió hasta el tipo, sacó su pistola de reglamento —era detective—, y en un santiamén le descerrajó cinco tiros en la espalda y la cabeza sin darle tiempo a que se volteara. No disparó más porque parece que se le acabaron las balas. El cuerpo del hombre —nadie parece saber aún de quién se trata, no traía identificación— cayó de frente sobre el cadáver del anciano. Absurdamente, la ambulancia tuvo que llevarse no a uno sino a dos muertos recostados uno junto al otro. Algo realmente insólito. Todos la vimos alejarse con la alarma inútil encendida mientras Armando permanecía de pie, sin moverse, llorando. El arma tirada a un lado en el piso y él llorando como un niño.

Es cierto, para bien o para mal pierdo el sentido de la proporción fácilmente por cosas como esa. Qué más les puedo decir. No soporto las injusticias. Sí, ya sé, eso no me da derecho a hacer la barbaridad que hice. Tampoco el hecho de ser detective privado. Está bien, no debí hacerlo, fui muy impulsivo, siempre lo he sido en situaciones extremas como esta. Pero no me digan que tan asesino soy yo como el tipo ese. Eso sí que no lo acepto. Él mató a mi vecino en un acto de crueldad incalificable. Ahora sabemos que no estaba ebrio, que tuvo que haberlo visto a tiempo, que hubiera podido parar, que le pasó por encima y se siguió de largo como un divertimento. Y todavía el muy cabrón regresa y tiene la osadía de burlarse del cuerpo destrozado del pobre viejo...

Yo, en cambio, si fuera vanidoso y además creyente diría que lo maté en un acto de justicia divina. Pero ni soy vanidoso ni soy creyente, así es que difícilmente puedo ser instrumento

de un Dios que ni siquiera existe. Por tanto dejémoslo simplemente en acto de justicia. Aunque el mundo entero difiera de mi perspectiva. No iba yo a dejar que con las consabidas mañas de un buen abogado y las usuales debilidades e incongruencias de la ley, o de quienes la ejercen, dejaran libre en tiempo récord a ese miserable, si es que lo agarraban. En todo caso, no tengo más remedio que aceptar las consecuencias de mis actos. Sin duda a mí sí me aplicarán la pena máxima sin considerar atenuante alguno. No me darán “casa por cárcel” ni al final del gobierno me beneficiará un indulto presidencial. No en balde soy un conocido miembro de la oposición y le doy plomo todos los días a los políticos por cuanto micrófono se me cruce en el camino. Así son las cosas en este país.

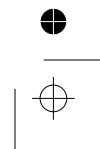
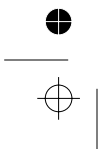




Momento mágico

Contadas son las personas que tienen un momento mágico en su vida, mucho menos un tiempo mayor. Y de estas, las que se dan cuenta, lo viven a plenitud y realmente lo disfrutan son muy pocas. La gente suele estar demasiado entretenida o ensimismada en sus cosas para ponerle atención a algo así. Algo que, de tan singular, requiere una sensibilidad especial para ser reconocido. Algo que puede ser casi instantáneo, o durar un cierto tiempo; suficiente para revelarnos una verdad que cambiará nuestras vidas.

Yo tuve esa experiencia. Aunque breve, fue intensa, única. Por eso, por indescriptible, no la puedo explicar muy bien. Lo que sí puedo hacer es contarles algo de sus antecedentes y de sus consecuencias para que vean que no estoy inventando idioteces. Porque si bien una experiencia como esa llega de pronto, sin anunciarse, solo ocurre cuando la mente (o el espíritu, para el caso es lo mismo) está predispuesta a recibir su influjo. Además, uno no sigue siendo el mismo después. Algo así lo transforma a uno, lo hace cambiar su manera de pensar y, a veces, hasta su forma de vivir. A mí, de plano, me convirtió en otra persona. Literalmente. Así es que no les extrañe que quien ahora les cuenta esta historia no sea en lo absoluto el mismo tipo aburrido y sin gracia al que un día le llegó de golpe ese momento tan especial al que los letrados seguramente denominarían epifanía.



Toda mi vida fui poco sociable y, en lo personal, introvertido en extremo. Prefería estar solo que mal acompañado, solía decir como una excusa a mi conducta; pero en realidad simplemente me encantaba estar solo. Punto. Me pasaba horas y horas leyendo o haciendo ejercicio, y las fiestas y demás reuniones sociales, incluidas las de tipo familiar, solían aburrirme a muerte. De las discotecas odiaba todo: el infernal ruido, tener que hablar a gritos, el insano humo de los cigarrillos, el ambiente todo de jolgorio sin control. Por tanto las evitaba en la misma medida en que mis compañeros de clase y los amigos mataban por estar en tales sitios. Desde mi adolescencia era visto por todos como un chico excéntrico, además de solitario, cuyo comportamiento reñía flagrantemente con los gustos propios de la juventud. Mis padres trataron de cambiarme, pues hasta ellos eran más alegres y parranderos que yo, pero una vez y otra fracasaron sin remedio. Así fui hasta cumplir los veinte años y me instalé en mi propio apartamento, que pagaba con buena parte del precario sueldo que ganaba atendiendo al público en una zapatería. Y fue entonces que ocurrió.

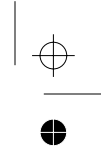
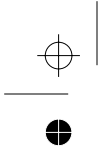
Llevaba una semana viviendo solo. Un domingo en la noche, como a las ocho, tocan a la puerta y es una vecina del piso de arriba. Muy guapa y –después lo supe– mayor que yo por diez años, de pronto me dice estuve observándote desde mi balcón mientras te mudabas y me llamó la atención la enorme cantidad de libros que, en cajetas de cartón abiertas, traías. “¡Treinta y dos cajetas!”, exclama sorprendida aún. “¿Las contaste? Ni yo sé cuántas había”, comento. “Sí, las conté”, responde. “Me llamo Liza”, dice entonces y me extiende la mano. “Liza Ramos”. “Soy Pancho Algandona”, me presento dándole la mía. “Pero no te quedes ahí parada, pasa, por favor”, añade, sorprendiéndome a mí mismo. Nunca antes había estado a solas con una mujer, y esa noche hablamos de libros, de películas e incluso de política durante horas como si

nos conociéramos de toda la vida. Fue mi largo momento mágico.

A partir de esa experiencia empecé a ser más sociable. Ella me dio la confianza en mí mismo que nunca había tenido al hacerme saber lo mucho que disfrutaba mi compañía. Me enseñó a relajarme y gozar de las fiestas, de los paseos al campo y a la playa. Por varios meses fuimos nada más excelentes amigos. Pasando el tiempo fue irremediable que nos hiciéramos amantes. Y entonces la magia de antes, al intensificar su hechizo, se hizo erotismo desmedido.

Liza fue mi maestra en los apenas intuidos gajes de la sexualidad, y yo su devoto y sumiso aprendiz. Resultó ser una voraz lectora pero no tenía biblioteca propia ni dinero para adquirirla, así es que le prestaba dos o tres libros por semana y ella, agradecida, me entregaba de mil amores su más honda intimidad. Era divertida, me hacía reír, disfrutar otros aspectos de la vida, como la abundante gracia de los sabores, colores y olores; como los más mínimos cambios de temperatura; como las texturas de las cosas. Me enseñó a cocinar y yo la ayudé a entender la importancia social de las más recientes novelas norteamericanas y los aportes de la buena ciencia-ficción rusa. Fue una relación intensa y grata —un intercambio de costumbres y conocimientos—, aderezada por un permanente flujo de ideas que le daba un sustrato marcadamente intelectual, y como quien no quiere la cosa duró dos años y medio que pasaron volando. Después yo me gané una beca y me fui a estudiar Literatura y Lingüística a París. Habíamos decidido no llamarnos ni escribirnos a fin de que cada quien pudiera sentirse completamente libre; así es que, lamentablemente, perdí todo contacto con ella. Pero nada nuevo pudieron enseñarme en la cama las muy ilustradas francesitas, que antes no hubiera aprendido a fondo entre las piernas de Liza.

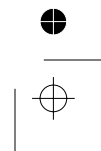
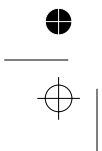
Cuando regresé a Panamá cuatro años más tarde, ya no vivía en el edificio en el que nos conocimos y nadie supo darme razón de ella. Aunque la busqué por todas partes, con

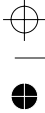
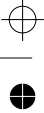


ENRIQUE JARAMILLO LEVI

dolor de mi alma tuve que reconocer que le había perdido la pista por completo. Hoy la vi retratada en uno de los tabloides locales. La reconocí de inmediato.

Nadie fue capaz de cubrir su rostro de ojos muy abiertos ni de acomodar un poco su maltrecho cuerpo. Para quitarle la cartera la asaltó un hijoeputa a la salida de un almacén y, como se resistió y se puso a gritar, el maldito la acuchilló sin piedad antes de darse a la fuga.





Una larga agonía

I

Hay momentos en que no existe diferencia alguna entre la lucidez y la demencia. Uno cree estar en total control de sus ideas y sentimientos, enfocado correctamente en determinada perspectiva, capaz de lidiar con los peligros de la distorsión imprevista o la buscada demagogia ajena. Uno se cree seguro, sano, en control. Alejado de cualquier peligro de enajenación. Pero no. Por lo contrario, también se dan momentos en los que el caos irrumpe y nos desquicia el pensamiento, las acciones, tornándonos incapaces de gobernarnos dentro de un mínimo equilibrio y con la pequeña o gran dosis de armonía exigida por la vida para subsistir. Uno se siente perdido, totalmente desorientado, más allá de todo retorno a lo que consideramos la normalidad. Es cuando una angustia creciente nos sumerge en las profundidades del abismo que no sospechábamos pudiera existir, nos impide discernir, entender, volver a tomar control. Pero no.

No niego que haya situaciones sin retorno, que casi nunca los extremos se tornan reconciliables. Pero afirmo, por experiencia propia, que hay terrenos porosos, permeables, corredizos. Que las fronteras no siempre son tales. Que hay infinidad de matices que pululan y se interpenetran entre el blanco y el negro, entre el calor y el frío, entre el sueño y la

vigilia, entre la lucidez y la locura, entre la vida y la muerte. Digo solamente que uno puede estar aquí y en otra parte al mismo tiempo sin acceder necesariamente a la esquizofrenia, sin pasar por los estragos de la paranoia. No es fácil, pero se puede. Sostengo, con numerosos filósofos y artistas que hicieron escuela, que nada es en verdad lo que parece, que la realidad es frágil y escurridiza y, en todo caso muy poco confiable. Y, también, que las cosas pueden ser de una forma y de otra de manera simultánea sin desquiciar su sentido y trascendencia, y sin que nos volvamos locos por eso. Yo puedo, por ejemplo, escribir razonablemente estas reflexiones con el cuerpo en Budapest, la mente en Montevideo y los sentimientos en Singapur; y, a la vez, estar loco de atar, o casi. Puedo ser un felino hambriento o un búho que acecha cualquier movimiento en la espesa noche del Amazonas mientras sobre esta rústica mesa de trabajo le hago el amor con lujo de pasión a la pomposa mujer del César queriendo entrar en su más honda intimidad como el camello por el hueco de una aguja y una vez más plantar así una pica en Flandes.

A menudo son verdades imposibles de demostrar, lo cual no les quita realidad. Basta con que yo afirme o, creándoles un buen contexto para que encarnen, narre verosímelmente cualquiera de estas cosas en un texto seductor, para que sea absolutamente real para un lector sensible.

Estas notas, redactadas a mano con elegante caligrafía pese a sus ochenta y cinco años de edad, fueron encontradas el sábado en la mañana de un 26 de junio de 1980 sobre la amplia mesa de trabajo del Dr. Bernardo Petrini, por su hija cuando para servirle el desayuno lo fue a despertar a su estudio donde solía amanecer escribiendo. Él, que estaba inválido desde hacía años y se desplazaba por la casa en silla de ruedas, había desaparecido. Asustada, la joven llamó de inmediato a la policía, y esta inició la investigación que lleva tres meses sin arrojar resultados concretos, pero que nos permite deducir

—atando cabos sueltos de información accesible, certezas que he logrado documentar y especulaciones que nunca faltan pero que en mi caso surgen razonables— la presente historia.

II

Bernardo Petrini llegó a Panamá el 12 de agosto de 1940, huyendo del opresivo fascismo que, bajo Mussolini, se había entronizado en Italia. Había nacido en Milán, de madre vasca y padre florentino. Tenía entonces 45 años, pero ya ostentaba títulos académicos nada desdeñables: licenciatura en Filosofía, maestría en Literatura Comparada y doctorado en Psicología Clínica. En seguida se hizo evidente para todos que, tomando en cuenta sus vastos conocimientos y habilidades, la Universidad de Panamá, inaugurada modestamente diez años antes, le quedaba ridículamente chica. No obstante, tuvo que contentarse con dar clases de Filosofía tres noches a la semana y lecciones privadas los sábados, mientras que de día trabajaba como cajero en un pequeño banco. No soportaba el calor ni los mosquitos ni la fastidiosa dejadez de la gente, pero quedó prendado de una agraciada jovencita panameña quien prematuramente insistió en estudiar psicología bajo su sabia orientación. Dos años más tarde, al ella cumplir la mayoría de edad, se casaban y poco después Silvia del Carmen García quedaba embarazada de Luz Graciela. Cuando esta nació, Petrini casi se vuelve loco de felicidad, y desde entonces literalmente fue la niña de sus ojos.

Al entrar a la secundaria la chiquilla demostró habilidad como mecanógrafa, y pasaba en limpio todas las semanas los apuntes que hacía su padre sobre diversos temas. A veces sentía Luz Graciela que más aprendía leyendo o escuchando sus reflexiones que en el salón de clases o en muchos de los libros que sus profesores le obligaban a leer. Por esa época su sólida afición por la lectura tomó rumbos literarios y le hizo

desarrollar un cariño especial por la escritura. Durante toda su adolescencia hacía breves cuentos y poemas que guardaba para sí, y de cuya existencia no se enteraría el padre hasta muchos años después.

A los veintidós años moría electrocutada la madre en un absurdo accidente al ir a conectar una lámpara en su recámara. Fue un golpe devastador para Petrini y su hija, quienes nunca se repusieron del todo del impacto de la tragedia. Él se volvió un hombre hosco, introvertido, poco dado a conversar con sus colegas y vecinos. Incluso dejó de ser cariñoso con Luz Graciela, quien necesitaba más que nunca su afecto. Para no estar tanto en casa empezó a aceptar giras por el interior del país como conferencista, e incluso al extranjero; viajes en los que nunca quiso ser acompañado por su hija.

Pero llegó un momento en que la soledad lo abrumó terriblemente y poco a poco empezó a platicar como antes con la muchacha. Ambos evitaban, no obstante, hablar de Silvia del Carmen porque entonces de una manera u otra su presencia se imponía como un ser vivo y ya no los dejaba en paz. Meses más tarde Petrini decidió escribir un libro sobre los problemas filosóficos y emocionales del duelo, al que tituló **Vivir muriendo**. Seis meses después estaba listo y decidió publicarlo. Sorpresivamente resultó un *best seller* y tuvo que hacer varias reimpresiones.

Le llegó la fama, y de paso el deseo de escribir un segundo libro. Pero en esta oportunidad, tras haber descubierto ya el talento literario de su hija, le propuso crear, a dos manos, una novela parcialmente autobiográfica. Luz Graciela aceptó de mil amores. Hicieron juntos un viaje a Florencia para rastrear los caminos y peripecias de los ancestros. El pasado panameño de Silvia del Carmen, oriunda de Penonomé, sería sin duda una tarea más fácil de reconstruir, y a ello se dispusieron a su regreso de Europa. Tenían muy claro que se trataba de una obra de ficción, por lo que no escatimaron aderezar pasajes con anécdotas imaginarias e inventar otras, aunque

procurando siempre la mayor verosimilitud posible. Habían vuelto por sus fueros de expresividad en su cariño mutuo y confianza, por lo que llegaron a ser una mancuerna imbatible de compañerismo y trabajo.

Llevaban tres capítulos escritos cuando desapareció sin dejar rastro el Dr. Petrini. Luz Graciela no pudo evitar el recuerdo de su madre, y día tras día temió que también su padre, quien probablemente había sido secuestrado, partiera bruscamente de este mundo sin volverlo a ver. Lo lógico, no obstante, habría sido que en un tiempo razonable hubiera recibido una llamada o algún tipo de mensaje anónimo exigiendo una recompensa. No fue así. Un año después el padre no aparecía, por lo que inevitablemente aflojó la investigación oficial al dársele por muerto.

III

Hola, hija querida. Mi salud es muy precaria pero como ves sigo con vida. He logrado escapar de mis captores y necesito urgentemente tu ayuda. Me escondo en la gran cueva que de niña descubriste oculta por la maleza en la ladera sur de la montaña que decías tiene forma de ave mirando de perfil la lejanía. Ven pronto o me hallarás cadáver. Trae alimentos y ayuda médica de absoluta confianza cuanto antes. Que nadie te vea. Luego te explico lo ocurrido. Ya sé que parece novela, pero confía.

Eso decía la nota que misteriosamente llegó a manos de Luz Graciela poco antes de la Navidad. La encontró en el piso de la sala, obviamente deslizada por debajo de la puerta. No solo era la letra de su padre, sino que nada más él sabía lo de la cueva en la montaña. Siendo pequeña juntos habían acampado ahí varias veces. Pero debe tratarse de una trampa, se dijo. Él no camina, ¿cómo pudo escapar? Sería insólito, pero en

todo caso la nota mencionaría eso brevemente, estoy segura, papá es muy explicativo en sus cosas. ¿Y si lo han obligado a escribirme aludiendo a un sitio que solo ambos conocemos para que yo confíe y así atraparme también? ¿Con qué propósito? Somos una familia de dos, no hay nadie más que pague rescate. ¿Y aunque fuera posible de algún modo, no entiendo por qué no lo han exigido en todo este tiempo? Puede haber razones, claro, todo es posible. Tal vez quieren que vea maltrato a mi padre para convencerme de que ceda a las exigencias que vendrán, sin avisarle a la policía. Pero si esa gente todo este tiempo nos ha investigado deben saber que en realidad es bastante limitada la fortuna de papá: esta pequeña casa que ya no es nueva, mi carro de hace años, una modesta cuenta familiar de ahorros, su pensión de invalidez y mi precario sueldo de bibliotecaria estatal. ¡En realidad es mucho esperar para obtener tan poco! ¿O será acaso al científico, al investigador, al hombre brillante que él es al que han estado reteniendo y utilizando para algún proyecto maquiavélico? ¡Cómo saberlo! ¿Qué hago? ¡¿Dios mío, qué hago?! ¡La vida de mi padre está en mis manos! A ver, Luz Graciela, cálmate y piensa. Piensa bien en los detalles porque todo parece indicar que de ti depende lo que ocurra. Y poco después llegó a la conclusión de que era indispensable hablar serenamente con la policía, instarlos a preparar con gran cautela un plan inteligente, con micrófono minúsculo oculto entre sus ropas los conduciría a la cueva y ellos guardarían su distancia, estarían atentos a ciertas claves y de ser posible a determinadas pistas que fueran surgiendo en el momento, por supuesto no habría violencia mientras su padre y ella estuvieran en peligro, no entrarían en acción antes de una señal suya convenida, nada de la consabida precipitación y agresividad que según los medios últimamente los caracterizaba. A menos, claro, que se volviera obvio que corrían un peligro inminente. Es cuestión, señores, de sentarnos de inmediato a intercambiar información básica, ideas, trazar minuciosamente un plan. Ustedes saben mucho

más de esas cosas que yo, a ver, díganme cómo lo hacemos. ¿Será capaz nuestra policía de tales sutilezas? ¿Valdrá la pena poner en riesgo la vida de papá?

IV

— ...pues algún día tenías que saberlo, hija.

— ¡Pero no es posible! ¡Mi papá... es mi papá!

— No, en realidad no lo es. Él te crió, claro. Pero nunca supo la verdad. Aún no la sabe. Tu madre no se atrevió nunca a decírsela. Hasta cierto punto era lógico, ¿no?

— ¡Entonces usted y mi madre...! No, no puede ser, mamá no haría algo así, ella era una virtuosa mujer, amaba a mi padre, le dedicó buena parte de su vida, hasta que perdió la suya en un absurdo accidente casero.

— Tu padre viajaba mucho, la dejaba sola semanas enteras. Ella era joven y, bueno, cometió un desliz, como cualquier ser humano tuvo un momento de debilidad, un momento que yo ocupé en más de una ocasión, hasta que le entraron los escrúpulos, los nervios, el temor a sucumbir indefinidamente en mis brazos ante la pasión. Entonces me mandó al cuerno y se dedicó, es cierto, a su marido en cuerpo y alma. Pero Luz Graciela ya estaba embarazada de ti.

— ¡No puedo creerlo, no puedo!

— Pues créelo, hija. Esa es la verdad... Si tuviera tiempo me haría una prueba de ADN para probártelo, pero no lo tengo.

— ¿Por qué no lo tiene?

— Porque debo salvar a tu padre, que como viste realmente está muy enfermo. Si no se le da la debida atención, morirá.

— No entiendo, ¿por qué debe ser precisamente usted quien... ?

— Soy médico. Como ya te dije, lo secuestré para poder aislarlo del mundo por un tiempo, sobre todo de ti, y poderle explicar con lujo de detalles la verdad. La verdad de tu madre, de la pasión que inadvertidamente te engendró. Pero antes de que pudiera decírsela tuvo un pequeño infarto, del cual gracias a mis cuidados, se recuperó. Después que lo obligué a escribirte la nota, tuvo otro, más serio. Lo he atendido como mejor pude, pero es muy riesgoso llevarlo a un hospital.

— ¿Riesgoso para quién? Solo para usted.

— Bueno, sí...

— Usted es un criminal, por partida doble. Primero lo secuestra arriesgando desde el principio su salud solo para explicarle algo cruel que a estas alturas de su vida no tenía por qué decirle. Y en todo caso, perfectamente pudo hablar con él en su propia casa sin tener que secuestrarlo...

— No quería que tú te enterases de nada. Pero es que necesitaba vengarme, hacerlo sufrir por haberse quedado finalmente con tu madre, por haber logrado que ella se volviera a enamorar de él, le dedicara su vida entera como si yo no existiera, Como si yo no fuera más que un espectro perdido en un pasado remoto que, para mi estupor y sufrimiento permanente, ella finalmente logró olvidar.

— ...Luego, estando por segunda vez en peligro de muerte, se niega ahora a llevarlo a un hospital por temor a que la policía lo capture a usted como el vil delincuente que en realidad es... ¡Lo odio!

— No debes odiarme, soy tu padre.

— Mi padre está postrado en ese maldito cuarto en que lo sigue teniendo raptado. ¡No, usted no será nunca mi padre!

— Luz Graciela, yo no he podido ser tu padre no porque no he querido sino porque tu madre jamás volvió a hablar conmigo después que tú naciste.

— ¿Yantes? ¿Le confirmó acaso que yo era hija suya y no de mi padre?

— En realidad sí, lo hizo. Una sola vez. Para mi sorpresa, tras no responder por mucho tiempo a mis llamados, con cuatro meses de gravidez se presentó un día en mi clínica y, si bien me confesó que la criatura que llevaba en su vientre era mía, me advirtió que la criaría como si fuera de Petrini y jamás le diría la verdad ni a él ni a ti, lo cual obviamente cumplió al pie de la letra. Me dijo que lo nuestro había sido una aventura, pasajera como todas, pero que en realidad amaba a su esposo.

— ¡¿Eso dijo?!

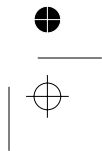
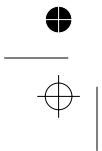
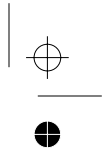
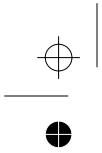
— Sí. Y me rompió el alma. La frialdad de sus palabras me dejó estupefacto, sin defensa posible. Desde entonces he vivido con este odio tenaz, malsano, todo lo injusto que quieras pero real, no hacia ella sino hacia Petrini, porque entiendo muy bien que tu madre solo lo amó a él. Ha sido una larga agonía, hija.

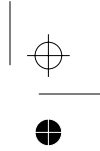
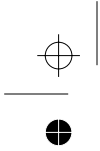
— La única agonía verdadera es la de mi padre, quien yace indefenso allí dentro. Le agradezco que me haya permitido verlo. Pero le ruego, por el amor que dice haberle tenido a mi madre, que lo llevemos de inmediato a un hospital.

— ¡No, maldita sea, no lo haré!

La policía irrumpe en ese momento en la clínica del Dr. Rolando Baeza y lo detiene, y en seguida da paso a los paramédicos para que le den la debida atención al enfermo y lo coloquen en la ambulancia que espera para trasladarlo, en compañía de su hija, al hospital más cercano.

En una casa móvil cercana, dos funcionarios desconectan el sonido del equipo receptor, al igual que en la ambulancia que se mueve veloz por las calles de la ciudad también lo hace Luz Graciela con el diminuto micrófono oculto en el amplio cinturón.

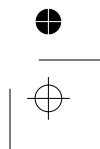
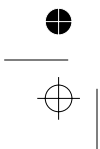




Nunca se sabe

I

Nunca se sabe cómo van a salir las cosas. Igual resulta que todo va bien desde el principio y por el camino hay complicaciones que te llevan a un laberinto enredadísimo o de plano a un callejón sin salida, o que arrancas mal y sin muchas esperanzas y luego las cosas como que se van enderezando y surgen perspectivas que te animan y todo acaba a pedir de boca. También puede pasar que hagas un recorrido que desde el principio oscile entre lo normal y lo tortuoso o francamente extraño, y que por tanto se te vaya apareciendo el absurdo, una suerte de sinsentido que a ratos te ofrezca estimulantes descubrimientos de diverso calibre, o aburridísimas rutinas que te hagan desear la sorpresa de lo insólitamente fantástico apareciéndosete en la más inesperada forma debajo de la uña de tu amante o en la mirada vidriosa del perro de la vecina. Cualquier cosa puede en realidad pasar, ocurrirte, hacerte tomar conciencia de algo o de alguien y hasta de ti misma, por qué no; porque una también tiene derecho a descubrir sus propias cosas, a autodescubrirse un día o una noche cualquiera, de sopetón, y a veces con pelos y señales, de cuerpo entero, de vida plena y maravillosa o acaso turbia y un poco desquiciada o francamente loca.



El asunto es que nunca se sabe y todo es posible y hay que estar preparada para cualquier eventualidad. La vida te da sorpresas, como dice en su canción Rubén Blades, y no queda más que poderlas afrontar en lo trivial que se te vuelve sublime y te deslumbra, o en el golpe que te sacude para siempre haciéndote vomitar las entrañas. De todo hay en la viña del Señor, y en la tuya, en tu parcela intransferible y hecha a tu medida y sin embargo tan imprevisible como una mirada suplicante en el espejo o como las ganas de hacer lo contrario de todo lo bueno y lo correcto y lo que se espera de ti porque así te criaron y debes aceptar siempre estar en tu papel. Y es que una mujer como tú tiene que cumplir con cierto roles asignados por la tradición o la familia si quiere el respeto de los demás, si no quiere ser objeto de censura, sujeto de condena por ese abstracto ente que llaman sociedad y que en verdad empieza cuando naces, y luego al crecer e irte haciendo mujercita hasta llegar a ser la hembra que no debe llamarse así porque suena feo y rompe con la esperada sumisión y recato que te enseñaron tus mayores. Choca con esa voz que yace en tu cabeza limitando siempre tus más genuinas inclinaciones y deseos, contradiciéndose con esa otra voz que palpita entre tus piernas y en la punta de tus pezones ultrasensibles y en tu vientre y caderas y nalgas con el deseo siempre a flor de piel.

Sí, nunca se sabe cómo van a salir las cosas, tus cosas, nuestras cosas del cuerpo y del alma, de la vida cotidiana y de la otra, esa que se lleva en la mente y que a toda hora te está poniendo ante los ojos paisajes que no están físicamente ahí pero que dicen más con su halo espectral o burdo pero a veces poético que no se marcha, esa vida que convoca memorias reales y ficticias, verdaderas y soñadas, esas que son tan verdaderas como las otras, las que invocan escenas que todavía no suceden pero que igual ocurren y no se van aunque pestañees o te rasques la vulva. Esa vida que también se te vuelve cotidiana y tan acechante como el presentimiento o el deseo de lo

que te pasa todos los días en el baño o en el bus o en el trabajo o en la universidad o en la discoteca o en el *push* al que te llevan a escondidas cada tanto tiempo y que te han hecho creer que es un favor que debes agradecer con creces, con entregas cada vez más vulgares o perversas, con orgasmos múltiples y ruidosos, con felaciones reflejadas en los espejos para que él —cualquiera que sea— se sienta un sultán a sus anchas, obedecido, obsecuente, complacido, nunca solidario o tierno o complaciente.

Pero esta mierda se acabó. Se va a acabar de una vez y por todas apenas logre quitarme de encima al imbécil de mi marido, al aburrido ególatra desconsiderado que me monta cuando tiene tiempo y ganas súbitas y cero afecto, ese pendejo que solo goza él y que luego se da vuelta y ronca como un cerdo el resto de la noche mientras yo me consumo de hastío y rabia y me consuelo con los dedos y mi ya cansada y harta imaginación...

Pero no siempre fue así. Cuando entre nosotros, tras mi ruptura con Basilio, se desató de pronto la pasión fue algo extraordinario. Durante varios años fuimos excelentes amigos y un buen día las cosas cambiaron radicalmente. Ambos sentimos una gran atracción y desde entonces ya nada fue igual. Han pasado tres años. Ahora estamos casados y la rutina se ha instalado en nuestro hogar como una tercera presencia. La rutina y el desamor y la permanente falta de consideración. La historia, maldita sea, se repite. Cómo cambia la gente. Yo ya no lo quiero, pero estoy segura de que él fue el primero en anquilosarse, en descuidarme como compañera, como mujer. Se ha vuelto aburrido, previsible. Hablamos poco. Probablemente se acuesta con otras —o con una sola, para el caso es lo mismo—, porque siempre está cansado, a menudo llega tarde en la noche, y casi siempre tengo que incitarlo a hacerme el amor o no se le ocurre que podamos hacerlo alguna vez que no sea domingo.

¿Qué nos ha sucedido, Héctor? ¿Cómo es posible que la pasión se extinga, y de paso el cariño, en tan poco tiempo? Aún somos jóvenes, nuestros cuerpos responden a estímulos. Cifré tanta ilusión en la pareja que prometíamos ser cuando todo era maravilloso y tú te convertiste en el hombre perfecto: atento, considerado, tierno y a la vez fogoso como nadie antes. Decías que era yo la que siempre estaba caliente, la que daba y exigía sin tregua, la que te había hecho más feliz. Mi pequeña ninfómana, me llamaste por un tiempo. Te encantaban mis múltiples orgasmos, mi capacidad de enloquecerte con mis dedos y mi boca y mi pubis siempre dispuesto, nunca satisfecha del todo...

Un día te pedí que no fueras a trabajar, que te quedaras en casa y me hicieras venirme la mayor cantidad de veces posible. Nunca antes las había contado, contigo ni con nadie, porque siempre hubo un tiempo límite, cierta premura, compromisos que era preciso cumplir. Supongo que siempre es así, a menos que uno viva con alguien y, como yo, sea tremendamente arrecha. Ese día era viernes, lo recuerdo bien, y solo teníamos esa semana de ser pareja. Yo me había mudado a tu apartamento y solo hacíamos el amor en las noches, pues ambos salíamos muy temprano hacia el trabajo. Cogimos como locos todo el santo día, y a lo largo y ancho de esa noche, y también todo el sábado y el domingo, en un encierro apoteósico de amantes en celo que se fue dando como lo más natural del mundo.

Por primera vez enumeré en voz alta mis orgasmos, llevé la cuenta en una libreta consignando también cada cuánto tiempo ocurría. Tú ibas a un ritmo mucho más lento, por supuesto. Ya menudo era yo la que, al excitarte de diversas formas, conseguía tus erecciones y, más espaciados, tus propios orgasmos. Esa demora tuya entre una y otra eyaculación era mi mayor estímulo, pues al mantenerte excitado y activo yo lo graba venirme innumerables veces. Era una cosa realmente impresionante, digna de un detallado estudio. Y asumo que

habrá otras mujeres –acaso muchas más de lo que se sabe– capaces de realizar la proeza de gozar de tantísimas venidas si se les sabe estimular debidamente, si la actividad es continua y no está sometida a presión ni a limitación alguna. Pero, así mismo, es sabido el alto número de mujeres que no conocen ni los rudimentos de una relación sexual excitante, que no tienen orgasmos, o tienen pocos y tal vez defectuosos. En ese sentido, no me puedo quejar. Mi cuerpo es una gran esponja sensible, insólita caja de resonancias, pero para que suelte todos sus acordes deben darse las debidas condiciones. Y estas, lamentablemente, ya no existen en mi relación con Héctor.

No puedo seguir así. La vida es demasiado corta y bella para malgastarla de esta manera. Tendré que sincerarme con él y pedirle una explicación. Lo más probable es que lo nuestro no tenga ya remedio. Pero nunca se sabe. Así como hace años nací a mi plenitud sexual con él, podría ahora renacer tras esta desesperante hibernación de meses... Sí, le diré todo lo que pienso y veremos cómo reacciona. Hace tiempo que no tenemos una plática larga y sincera sobre ningún tema. Y si no me satisface su reacción, su actitud, me iré de aquí. Mejor sola que mal acompañada. Además, hay otros hombres en el mundo. Muchísimos. Cualquiera estaría encantado de tener una relación conmigo. Exagero, claro. Ya sé que no es solo el sexo lo que sostiene una relación. Pero –para qué más que la verdad– no es una estabilidad de pareja lo que yo estoy necesitando en estos días sino una regia tanda de cogidas. La ansiada vuelta al erotismo desatado y continuo.

Las mujeres siempre hemos tenido el estigma de que nos consideren putas o promiscuas si nos gusta el sexo, si lo disfrutamos cabalmente y sin necesidad de involucrarnos de manera sentimental; cosa que no se le recrimina en absoluto a los hombres. Al contrario, ellos disfrutaban de admiración social en la medida en que ejerzan constantemente su hombría a través de la sexualidad. Eso está cambiando, claro. Los contraceptivos de diversa índole han ayudado. Pero sigue siendo,

en el fondo, una seria mancha en la reputación de quienes nos atrevemos a hacer ostentación de ello. No me importa. Yo soy diferente. Hago con mi vida, y con mi cuerpo, lo que me plazca.

II

Sandra era novia de mi mejor amigo, durante cuatro años mantuvieron una buena relación. Siempre andaban juntos, bromeaban entre sí y con los demás. Todo parecía indicar que tenían una excelente química sexual e, incluso, que se amaban. Pero un día ella me citó en una cafetería que solíamos frecuentar los tres, y me confesó que había descubierto, de la peor manera, que Basilio era *gay*. O bisexual, que para el caso era lo mismo, corrigió. Le dije que no podía ser, yo lo conocía desde la primaria y jamás le vi esa inclinación. Antes de conocerla, agregué, tuvo a gran cantidad de chicas. Ella se me quedó mirando y, con lágrimas en los ojos, exclamó:

Lo encontré en la cama con un hombre mayor. Quise darle una sorpresa y llegué más temprano que de costumbre a su oficina, ya sabes que tengo una llave. ¡El muy maricón le estaba haciendo sexo oral al tipo, desnudos ambos!

No supe qué decir ni qué hacer. La tomé en mis brazos y traté de consolarla. ¿Qué puede ser mejor que un abrazo solidario que transmita sin ambages un serio apoyo moral? Así permanecemos largo rato y, desde el principio, irremediablemente tuve una erección. Siempre me había parecido una chica fascinante pero respeté su relación con Basilio. Ahora, incómodamente excitado, tuve ganas de besarla. Estoy seguro de que Sandra sintió mi deseo, porque cuando nos separamos me dijo, mirándome a los ojos:

No te preocupes, también yo estoy caliente. ¡En realidad estoy empapada!

¿Pero por qué estamos así? Siempre hemos sido solo amigos.

Tal vez por eso –suspiró, y puso su mano sobre mi pene y lo apretó sin quitar sus ojos de los míos. Me estremecí.

Entonces la besé con fingida ternura, y me sorprendió que casi en seguida me dijera:

Llévame a tu apartamento.

Le dije que no, que no estaba bien, pero ella amenazó con sacarme la verga y mamármela en plena cafetería. Esas fueron sus palabras, que no sé si alguien alcanzó a escuchar.

¡Estás loca, Sandra! –exclamé.

—¡Sí –replicó–, de ganas de que me hagas tuya! ¡Vámonos!

Manejé hasta mi casa, cada quien rígidamente quieto en su asiento. No hablamos en el camino. Al llegar, le pregunté si estaba segura de querer estar conmigo.

Segurísima –contestó, y se bajó antes que yo del carro.

Todavía en la puerta, mientras introducía la llave, le dije:

Sin duda esto es un mecanismo de compensación por la ofensa de Basilio, simplemente te quieres sacar el clavo.

Puede ser, pero tú también me deseas. Total, ¿qué tiene de malo? Somos jóvenes, libres, amigos entrañables...

¿Y ahora seremos amantes?

No lo sé. Depende de cómo nos vaya, ¿no?

Entramos.

III

Sandra lo había mirado de una forma extraña, y sin duda con marcada intención. No era bella, pero sus ojos negros y su boca carnosa inducían al deseo en un hombre como

él, incapaz de no aprovechar la ocasión, la sugerencia. Después se fijó en sus pechos desprovistos de sostén, atrevidos, que anticipó duros y moldeables en su pequeñez manifiesta debajo de la blusa tenue, casi transparente. En seguida vio el ombligo imponiendo su presencia en la piel cobriza, entre los pliegues inferiores de la blusa y el inicio del pantalón a la cadera.

¿Qué buscas? —dijo la chica maliciosa, quien había seguido la trayectoria de sus ojos.

¡Te miro entera!

Semi —exclamó, insinuante—, porque no has mirado más abajo.

No me diste tiempo.

Se puede mirar y hallar a la vez.

Sí, por supuesto.

Entonces ella se fue despojando del negro pantalón entallado, y en seguida del panty minúsculo, blanco, que contrastaba con el violento negror de su enmarañada pelambre.

Héctor enterró la boca entre sus piernas mientras la levantaba en vilo por las duras nalgas. Era pequeña y no pesaba gran cosa, por lo que pudo sostenerla así, casi que en el aire, lamiéndole el henchido clítoris, mordisqueándoselo, empapándose de sus jugos, excitado con sus gemidos, durante varios minutos que parecieron una eternidad. Luego la acomodó sobre la mesa de la cocina y continuó lamiendo y chupando cada milímetro de su vulva en medio de aullidos que sugerían el mayor de los tormentos o la más intensa dicha posible. Hasta que la sintió estremecerse toda, largamente, como en una crisis de epilepsia.

Después me despojó de la blusa y con la lengua fue alternando sobre mis pechos. Cabían enteros, solícitos, quejumbrosos, en su boca, y tuve la impresión de que eran ellos los que se metían en la cavidad exigiendo ser chupados sin tregua, lo que casi en seguida me produjo un nuevo orgasmo.

Cuando me penetró finalmente, me convertí en un volcán, y sé que a él no le fue fácil controlar su natural deseo de venirse. Por eso se salió, ante lo cual protesté, y como una forma de compensación tomé su verga entre mis labios y muy pronto lo obligué a soltar su chorro incontenible y copioso en las honduras de mi boca, tragándome golosa hasta la última gota.

Fue muy poco lo que le permitió descansar. Cinco minutos más tarde la chica hurgaba entre testículos y ano con dedos sibaritas, y poco después succionaba nuevamente el glande, lamía de arriba abajo el gran tronco venoso, y volvía a chupar mientras hundía lentamente el índice derecho en su trasero haciéndolo retorcerse. Cuando lo sintió a punto lo indujo prontamente a acoplarse, pero él no se vino y fueron cambiando de posición una y otra vez con lentos movimientos, como en un rítmico e interminable ballet. Él sabía que demoraría en venirse, se había propuesto que así fuera —no en balde había aprendido el arte sexual tántrico con una maestra hindú en sus años universitarios—, por lo que pudo hacerla gozar largo rato en cada pose, provocándole múltiples orgasmos en los que ella gritaba de placer como si la mataran.

Al final, para cerrar con broche de oro, le pedí a Héctor que me cogiera por detrás. Sorprendido, él empezó a entrar poco a poco, tratando de no causarme dolor, pero irremediablemente empecé a zarandearme como una loca. Meneando el culo de un lado para otro y en forma circular, aceleraba poco a poco obligándolo a una penetración profunda.

La grupa de Sandra, abierta en abanico, espléndidamente desplegada ante sus ojos, era un espectáculo tremendamente incitante, y en seguida estuvo bajo la incesante acometida de su sexo. Muy pronto, asido a sus caderas, se dejó ir como por un estrecho túnel sin fondo cuyas paredes ciñeran sin piedad su virilidad entera, y al cabo de un momento tuvo el más intenso orgasmo de su vida. Ambos gritaron al

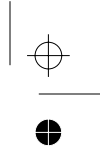
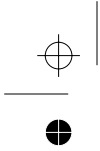
unísono, desbarrancándose, cayendo en el más hondo abismo, y él sobre ella.

El resto de la noche fue un alternarse casi continuo entre una posición y otra, una búsqueda de variantes en las que desfogaron una y otra vez su incontenible deseo. Solo en la madrugada, exhaustos, se quedaron dormidos.

IV

Desperté muy temprano en la mañana, y para mi sorpresa me hallaba sola. Completamente sola. Examiné meticulosamente las sábanas, una y otra vez las olí, pero no encontré en ellas rastro de mi amigo, ni en ningún otro sitio de la casa, que curiosamente no era la suya sino la mía. ¿Habré soñado todo?, me pregunté incrédula. Después de un buen rato todo parecía indicar que sí. Entonces, decidida a preservar de todos modos la intensidad de la experiencia, la fui recreando desde el principio sentada frente a la computadora, y poco a poco, con la lenta fruición de la añoranza, a mi manera hice real lo ficticio en una docena de páginas del cuento más erótico que jamás haya escrito. Lo titulé: *“Nunca se sabe”*.

Todavía hoy, muchos años después, lo releo y dudo. Porque si bien es cierto que ni Basilio ni Héctor existen fuera de esa historia, en ella —como antes en mí— son reales y reviven con igual fuerza cada vez que la leo. Sobre todo Héctor. Tal vez algún día se crucen los planos, la fantasía trascienda los límites del texto y con un poco de suerte me lo encuentre en cualquier esquina, o de plano erguido y dispuesto en mi cama. O acaso sea él, el verdadero él, quien se tope con mi deseo a flor de piel, y saliendo de su fantasía me haga suya para siempre.

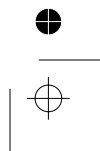
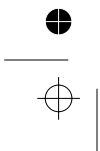


Nadando en círculos

*Para Luigi Lescure, quien por un momento
estuvo ahí; y en homenaje permanente a
Cortázar porque sabía de estas cosas.*

La tortuga saca del agua la cabeza, la estira atada al largo cuello verde veteado de franjas amarillas, mirándote. Sus ojillos, situados a los lados, te observan fijamente, a veces parpadean. Estás seguro de que ya te conoce, sabe muy bien que eres tú quien la encontraste caminando lentamente en el patio del edificio donde vives, avanzando desorientada, a la intemperie, sin dueño. Que la adoptaste y desde hace más de un año le das de comer todas las mañanas. Solo le echas pedazos de lechuga fresca, y con eso ha sobrevivido en el tazón de plástico que compraste especialmente para ella, en la que colocaste una piedra gruesa en el centro, arenilla a los lados y suficiente agua para que pueda nadar incansablemente en círculos.

Ha ido creciendo y ya tiene el tamaño de dos puños semiabiertos lado a lado. Su caparazón, pese a la relativa pequeñez del anfibio, no deja de ser impresionante por su oscura amplitud, grosor y consistencia. Te mira mientras bajo el agua estira sus oscuras patas traseras, anchas y algo deformes, rígida en el centro la colita, y bajo la superficie con suave lentitud mueve también, pero asimétricamente, las patas de adelante,



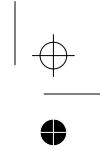
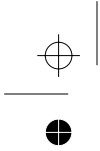
la cabeza extendida fuera del agua. Es curioso cómo se te queda mirando, se miran.

Recuerdas de pronto al axolotl, ancestral animalito azteca, mirado tan intensamente por el protagonista en un parque de París en el famoso cuento de Cortázar. La interiorización absorbente de las miradas que terminan fundiéndose y confundiéndose hasta que ocurre el traslape, la sutilísima mutación de almas, cristal de por medio. Te sacude un escalofrío y te apartas. Pero eso es solo ficción, la realidad es otra cosa. Aunque prefieres retirarte del balcón.

La cabeza ha empezado a dolerte cuando te recuestas un rato en el sofá de tu sala. Cierras los ojos. Pero más te duele cuando los abres y empiezas a ver desde una perspectiva diferente los extraños colores de las paredes y los muebles, la fluidez de las yuxtaposiciones, los violentos fundidos. Mezcla curiosísima de efectos cubistas y surrealistas. Te das cuenta de que estás incómodo porque no puedes acomodarte boca arriba. El cuerpo te arde, sientes como que las coyunturas se te contraen y expanden a la vez. Tienes entonces la necesidad de agua, de sumergirte cuanto antes en su conocida placidez. Y corres al baño.

Bajo la regadera, enconchado en el piso, no estás a gusto. Aprovechas el ángulo y le pones el tapón a la amplia tina que te rodea, abres la llave, se va llenando de agua, siempre disfrutaste este sitio, son pocos los apartamentos que lo tienen hoy en día. No has querido cerrar la regadera, qué grato el chorro en tus rígidas espaldas agarrotadas, agua cayendo a raudales desde arriba y entrando desde abajo, horizontal tu perspectiva del borde inferior de la cortina de baño, del contorno mismo de la tina. Ya a punto de desbordarse, extiendes una pata verde veteada de tiras amarillas, algo deforme, que percibes tuya por primera vez, y con cierta dificultad logras cerrar la llave.

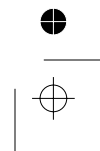
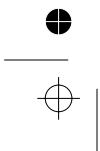
Comprendes sin escandalizarte, y curiosamente tampoco te preocupa. Sientes, eso sí, pena por Rolando, atrapado el

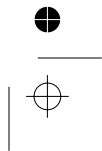
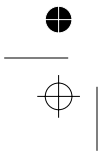
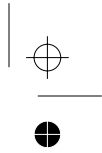
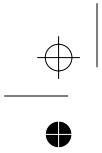


SECRETO A VOCES

pobre en el pequeño ser que fuiste, en el que de alguna extraña manera sigues siendo un poco en este otro cuerpo más grande protegido por su nueva caparazón. Solo que él allá afuera, en el balcón, en su piscinita súbita de plástico barato, atónito y sin duda disminuido, tal vez desprovisto de pensamiento –éste lúcido que ahora tú tienes–, nadando para un lado y para otro, desorientado –como ahora también tú, pero inmerso en esta nueva felicidad–, sin saber el otro que en esta parte de la casa tiene un alma gemela, él allá afuera nadando en círculos donde antes estabas tú, consciente de pronto de estar absurdamente atrapado, sin duda aterrado.

Y entonces –idea fulminante–, tomas conciencia de un pequeño detalle, y nace tu propio terror: ¡Ya no habrá quien los alimente, les impida morir de hambre, quien cuide de ti, porque están solos y aislados, él allá y tú acá, porque no hay regreso!







Por la tangente

*Escribo mis libros sin orden, porque si
ordenase mi emoción la perdería.*

Carlos Pellicer (mexicano)

Salta al ruedo una frase, la primera, la que sea, en silencio. El límite deja plasmada su identidad. En seguida se genera la segunda, tímidamente o con arrojo, buscando su sitio en el naciente mundo –en el texto–, sin mirar atrás. Luego sale a relucir la que sigue, la única que puede establecerse sin traumas ni fisuras ocupando el lugar justo. Y luego surge otra, y otra más, y todas las que necesariamente siguen –muchas o pocas, las estrictamente necesarias–, aunque antes ni remotamente lo supieras, ni establecer su intención y secuencias fueran intención del autor.

La escritura lenta o rauda avanza, según sea el caso, e inadvertidamente ya estamos en un segundo párrafo. Las palabras, inquietas, en franca ebullición, empiezan a buscar su independencia: no quieren ser simples súbditas colonizadas por frases insertas a capricho. Intuyen, además, que tienen otras funciones. De intencionalidad, de sentido, aptas a la interpretación. Un destino, en todo caso, más sofisticado, más airoso y digno. Como el de llegar a significar cosas bien concretas –atmósferas, ambientes, anécdotas– reconocibles en la realidad en la que vienen. Saben que, quiérase que no, si en el contexto del que ahora forman parte empiezan a tener vida

propia, también en la suprarrealidad que con sus interrelaciones van creando la carga semántica se multiplica haciéndose mucho más precisa. Y de ahí a contar una historia, a formar parte de una trama o diseño que dé forma y cierta dirección, solo hay un paso. Un paso que no están seguras si solo depende de ellas, las palabras, todas juntas o por separado, o de una voluntad ajena que desde algún lugar las va creando como si fueran ellas las que se parieran a sí mismas. Deciden que finalmente no importa, son tecnicismos que poco significan ahora, conceptualizaciones que no vienen mucho al caso si de lo que se trata es de darle substancia a la escritura: esencia. Y, claro, de eso, precisamente, se trata.

Así es que al dar pie al tercer párrafo las palabras se declaran libres, autosuficientes. Establecen asimismo su firme voluntad de mantenerse así, ajenas de manera total a quien sea que ha venido plasmándolas, aunque esto parezca un contrasentido. “Somos dueñas de nuestro destino”, añaden más seguras ya de sí mismas. “Como los sitios concretos y las claras situaciones y las atmósferas y los diversos personajes que tarde o temprano habrán de surgir de nuestro fecundo seno, sépase de una vez que desde ahora, al menos en este texto, establecemos una confraternidad que nada ni nadie podrá desvirtuar”, terminan proclamando. Y para muestra un botón:

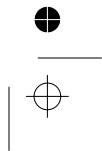
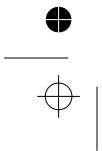
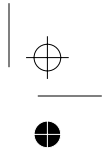
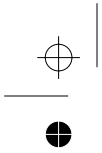
En una habitación pequeña que ha sido arreglada como estudio, frente a una ventana que da hacia un descuidado patio interior, bajo un viejo abanico de techo cuyas aspas giran lentamente, un hombre en ropa interior desliza sus dedos sobre el teclado de su computadora. De mediana edad, calvo, y de lentes gruesos, escribe un relato. Cuenta la historia de un texto que, llevado casi por la inercia, ha ido plasmando, y que poco a poco siente que se le va de las manos. Aunque hasta el momento no parece haber trama alguna, intuye que el impulso por ser independientes que siente aleteando en las palabras tiene mucho que ver con esta, también con él mismo como su creador, por más que ellas lo resientan y estén por

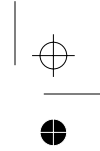
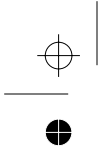
cometer un virtual parricidio. Le preocupa que en esa historia haya, asimismo, un escritor que vive una situación similar a la suya, pero entiende que es inevitable. Es más, se trata de una situación que bien podría extenderse hasta el infinito, pues están dados los elementos para que exista una historia dentro de otra que esté dentro de otra que a su vez sea parte de muchas más, dando lugar así al cuento de nunca acabar.

El escritor, al mirar por la ventana y ver a un niño que a su vez mira hacia donde está él, decide incorporarlo como personaje a su historia, y así lo hace. Quiere que se trate de su propio hijo, que acaba de llegar de la escuela y se ha ido directamente a jugar al patio sin pasar primero al estudio a saludarlo.

Decide crear una escena en la que regaña a su hijo por no hacer las cosas como le ha enseñado desde pequeño, y en la que el niño le responde, asombrosamente, una barbaridad: "Tú ya no eres más mi padre". Y entonces se da cuenta que una cosa es desear escribir una escena, o una descripción, o cualquier cosa, y otra muy distinta el poder concretarlo de la manera exacta en que lo ha pensado, ya que siente ahora que algo se lo impide. Es como si las palabras, llevando a extremos su actitud de antes, insistieran en hacer su voluntad, contrariando drásticamente la suya. Porque de pronto resulta que lo que ha escrito, a pesar suyo, es otra cosa: "El niño, al verlo en la ventana, sonríe. Abandona entonces el patio, vuelve a entrar a la casa y corre al estudio a abrazarlo. El padre, que en ningún momento ha dejado de escribir, lo aparta bruscamente y le espeta:

—¿No ves que estoy escribiendo? ¿No te he dicho que nunca me interrumpas cuando escribo? Ya sabes que la inspiración es algo sagrado para mí. Vete al patio a jugar." El hombre, contrariado, no entiende cómo ha escrito eso. Y lo que sigue. Porque es cuando en realidad el niño, muy sentido, mirándolo a los ojos le grita desde el fondo de su alma: — Tú ya no eres más mi padre.

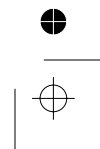
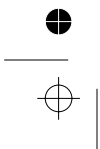




La roca

El niño había corrido un largo trecho. Agitado llegó a la curva, se detuvo y miró a todas partes. Entonces, un poco mas tranquilo, se sentó sobre una gran roca del camino. El susto, agazapado, lo dejó en paz un rato, permitiéndole recordar.

Su padrastro llega borracho a casa esa noche. Lo sabe porque desde su cuarto oye las vulgaridades que a voz en cuello profiere contra su mamá. Después, por los gritos de esta, comprende que una vez más la golpea. Rápidamente sale al corredor y, sin pensarlo, abre bruscamente la puerta de la recámara de ambos. En ese momento ella, sentada a un costado de la cama, se cubre alternadamente rostro y vientre con ambos brazos. Y él, embrutecido, le suelta un puñetazo tras otro tratando de penetrar su defensa, como si quisiera destruir a su peor enemigo. El niño entonces agarra con sus dos manos la ancha base de la lámpara que está sobre la mesita de noche y de un jalón arranca del enchufe de la pared el extremo del alambre. Certero, como resultado de una acción desesperada, es el estallido de la lámpara sobre el cráneo de su padrastro, quien atarantado, como en cámara lenta, va cayendo de lado sobre el piso. La madre lo abraza, ambos lloran largamente. Poco después la sirena de una patrulla que se acerca, sin duda convocada por los alarmados vecinos, e irrumpe en el barrio. Mira aterrado a su madre, visualiza películas en que

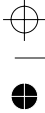
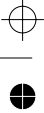


las víctimas terminan siendo inculpados, y sin decir palabra, sin despedirse siquiera con un gesto, huye.

No debió hacerlo. Reventarle esa lámpara en la cabeza al animal, sí, por supuesto, no había más remedio, y además se lo merecía. ¡Tal vez esté muerto! Pero no debí huir así, convirtiéndome en culpable a los ojos de todos. Deben estar buscando, a lo mejor no demora en venir por ahí la patrulla. ¿Qué les habrá dicho mamá? Tendrán que creerle. Verán las huellas de los golpes, el inicio de los nuevos moretones. Solo un idiota no entendería lo ocurrido. Pero ojalá no se le ocurra echarse la culpa por salvarme, es tan capaz... Sí, no debí huir. Lo mejor será regresar, decir la verdad. Solo basta reconstruir los hechos, hacerlo con lujo de detalles, eso también lo ha visto a menudo en las películas.

Distraído, mirando hacia el interior de la curva que se prolonga indefinidamente, no oye a la patrulla llegar a sus espaldas hasta que se detiene a veinte metros de él y de golpe oye que abren y cierran puertas. Cerrando los ojos, de momento se asusta y considera la posibilidad de nuevamente salir corriendo. Se da vuelta. Es tarde, piensa, aquí están ya, ¿pero por qué ahora sin la sirena? La respuesta es obvia cuando siente que lo atenazan cuatro manos rudas obligándolo a pararse. ¡Qué linda!, se dice mirando con inesperada ternura la roca en la que no sabe cuánto tiempo estuvo sentado, antes de que se lo lleven. ¡Tan solitaria aquí, tan cómodamente grande y redonda y pulidita!

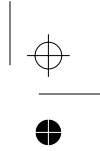
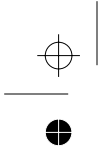
Entonces, de súbito apenado, recuerda a su madre, seguramente ya sin la bestia esa, pero igual sin mí a causa de lo ocurrido; otra vez por su cuenta ella, aunque cada vez más sola y redondito su vientre.



Según se mire

Todo es según se mire, cada día que pasa estoy más convencido de eso. Nada es de una sola forma, y mucho menos para siempre. Hay perspectivas, enfoques, sensibilidades, que hacen variar la percepción. También la educación y el gusto influyen. O sea que cada quien tiene su propia óptica y sus muy personales razones para entender de cierta manera las cosas. Yo, por supuesto, tengo las mías; y tú las tuyas. Por eso estoy convencido –aunque podría estar equivocado– de que eres un perfecto imbécil. Fíjate bien lo que digo, porque esa expresión no es lo mismo que un imbécil perfecto, que sería demasiado honrosa para ti. Y sin duda tú opinas de mí algo similar, o peor, y estás en tu derecho. Lo más probable es que ambos estemos equivocados, o que por el contrario nuestro juicio de valor sea demasiado leve, cómo saberlo. En fin, todo este preámbulo para llegar a decirte que pese a todo te perdono. Unos nacen imbéciles y por tanto no tienen remedio, y otros se van haciendo en el camino, con los golpes de la vida.

Siempre he pensado que tú eres de los primeros, aunque no descarto que simultáneamente te ocurra también lo segundo. Así es que no tienes mayor culpa de tus actos. Me mataste dolido porque tu mujer te ponía los cuernos conmigo, es comprensible tu reacción, los impulsos provocados por los celos son algo terrible. Aunque –¡Dios mío!– tardaste doce años en darte cuenta. Es increíble tu inocencia extrema o el

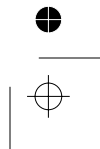
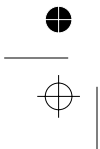


ENRIQUE JARAMILLO LEVI

grado máximo de tu imbecilidad, en todo caso un retardo hiperbólico que abona mi teoría. Pero en fin, ¿cómo no voy a perdonarte?

Es de justicia. Sobre todo ahora que también estás de este lado gracias a la airada contrarreacción de ella, que trató de protegerme. Y ahora me miras confundido, incrédulo, sin saber qué hacer ni qué decir. Tómallo con calma, aquí las emociones carecen de significado. Además, ella no vale tu angustia.

Obsérvala: allá está, en su alcoba, la que compartía contigo, la conozco muy bien –a ella y a la alcoba–, seduce a tu amigo el empresario. Nuestra mujer nos sobrevive muy quitada de la pena.





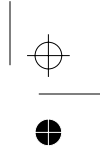
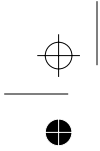
Historia antigua

El problema viene de años atrás. Demasiados. Pero también de un tiempo que aún no ha llegado pero que ahora visualizas y a ratos sientes como si fuera historia antigua. Algo que cada día que pasa se te hace tan cotidiano como el encierro: la vigencia y expansión ilimitada del odio, revertido ahora hasta tu ser, inútil.

No tenías conciencia de esto hasta que, intempestivamente, llegó aquella carta manuscrita, brutal, que te movió el piso. Fue la gota que desbordó el vaso que no sabías que estuviera lleno. Ignorabas, incluso, la existencia misma del vaso. Y de pronto todo era humedad malsana. Rechazo. Por más que tú no tuvieras la culpa.

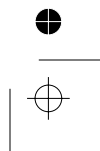
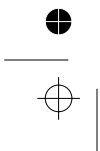
Te conocimos cuando solo tenías tres años. A esa tierna edad te escogimos. Eso tú no lo supiste hasta que tu hermano, celoso, decidió decírtelo cuando a los diecisiete años heredas-te gran parte de la fortuna de mi ex-esposo, tu padre adoptivo, recientemente fallecido entonces. Por supuesto, quedaste en shock.

Jamás te imaginaste adoptado. Pero, además, descubriste de golpe que el odio inadvertido que se acumula en alguien a quien amas puede llegar a ser un sentimiento devastador. Porque resultó que tu herencia te fue entregada a expensas de tu hermano tan querido, que resultó no serlo en realidad, pero quien se consideraba el heredero natural de la fortuna.



ENRIQUE JARAMILLO LEVI

Ahora, Caín, hijo mío sin ser de mis entrañas, has matado a tu hermano. Lo hiciste en defensa propia, es cierto. Porque Abel, a quien todos consideran una víctima, quiso vengarse poniéndote una trampa. Y tú caíste. Él ya no tenía nada, y solo perdió la vida. Tú, en cambio, al quedar preso de por vida, lo has perdido todo.





Punto muerto

Como a las siete y media nos levantaremos casi al mismo tiempo de la cama un día cualquiera –algo al menos debe quedar de las viejas costumbres– y, sin decir palabra, caeremos en la cuenta de que ya no hace falta hablar. Ni los buenos días de antes nos daremos. Empezaremos a sospechar que prácticamente no nos conocemos, que lo de otras épocas era pura ilusión, engaño puro, o que definitivamente éramos otros. El primer indicio de esto será comprobar, sin demasiado asombro, que hoy nos ha costado un mundo recordar el nombre del otro. Ha sido, en efecto, un esfuerzo inusitado, porque realmente no ha sido fácil. Como autómatas, tú te irás al baño a iniciar el ritual de sobra conocido, y yo a la cocina a prepararme un café. Fingiendo distracción, atraso o apuro evitaremos coincidir en el comedor para desayunar juntos. Ya no hace falta. Son cosas del pasado, de otro tipo de convivencia. Muy pocas cosas hacen falta ya entre nosotros. Después te irás, o acaso yo me iré primero levantando el brazo en un saludo mecánico que buscará reafirmar el silencio de las palabras. El que quede atrás esperará hasta oír que en el carro del otro el motor se enciende, calienta sus bujías unos minutos, parte rauda hacia el trabajo.

Durante el día, en extremos opuestos de la ciudad, cada quien en su oficina, ocuparemos las horas en resolver cualquier problema nuevo –a veces en verdad los habrá–, o en repetir viejos hábitos que casi podríamos realizar con los ojos

cerrados. Ninguno de los dos tendrá el menor deseo de que pase pronto el tiempo, y mucho menos apuro alguno en regresar al hogar. ¡¿Al hogar?! Pero tarde o temprano –la realidad es la realidad, qué le vamos a hacer–, aunque inventemos labores extras o encontremos qué hacer en la calle antes de volver a casa, habrá que regresar.

Y entonces, al insertar la llave en la puerta de acceso al tedio, a la verdadera rutina, mientras sentimos en la boca del estómago la angustia de no tener palabras nuevas para expresar los gajes de esa antigua soledad acompañada, tendremos ganas –ambos, cualquiera, pero de forma individual porque procuramos siempre no coincidir en ese horrible punto muerto–, ganas, sí, de dar media vuelta y largarnos para siempre a cualquier sitio de este mundo o del otro, ¡largarnos al carajo, coño!

Pero no; como siempre, entramos.

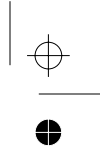
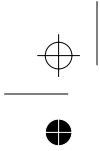


Absolutamente

Nadie me quiso creer, por más que lo repetía y lo repetí, nadie me creyó. Y pese al descreimiento generalizado no dejé de insistir en el tema día tras día hasta que me cansé. Uno tiene a veces sus sobresaltos de conciencia, pero hasta eso tiene un límite. Poco antes del desastre ya todos, pero todos sin excepción, me miraban como a un loco. Unos se reían abiertamente y otros se protegían de mi cercanía, intimidados por la posibilidad de que tarde o temprano me volviera en verdad peligroso. Algunos más, pocos, preferían no hacer ni decir nada, absolutamente nada –nadie tomó la más mínima precaución–, como si la cosa no fuera con ellos. Pero por supuesto era con todos, absolutamente todos.

Ahora me lamento de su estupidez más que de mis actos, sin que puedan ya darse cuenta. Porque en realidad no pueden darse cuenta de nada, de absolutamente nada. Es el destino de los muertos, qué remedio. Un destino que forjé en un momento de rabia porque nadie, absolutamente nadie, me quiso dar empleo. Así es que envenené el agua del río que nutre al pueblo. Después me arrepentí, claro, y quise advertirles. Pero, ya lo dije, nadie me quiso creer. Absolutamente nadie.

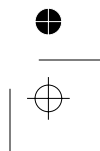
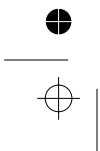
No había previsto una desgracia tan masiva. Absolutamente que no. Pero la verdad es que ya no necesitaré empleo por mucho tiempo, pues el pueblo está lleno de víveres recién llegados al minisuper y a las tres abarroterías; de ropa nueva



ENRIQUE JARAMILLO LEVI

que cuelga ociosa en los cuatro pequeños almacenes; de medicinas muy variadas que reposan en la única farmacia. Mercancías todas de las que echo mano a mi antojo o según sea la necesidad. Como quien dice, he quedado a cargo de administrar la soledad en este

pueblo de fantasmas. Porque sí, por aquí andan últimamente, cada tanto tiempo me visitan tratando de hacerme la vida imposible. Supongo que al fin entendieron. Pero yo imito su actitud de cuando estaban vivos –siempre se aprende algo– y no les hago el menor caso. Absolutamente.





Una cosa por otra

Las cosas ocurrían siempre de distinta forma. A veces, de manera súbita, sin que fuera posible prever nada. Otras, después de una lenta anunciación que se venía gestando con rotundas señales visibles. Pero había una obvia alternancia de método. Ya la larga se tuvo la percepción de que en el fondo existía una especie de siniestra trama superior –¿divina?– que parecía ligar entre sí los hechos y producía, como quien no quiere la cosa, consecuencias más allá del luto y dolor consubstanciales. Era como una maldición, dijo incluso al final un vecino. Yo solo añado ahora que hechos como esos pueden suceder hasta en las mejores familias.

Primero murió de manera fulminante la madre, tal vez la más sana. Como era lógico, en la familia ocurrieron manifestaciones de sorpresa seguidas de una suprema congoja y de gran tristeza generalizada. Pero hubo diversidad de opinión entre médicos amigos al no deslindarse claramente si la causa había sido un derrame o una embolia. Para el caso era lo mismo, terminaron acordando. Los ancianos padres de la pobre mujer –él alguna vez un importante político–, quienes vivían con la pareja y sus tres hijos, valiéndose de quién sabe qué influencias lograron contrariar la ley y no se hizo la autopsia de rigor. Es comprensible, a nadie le gusta que abran y hurguen el cuerpo de sus seres queridos.

Meses más tarde vino la enfermedad de Sandra, la hija del medio. Una extraña infección que se apoderó de sus

bronquios y la mantuvo postrada y sufriendo por casi un año hasta mermar sus defensas y acabar con ella. También pudieron evitar la autopsia. Pero como es natural la tristeza golpeó una vez más a los deudos y los convirtió por mucho tiempo en personas profundamente hurañas e irritables.

Apenas se reponían de su infortunio cuando dos años más tarde fallecía en un absurdo accidente automovilístico la pareja de viejitos. Los restantes miembros de la familia –el padre y dos hijos varones, ambos profesionales– renegaron de Dios, abandonaron por completo toda lealtad al culto y demás costumbres religiosas, y procuraron hacerse fuertes y solidarios consigo mismos atrincherándose en su dolor.

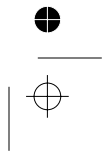
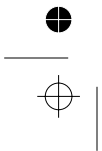
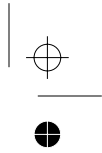
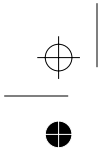
Pasando el tiempo –casi cuatro años– le tocó el turno al menor de los hijos. Por andar en malos pasos contrajo sida y, tras deteriorarse a ojos vista, no duró ni seis meses. Esa fue la gota que colmó el vaso lleno y acabó derramándolo. El padre entonces, fuera de sí, la emprendió a balazos ese mismo día contra el altar mayor de la Catedral, queriendo absurdamente castigar por tanta inmerecida tragedia al mismísimo Creador. A la salida fue interceptado por el guardia de seguridad de una empresa cercana y, al tratar de librarse de su acoso, fue muerto a tiros.

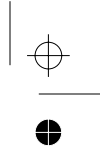
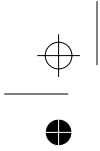
Solo quedo yo, el otro hijo. Con paciencia y buena letra, de diversas maneras me las iba ingeniando para que todo fuera sucediendo más o menos como aconteció en esta historia. Se comprenderá que fue una tarea ardua, meticulosa en extremo, no exenta de riesgos. Tuve que estudiar en bibliotecas, meterme a todas horas en Internet, indagar con disimulo en las más diversas fuentes. Dentro de lo posible, planeé cada detalle –un conocido medicamento para la migraña hace tiempo desechado en los Estados Unidos, la insospechada mezcla de ciertos hongos y bacterias, la complaciente acción del líder de una pandilla local, la solícita prostituta infectada que contagió a mi hermano–; todo, menos lo de mi viejo, claro. Para él tenía otros planes terminantes, pero su locura

súbita se me adelantó. Fue la cereza sobre el pastel, debo reconocerlo. A veces el azar se confabula por su cuenta y amarra los hechos en un nítido haz.

Supe desde siempre –sin revelarlo, para qué hacerme el mártir– que yo era un recogido. Por incontables años fingí total integración familiar, pero por supuesto mermó en forma considerable mi incipiente afecto. Ellos a su vez en realidad fingieron siempre –quién sabe por qué– un cariño que estaban lejos de sentir por mí. Además de que yo percibía que su trato no era idéntico al que se prodigaban entre ellos, lo entendí más cabalmente por una conversación que escuché antes de la muerte de mamá –la fuerza de la costumbre, de alguna manera hay que llamar a esa mujer–, y que acabó devastándome el alma. Fue en una reunión familiar casi completa, pues me excluía.

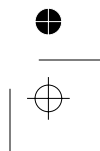
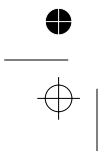
Una de las cosas que mis padres y abuelos le explicaban a Sandra y Javier esa tarde era que en el testamento definitivo que preparaban yo sería el último, en temporalidad y cuantía –salvo si fuera el único sobreviviente– en la sucesión hereditaria, aunque yo había llegado a ese hogar de primero. ¡Bueno, qué le vamos a hacer, es de justicia, dijo increíblemente en esa ocasión mi propia madre de crianza! Pese a todo, jamás lo hubiera esperado de ella. Obviamente, mis hermanos sabían muy bien, desde quién sabe cuándo, que yo había sido adoptado mucho antes del eventual tratamiento de fertilidad que les dio vida y familia. Pero bueno, una cosa por otra. A fin de cuentas, nadie sabe para quién trabaja.

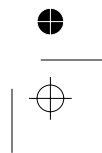
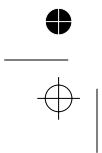
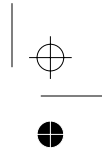
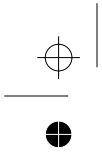




Virtuales

Nos miramos un largo rato y, como en las más deliciosas películas cursis, nada fue igual después. Solo que nuestra relación no ocurría en el cine sino en esta dimensión acogedora, siempre la misma, en que por años hemos pernoctado. Sitio de un transcurrir eterno —espacio y tiempo son aquí una y la misma cosa— que conoces muy bien porque has sido, junto conmigo, su protagonista. Y han pasado los años y aquí estamos todavía, juntos, amándonos. Siempre fieles a nosotros mismos, y a la inspirada imaginación de quien en una sola ocasión tuvo el buen tino de soñarnos. No sabemos si todavía anda por ahí, pero aquella vez que nos concibió mirándonos interminablemente fue la única realidad necesaria para poder nacer, y sobrevivir al instante. Hay entes virtuales cuya energía, humanizada, trasciende a su creador. Tú y yo —lector, lectora— somos prueba fehaciente de ello.



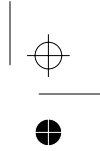
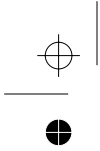




En el muelle

Apoyado en la baranda del largo muelle del puerto, mira mar afuera y muy pronto se le viene al rostro un suspiro inmenso al contacto con los recuerdos. Cuando su abuelo tenía la edad que ahora él tiene y él era un niño de apenas diez años, en un par de días de alguna semana de verano le había enseñado a pescar exactamente en ese sitio pródigo frente a la bahía. Aquello se hizo costumbre y después se quedaban por horas pescando todos los sábados y domingos en la tarde y no se iban hasta que empezaba a oscurecer. Sin prisa metían contentos su variado cargamento de pescado en raídos sacos de harina que llevaban para ese fin, y cada vez más bronceados por un sol inclemente se marchaban platicando como dos buenos amigos.

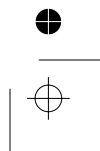
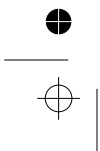
Ahora, la mañana esplende, y en su mente se inserta un primer gajo de confusión. No percibe diferencia alguna entre el presente y el pasado tantas veces repetido que recuerda, que vive una vez más. Abuelo y nieto conviven en el muelle, su muelle del alma. La quietud, plateada hasta donde se extiende la vista, es absoluta, y el mar un gran espejo bajo las inmóviles nubes. Y en la superficie reverberante de las aguas una brisa tímida apenas las zarandea a ratos de aquí para allá. Poco después resiente la claridad, que oblicuamente le hiere los ojos bajo la gorra obligándolo a entrecerrarlos. Pronto empieza a sentir el fogaje quemándole mejillas, cuello y brazos, y preocupado por la blanca piel del nieto a su lado quien

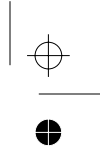
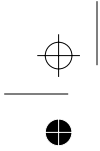


ENRIQUE JARAMILLO LEVI

una vez más ha olvidado protegerse del sol y se ha puesto exageradamente colorado como siempre que se inicia el verano, decide que deben retirarse. Además, debe reconocer que hoy no han tenido suerte. ¡Vámonos ya, Luisito, se hace tarde, y mira cómo te has quemado! El chico no quiere irse, entretenido como está nutriendo pacientemente el anzuelo, pero pronto logra convencerlo.

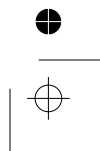
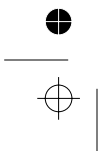
Ligeramente encorvado, camina despacio sobre los viejos tablones rajados creyendo ser el abuelo que va del brazo del nieto, conversando animadamente, hasta arribar al otro extremo, donde el sitio en que se inicia el largo muelle se topa con la estrecha carretera de piedra que bordea el paraje y que, como en tantas otras ocasiones, los conducirá hasta el pueblo. La próxima vez no sales sin untarte bronceador, le dice a la figura que no es más que aire y nostalgia trastocada.

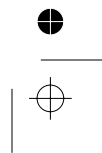
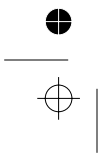
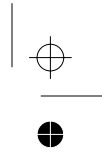
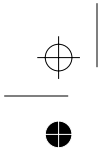




Una gran pila

Pareciera que miles de miles de pájaros al unísono hubieran saturado con la múltiple mancha en movimiento de sus alados cuerpos la extensión toda del cielo cuando miras hacia arriba. El extraño espectáculo te fascina pero a la vez resulta atemorizante. Algo no está bien. La realidad no es así. Nunca hay esa sobresaturación de elementos, ese indescriptible exceso. Y todo ocurre como en cámara lenta, con inaudita cercanía, como una sutil intimidación. Te sientes raro, como si las cosas estuvieran fuera de foco y no obstante tú fueras parte integral de la escena. Lo hiperbólico que ves es lo que no cuadra en la vieja noción que tienes de lo normal. Sabes que solo en los sueños es posible tal distorsión. Entonces, te dices, seguramente estoy soñando. Pero en ese momento percibes que todos los pájaros del cielo empiezan a defecar sobre el mundo. Sobre mi mundo. Y sobre mí, que para el caso es lo mismo. La sincronización es asombrosa, aterradora. Aunque invaden el cielo y por tanto ocupan espacios diferentes si bien permanecen lado a lado hasta donde alcanza la vista, tú recibes las descargas una a una. Has quedado, de cuerpo entero, copiosamente teñido de infinitos cúmulos de oscura caca inmundada de ave. Y así, embarrado desde la cabeza hasta los pies, sigo indefinidamente paralizado por el asco y la ansiedad. Hasta que, sintiendo un momentáneo alivio, sin que los pájaros se marchen despierto en mi lecho de siempre. Pero no solo sigues inmerso, cuan largo eres, en los pegajosos residuos de la pesadilla, sino que todo tú eres ahora su continuidad. ¡Una gran pila de mierda, maldita sea, eso soy!



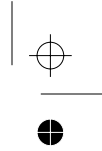
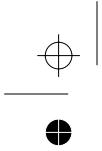




Efímera

¡Asombroso! No hallo mejor expresión. ¡Realmente asombroso! Trataré de explicarme, pero no será fácil. Hace una semana reencarné en un bebé de pecho de un hogar de clase alta, tras haber muerto en un asilo siendo un anciano de ochenta años. Todo en rápida sucesión. ¡Y tengo conciencia plena de cada detalle! Recuerdo, pienso, interpreto, especulo... De momento no hablo, pero el monólogo interior es mucho más que una simple técnica literaria; es intercambiar reflexiones con uno mismo. ¡Santo Dios, se me ha concedido una segunda oportunidad, he vuelto como un niño superdotado, el primogénito de una familia de evidentes recursos!

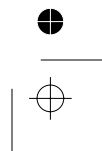
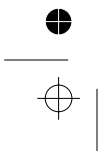
Entonces, como impelido por un resorte, en brazos de su madre el bebé que ahora él era empezó, extrañamente, a llorar. Era inexplicable aquel llanto —¿un presentimiento?— que se prolongaba sin causa aparente y subía más y más de tono, porque acababa de ser amamantado de mil amores por su madre, y segundos después se le vio cara de total complacencia. Pero sin duda algo desagradable le ocurría ahora. La madre, procurando su mejor esfuerzo, intentó de todo —cargarlo, volverlo a alimentar, cambiarle el pañal, cantarle, zangolotearlo en forma descomedida, gritarle en el oído, arrojarlo al fin en su cuna—, sin éxito. Y cuando el llanto se le tornó del todo inaguantable, histérica lo tomó entre sus manos y lo estrelló fatalmente contra la pared de la recámara. El



ENRIQUE JARAMILLO LEVI

bebé, destrampado y sangrando por todas partes, cayó al piso como un pequeño, inútil, saco de papas. Segundos después su espíritu volvía a encarnar..., ¡en mí!

Lástima que yo no sea esta vez más que una breve ficción del todo efímera, cerrada para siempre sobre sí misma, sin solución de continuidad.





La respuesta

No dejó de correr hasta que llegó a la casa. Por suerte no había nadie. Su madre y hermanito deben andar comprando útiles escolares. Se fue a su cuarto y se metió a la cama y se arropó como si no hiciera un calor de los mil demonios y los fríos del invierno azotaran el ambiente. Solo entonces percibió el martilleo acumulado de su corazón y, a destiempo, tuvo miedo de morir de un infarto.

Pero el susto, el verdadero susto, había ocurrido antes, en la plaza, frente a la multitud, cuando los vio venir airados y supo que lo ajusticiarían. Era injusto, pero así sería si no pasaba un milagro. Una masa particularmente agresiva y numerosa, como no había visto desde las peores borracheras de los carnavales. Miró hacia atrás y no había nadie. Nadie que lo defendiera, ni tampoco dónde esconderse. Y la masa empezaba a circundar el lugar, cortándole las salidas. Lentamente se fueron acercando, espesando, rodeándolo como oscuros buitres al acecho. Y de pronto estaba exactamente en el medio de un denso círculo impenetrable de gente que había comenzado a vociferar. Hubiera querido que, como en las tragedias griegas estudiadas en la universidad, un *deus ex machina* prodigioso bajara literalmente del cielo en ese instante y alzándolo en peso sobre el escenario lo salvara de la inminente tragedia. Pero eso no fue necesario porque, en un histérico santiamén, despertó.

Aunque solo el tiempo suficiente para que de alguna manera lograra estar detrás de la gente que mirando aún hacia el centro sin duda se preguntaba qué se había hecho. Alguien lo vio cuando se echaba a correr en dirección contraria y se lo advirtió a la muchedumbre que, frenética, fue girando en redondo y sin pensarlo dos veces a gritos fue tras él. Algo tienen las masas que son lentas siempre cuando se desplazan como aplanadora todos juntos y como atropellándose, porque logró sacarles ventaja y, sin que supieran en qué momento dejaron de verlo correr frente a ellos a una buena distancia, al poco rato se les escabulló.

Ahora, en su cama, arropado hasta el cuello, se siente al fin tranquilo. Sobre todo porque entiende que todo lo anterior no era más que un sueño dentro de otro con un mismo tema, con una curiosa continuidad –a veces pasa–, y que realmente solo ahora ha despertado. ¡Qué curioso esto de los sueños que se suceden unos a otros y parecen reales!, se dice. La calma da paso a una reconfortante sensación de tranquilidad, hasta que recuerda por qué querían matarlo en ambos sueños que no eran más que el mismo. En un pueblo como ese, y seguro que igual en cualquier otro, no hay impunidad para lo que hizo. Uno simplemente no viola a su madre sabiendo todo el tiempo que lo es, y disfrutándolo mucho más por eso. ¡Pero cómo negar que sigue estando buenísima como hembra! Y todo queda en familia, en la más íntima de las intimidades posible, así debía ser. ¡Pensar que veinte años atrás él había salido pequeñito y entero por donde esa noche forzó su entrada! Aunque por supuesto la madre no quería, y hasta podría jurar que fue ella misma la que lo había acusado. Pero... ¿se lo hice de verdad o nada más soñé hacérselo?

La respuesta es obvia cuando el huracán de un súbito furor de golpes y gritos iracundos derriba la puerta de su casa.



Bajo los viejos faroles

*Amarillenta de faroles, la noche se deja
sentir como un pergamino
"Lydia en el canal", en **La solución parcial**
(2003), de Marcelo Cohen (argentino)*

A veces, al pasar bajo los viejos faroles, dan ganas de intentar leer los tatuajes enigmáticos de la noche como mensajes cifrados en un pergamino antiguo. Pero no es cualquiera que puede hacerlo, qué va. Se requiere de cierta prosapia, haber absorbido con los años un grado avanzado de ilustración, gozar de una capacidad innata para auscultar el misterio. Góndola Lasteris, de origen serbio-italiano y maneras suaves pese a su gran corpulencia, era el tipo de persona que podía hacerlo con relativa solvencia. Alto, blanco, barbado y extremadamente culto y elocuente, el hombre era todo un personaje.

Lo conocí por azar, como suele conocerse a la gente más interesante y definitiva para el desenvolvimiento de nuestra vida. Coincidimos lado a lado entre el público en una conferencia sobre la relación actual de la filosofía zen con los más sofisticados sistemas computacionales del momento, que dictaba en la Biblioteca Nacional un curtido monje tibetano que estaba de paso por Panamá, rumbo a la Patagonia. El monje llegó tarde y Lasteris y yo tuvimos media hora para charlar.

Desde el principio hicimos muy buenas migas. Asombrosamente, teníamos en común nuestro interés por la literatura rusa de los siglos xix y xx, aunque debo decir que los conocimientos de mi nuevo amigo sobre otros temas eran muchísimo más vastos y diversos. Quedamos en reunirnos, como en efecto lo llegamos a hacer muchas veces mientras tomábamos vino chileno o español en su casa o en algún restaurante de su predilección, para hablar de Pushkin, Gógol o Tolstoi, de Doestoievski, Chéjov o acaso Turgenyev, entre otros narradores rusos cuya obra admirábamos.

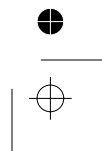
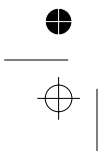
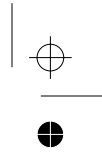
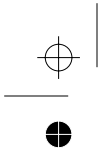
Para la inmensa mayoría de los asistentes, incluido yo, el monje tibetano era en realidad un ilustre desconocido. Literalmente, pues casi nadie tenía referencias suyas aunque su hoja de vida mostraba cuán ilustre era. No obstante, Lasteris lo conocía perfectamente, no solo por su biografía sino en persona. Alguna vez habían desayunado juntos en Chichén Itza, en el estado mexicano de Yucatán, inducidos por un común interés histórico y espiritual en el más sagrado de los sitios mayas. Al final del evento, me lo presentó y los tres fuimos a cenar a un conocido restaurante situado en Amador. Hablaron de chamanes; de mitología griega, egipcia y escandinava; y de las tres grandes religiones monoteistas, por lo que permanecí callado la mayor parte del tiempo disfrutando de la elocuencia de ambos. Pero no creo exagerar si señalo que Góndola Lasteris dominaba áreas del conocimiento que el monje apenas conocía, y que por supuesto yo ignoraba por completo.

Una vez le pregunté a Lasteris –nunca pude llamarlo Góndola, no sé si porque me recordaba un accidente que años atrás sufrí en una góndola veneciana gracias a mi tradicional torpeza al subir y bajar de cualquier vehículo de transporte– acerca de esa mezcla como de enigma antiguo y frivolidad rampante que percibo en la textura de las noches en casi cualquier país del mundo actual, y él me respondió con su suave y ceremoniosa voz de niño grande y sabio: “En la

noche hay que aprender a deletrear el infinito, no importa la época ni el lugar en que se esté. Solo de noche nos es dado buscar, y siempre encontrar, sitios sagrados en los que si ponemos atención oímos la sorda vibración del silencio, e incluso se puede escuchar el peculiar sonido lejano de las estrellas. No hay que dejar que la frivolidad penetre en nuestros sentidos. Los enigmas existen para en algún momento ser descifrados, y la noche es su partera y a menudo también su mismísima matriz.”

¿Qué responde uno ante tales aseveraciones, dichas con tanta soltura y convicción? No podía más que permanecer callado y tratar de entender. Sí, cuando estaba con Lasteris era frecuente que, salvo si hablábamos de literatura, política o educación, temas que más o menos domino, me dedicara más bien a escuchar. Mi único problema serio con mi amigo era en tópicos relacionados con el hecho de él ser ateo, mientras que yo soy católico. Después de varias discusiones sobre temas religiosos en las que se pusieron de manifiesto diferencias irreconciliables, decidimos no volver a hablar más de eso. Preservar la amistad fue siempre lo más importante.

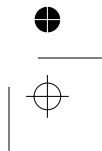
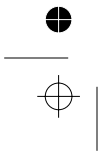
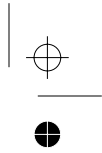
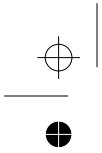
Ahora que él se ha ido, acaso a escuchar más de cerca a las estrellas, en noches como esta en que camino bajo los viejos faroles de la ciudad antigua recuerdo el tono grave de su voz explicándome con pasmosa sencillez las cosas más complejas de este mundo y del otro, como si él fuera una voluminosa enciclopedia que tuviera guardadas entre sus numerosas páginas casi todas las respuestas. Y la verdad es que lo echo mucho de menos. No está bien que lo diga, pero hay gente que no debería morirse nunca.





Focas

Había que hacer algo, y pronto. La situación, francamente insostenible, se deterioraba por momentos. Pero todo el mundo pasmado, y yo dándole labia solo al pensamiento, literalmente atado de pies y manos, un sucio pañuelo hecho bola metido en la boca, era un estado de cosas que nada mágico sugería. Entonces, piensa que piensa, decidí encomendarme a los viejos poderes de la ficción. Ésos que conocía tan bien, y que en otras circunstancias me sirvieron. Empecé a escribir mentalmente otra secuencia vertiginosa en la que de alguna forma, por distancia y contraste, evitase que la bomba explotara. Y lo primero, por supuesto, era encerrarme lo suficiente en la atmósfera creciente del relato como para que su halo de realidad fuera capaz de borrar de mi conciencia lo que sucedía a mi alrededor. Logré estar en la remota Alaska rodeado de focas, muerto de frío, a punto de entrar a un diminuto iglu coyuntural que a duras penas me contendría. Pero no había otro, cosas de la ficción. Entré en cuclillas, con gran dificultad, pero no pude darme vuelta ni enderezarme ni volver a salir. Atorado en esa posición, aún sentía el frío tenaz permeando mis nalgas. Ya no supe qué hacer. Y de pronto todo fue calor infernal y atroz despedazamiento al volar hecho trizas por los aires con todo y focas.

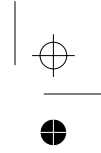
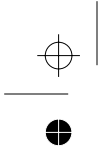




Como quien no quiere la cosa

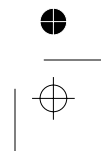
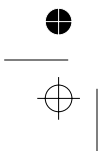
Nada fácil resulta saber a ciencia cierta si la mujer que uno desea ardientemente es imaginaria o real. Por más que percibamos en ella un cierto rostro de rasgos definidos, un cuerpo bien determinado, incluso una específica voz inconfundible y una personalidad única, puede ser solo una fantasía o tratarse de un ser de carne y hueso. A menudo la diferencia es muy sutil. La verdad es que llega un momento en que no hay cómo saber ya la diferencia. Porque tampoco sabe uno bien a bien si aún pertenece al mundo de los vivos o sin darse cuenta se ha convertido en un fantasma. Y es que bien dice la sentencia bíblica: Conócete a ti mismo. Pero yo sé muy poco, casi nada, sobre el ser que soy, o era; por lo que mal puedo saber si la mujer de mis sueños solo habita en ellos o está a mi alcance. Así es que voy a hacer un pequeño experimento. Le voy a hablar la próxima vez que la vea, sin falta, y si no me contesta le tocaré las tetas como quien no quiere la cosa. Esa será la prueba de fuego.

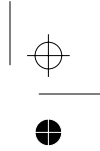
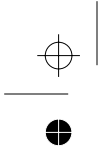
¡Dios mío!, nos encontramos hace un momento en la esquina de la amargura, y ha sido ella quien, no sé si cariñosa o insinuante, me habló primero; y como me quedé paralizado por la sorpresa, también fue ella la que descaradamente me tocó el pito. Pero, carajo, no sentí nada: su mano pasó a través mío con todo y brazo como una estela de niebla. Tal vez solo



ENRIQUE JARAMILLO LEVI

imaginé su voz. Y lo peor es que ahora sigo en la misma, porque igual pudo ser su brazo incorpóreo el que por su espectral naturaleza no encontró asidero en la dureza de mi sexo, o que simplemente ocurriera así porque éste y el resto de su entorno ya no existen. ¡Diablos! Por supuesto, ahora la duda es más apremiante que antes, y no sé si el destino me dé una nueva oportunidad.

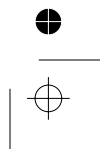
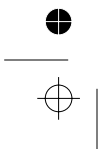




Secreto a voces

Todo el mundo lo sabía. Todos, pero absolutamente todos. Hasta los gatos y los perros callejeros reflejaban en la mirada inquieta y la nariz recogida el conocimiento que nadie se atrevía a comentar abiertamente por temor a ofender. Un temor comprensible, pero en realidad injustificado, porque en aquel pueblo todos eran una gran familia, no había quien no conociera a los demás, y los secretos no eran tales, simplemente no existían, o no se externaban. Todo el mundo era demasiado amable o la gente actuaba como si se fingiera demencia teniendo no obstante la verdad siempre a flor de labios, viviendo con la situación. En apariencia no importándoles, pero importándoles demasiado. Tanto, que resultaba evidente que guardaban su distancia.

Lo que todos sabían era la verdad sobre mí. La terrible, creciente verdad. Incluso lo sabían más que yo, porque en la práctica vine a tomar conciencia equivocada del asunto por lo que creí ver en los ojos, en los gestos, en los silencios de los otros. A veces ocurre que ciertas cosas uno las percibe oblicuamente, a través de filtros, escondidas entre siluetas que flotan en el aire como hálitos de todas las palabras no dichas. Es como si la combinación de actitudes y silencios, de miradas y silencios, de silencios y silencios, escondiera claves que solo aguardaran ser descifradas por la intuición y el temor. Y que a menudo son malinterpretadas porque hay otros factores, más obvios, que se interponen.



Sé exactamente en qué momento supe mi secreto. Acaso el primer error de percepción sucedió la tarde aquella en que empezaba a llover en la parte sur del barrio, y el aguacero empezó a correrse como una cortina que se abriera poco a poco hacia el sitio que ocupaba mi larga estatura. Y la gente huía de la lluvia, en dirección contraria a su vertiginoso avance, pero entonces yo pensé que lo hacía de la presencia ridícula que proyectaba mi sombra por el escuálido claroscuro que aún me envolvía mientras la humedad permeaba el ambiente y el sol se extinguía sin remedio dejándome a solas con mi usual soledad. Lo supe tal vez porque estaba convencido de que la gente huía de mí, aunque entendí el motivo por la razón equivocada.

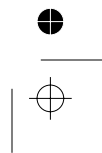
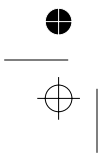
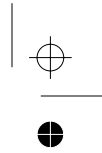
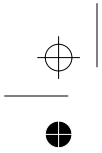
Después, nadie se me acercaba, todos evitaban entrar en contacto conmigo. Mi estatura, desmesurada y a todas luces absurda al estar fuera de contexto por completo, no justificaba tanto repudio callado. Yo en nada les hacía daño, para nada los perjudicaba con mi presencia ocasional al ir a la tienda cada quincena a proveerme de alimentos, al entrar los domingos a la iglesia procurando encontrar consuelo espiritual, al buscar tímidamente trabajo tras agotarse la generosa herencia de mi padre —casa, muebles, comida— y empezar a sentir los estragos del hambre.

Durante quince años llevé una vida más o menos normal, en lo que cabe. Pero un día de mi adolescencia empecé a crecer sin medida ni control y a ser percibido como un fenómeno, una especie de monstruo inexplicable, y esta circunstancia coincidió con mi necesidad de hallar una forma de ganarme la vida. Entonces sentí en toda su fuerza el ostracismo al que me estaban sometiendo. Pero siempre pensé que era por el súbito salto desmesurado de mi estatura que, por cierto, ningún médico del pueblo quiso atender y mucho menos diagnosticar. Así fue durante años.

Cuando cumplí dieciocho no solo se estabilizó mi crecimiento, sino que tuve la desgracia de enamorarme. Conocía

mis limitaciones sociales, y tal vez por eso mis sentimientos eligieron a una agraciada enana, quien al principio pareció responder paulatinamente a mi amor. Pero de lejos, siempre de lejos. Yo no entendía por qué. Hasta que un día me le acerqué bruscamente, la alcé en peso, la elevé hasta mi rostro y sin darle tiempo a nada la besé en la boca con toda mi pasión acumulada. De golpe, como fulminada por un rayo, se desmadejó la pobre, sostenida en vilo como estaba por mis largas manos delgadas.

Se había muerto de un síncope. Por un instante cruzó por mi mente que la emoción del súbito afecto había sido demasiado para ella, que era supersensible e impresionable y que literalmente había muerto de amor. ¡Oh, vana ilusión egoísta! Solo entonces percibí la verdadera razón al tratar de revivirla muy cerca de su rostro inerte, desprovisto de color. De sus pálidos labios entreabiertos se desprendía —¡insólita agresión, inaguantable para cualquier que no fuera yo mismo!— el terrible vaho ajeno, putrefacto: mi propio fétido olor.





Agua fría

—No se le niega de beber al sediento —dijo finalmente el cura en tono indulgente, tras su larga obstinación de no darle el perdón a Humberto. No tenía más remedio que honrar su ministerio. Si él mismo no había pedido perdón a Dios, ni directamente ni a través de ningún otro sacerdote, esta confesión de tema nada desconocido, y que para colmo lo tenía a él mismo como contraparte, lo hacía sentir inmensamente incómodo. ¿Por qué lo buscó precisamente a él, habiendo tantos curas?

—A menos que uno esté más sediento que el otro y haya muy poca agua que compartir —repuso el penitente, insinuándole a su confesor que ni siquiera los ungidos del Señor están libres de pecado.

El cura le dio a regañadientes la absolución, salió del confesionario momentos después, y en seguida entró a la cocina de la sacristía sudando y con la boca seca en busca de un vaso de agua.

Había recordado no uno, sino múltiples incidentes bochornosos en su propia vida, varios de los que aquel hombre conoció muy bien en su momento, y que hasta ahora que se lo volvió a topar de buenas a primeras en el confesionario ni se le había ocurrido siquiera la necesidad de confesarlos como pecados propios. Reconoció que la vanidad y la autocomplacencia amparadas bajo el manto protector de la divinidad lo habían hecho pensar durante años que era un privilegiado,

dueño de un espíritu superior a la carne e impune a toda culpa. Sin embargo ahora su sed repentina era más que real, y fueron varios los vasos de agua fría que se tomó, súbitamente avergonzado.

Al día siguiente, tras no poder dormir en toda la noche, buscó al padre Eustaquio y le pidió que lo confesara.

—Ave María purísima –recitó el padre Eustaquio una vez entrados ambos al confesionario.

— Sin pecado concebida –respondió el padre Eugenio como un autómeta.

— Perdóneme, padre, porque he pecado.

— Dime tus pecados, hijo.

Y le contó de su larga y accidentada relación con aquel hombre que llegó a él como un tierno adolescente cuando aún recibía clases suyas en el colegio. De cómo obedeciendo a un instinto irrefrenable lo fue seduciendo en privado con el señuelo de las lecturas santas, y más adelante con las más profanas, hasta llegar a las de corte francamente lascivo. Habló y habló quitándose un gran peso de encima, sin saber la impresión terrible que iba dejando en el ánimo de su amigo y colega, la devastación espiritual que le causaba. Innecesariamente le contó todo, casi con pelos y señales, y después calló.

Por el alma del padre Eustaquio, y por su piel que se le tornó fría, había pasado poco menos que un cataclismo. Jamás hubiera imaginado que actos y actitudes semejantes pudieran ser parte de la vida íntima de su amigo, a quien siempre consideró tan correcto y a la vez tan apegado a las virtudes de la Santa Madre Iglesia. Permaneció sin hablar largo tiempo después del momento en que debió ofrecer consejo e impartir el esperado perdón con la debida penitencia.

— No te puedo dar el perdón que me pides –dijo finalmente el padre Eustaquio. – No puedo. Tus pecados son parte del mismo estigma que enloda una vez más en todo el mundo la reputación de la Iglesia. Aparte del daño que le has hecho a ese joven, a ese hombre que ahora has perdonado

como si él fuera el único culpable, has ofendido gravemente a Jesús, a todo lo que nos heredó para salvar a la humanidad. Jamás lo hubiera imaginado, Eugenio. ¡Estoy escandalizado!

— No puedes negarme el perdón. ¡No eres solo mi amigo, sino un sacerdote del Señor! Es tu obligación, una de tus misiones cardinales en la vida.

— Que te perdone Dios, yo no puedo. También a mí me has ofendido.

— ¿Pero por qué? ¿Por qué a ti, Eustaquio?

— ¿No lo sabes?

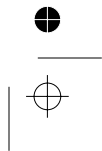
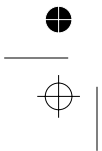
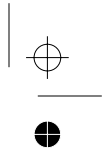
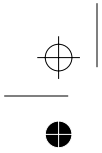
— ¡Pues... no, la verdad es que no!

— Yo logré castigar los impulsos de mi carne todos estos años: en la intimidad del seminario primero, después con todos esos bellos chicos en el colegio. Pude abstenerme de sincerarme contigo en esta parroquia... He sido fuerte, estoico, digno. ¡Solo Dios lo sabe! Pero tú...

Eustaquio, lívido, temblando, salió del ala derecha del confesionario, dio varios pasos hacia el costado izquierdo de donde ya salía Eugenio. Al encontrarse frente a frente en el pasillo, éste exclamó:

— ¡Perdóname, como cura y como hombre!

Pero Eustaquio, fulminado por algún súbito desarreglo de un corazón demasiado sensible, y por tanto vulnerable, caía en ese momento al piso y ya no lo escuchó.





El naufragio

*Para Fernando Burgos,
lúcido estudioso de mi obra.*

Se había propuesto construir con la imaginación todo ese pasado hurtado a la memoria. Los hechos, los sitios, las personas que el infortunado olvido logró ir disgregando hasta borrarlos casi por completo de su mente, tendrían una segunda oportunidad. Donde ahora flotaba el vacío, la añoranza de lo ido, lo que ya se había convertido en desconocimiento, pondría voluntad para que renaciera, de otra manera, una lenta sucesión de anécdotas que iría entrelazando con paciente inventiva hasta constituirse en verosímil trama incipiente. No sabía aún cómo lo haría, ni la naturaleza de los personajes que iban a perfilarse dándole vida al argumento, pero ya lo estaba intuyendo todo en la sangre, en las yemas de los dedos, en su disposición impostergable a escribir. Siempre supo que tarde o temprano el momento, reconocible y preciso, estaría frente a él como un destino, y este era por fin ese momento.

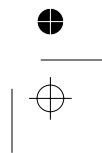
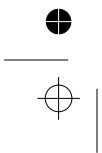
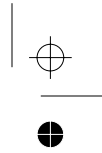
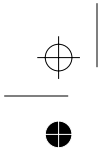
Así es que se puso a escribir henchido de entusiasmo, de energía, con la confianza que había nacido apenas minutos antes. No quería quedarse solo en las palabras, ni que los primeros párrafos, ahítos de sí mismos pero vacíos de contenido real —de una anécdota que fuera tejiendo con cierta

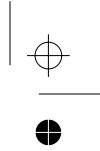
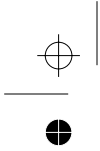
sabiduría la nuez de los sucesos, sus secuencias y las inevitables consecuencias—, terminaran sin ir en realidad a ninguna parte. Pero por más que pensaba no surgía una posible situación, ni atmósfera alguna, ni mucho menos un personaje al cual hincarle el diente que justificara el esfuerzo.

Entonces sintió que algo o alguien le decía al oído que no iba a escribir una novela, que aceptara el hecho de que no era novelista ni lo sería nunca, que en todo caso el texto acabaría siendo como siempre un cuento. La sola sugerencia le pareció de muy mal gusto, como una maldición. Él no podía estar de acuerdo, no podía. Sería tanto como reconocer su fracaso. Se justificó entonces diciéndose que en esta oportunidad él mismo era el protagonista de su historia, y que esta ya estaba en marcha en lo que llevaba redactado. Aquí había por supuesto una situación planteada, aunque solo fuera de índole intelectual o artística —¿por qué no, qué lo impedía?, y claramente aleteaba frente a sus ojos —y delante de los del lector posible— una cierta atmósfera (no sabía bien si mental o emocional) de frustración; y de ahí la existencia de un conflicto. Ése que siempre hace falta para que un relato trascienda sus límites y, con la malicia necesaria, al desarrollarse se convierta en novela... O en cuento, oyó decir en algún sitio de su ser. Esto último lo rechazó de inmediato.

Pero la verdad es que no estaba dispuesto a contar la historia opaca de su vida —no había mayor cosa que contar, y si algo hubo por desgracia ya lo había olvidado—, ni sentía por ahora la capacidad de crearse a sí mismo otra existencia más interesante. Los otros personajes que sin duda hacían falta, y que teóricamente al menos tenían todas las posibilidades del mundo de nacer y desarrollarse poco a poco con interesantes vidas entrañables o enigmáticas, seguían sin aparecer, perdidos en su limbo. Perdido él mismo como estaba todavía en un despliegue inútil de palabras y más palabras que no llevaban a parte alguna pero que iban engrosando el texto.

Tras un breve lapso de silencio gráfico en el que la escritura quedó peligrosamente varada, cruzó por su mente la idea de un naufragio. El suyo, claro; el de la novela que ya no sería tal. Y entonces, para salvarse, para salvar lo que llevaba redactado, decidió una vez más hacer de tripas corazón considerando *cuento* al texto. Porque, se dijo buscando justificarse, nada impide que la reflexión y la conciencia del fracaso asuman contornos ficcionales cuando hay una voluntad detrás, cuando permanecen vivos los rescoldos de una posible historia. Aunque solo sea los de la novela que no se pudo lograr, que no fue capaz de escribir, añadió ya sin excusas. En fin, no estaba feliz, pero tampoco era despreciable lo poco que había emergido del naufragio.





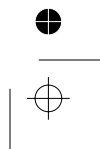
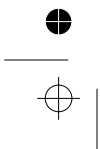
Rumores

I

Le chocan los rumores. Sus aires de grandeza cuando ya se han expandido y como Pedro por su casa andan de boca en boca haciéndose los muy importantes. El perverso regocijo que causan en quienes contribuyen a diseminarlos. Porque, claro, siempre es algo turbio o al menos sorprendente lo que se comenta, algo que causa cierto morbo o inquietud. Pero más le desagradan los chismes cuando por su culpa se desata alguna nefasta consecuencia. Y sin embargo, aunque ella sea la patrona y tenga una esmerada cultura superior, “no se puede negar que los rumores tienen su encanto, ¿no?”

II

Ayer me contaron que la diputada Ignacia Ludgardis Rojas, esa que fue hallada desangrándose casi con cinco cuchilladas en el cuerpo en un conocido *push* de las afueras, y que aunque sus colegas de la Asamblea trataron de evitarlo salió retratada en todos los periódicos, en realidad había llegado al lugar en una 4 x 4 acompañada de otra mujer, una jovencita con uniforme de colegiala. Claro que esa parte no



salió en los medios porque, si acaso han oído el mismo rumor que yo, seguramente no hay pruebas. Pero dicen las malas lenguas que una aseadora las vio bajar del carro abrazadas por la cintura poco antes de que se cerrara por completo el portón automático. Parece que no pidieron nada de tomar, ningún servicio, o sea que probablemente se dedicaron de inmediato a lo que fueron. La señora esa como que dijo que no pensaba testificar, pues no quería verse involucrada en semejante escándalo, pero se lo comentó a alguien que a su vez se lo dijo a otra persona que resultó ser cuñada de quien me lo contó a mí. No cabe duda de que si bien este país ha crecido mucho desde los tiempos de mi juventud, Panamá sigue siendo un pañuelo. Pero en cualquier caso, vaya uno a saber si es verdad lo de la chica esa. Porque no había nadie más en el cuarto cuando fueron a hacer el aseo y encontraron el cuerpo ensangrentado de la diputada dos horas más tarde, tiempo por el que se había pagado al entrar. La verdad es que a mí ya nada me extraña ni me sorprende... Debo contárselo a mi patrona para ver qué cara pone, ella que es tan estudiada pero a la vez tan santurrona, metida siempre en pastorales y congregaciones y cofradías de esto y lo otro, o entre las páginas de la Biblia... Bien que le gusta el chisme.

III

No puedo creer lo que me dijo Romualda que le habían contado. ¿Con otra mujer, y además menor de edad? Esta buena señora lleva años trabajando en mi casa pero la verdad es que no se le quita lo chismosa. No, no lo creo. Todo el mundo sabe que la tal diputada Rojas es una zorra de marca, y nadie le tiene ningún respeto, pero porque se da aires de vampiresa y se rumora que anda con varios diputados a la vez. Eso hasta yo, que ando metida siempre en cosas de la Iglesia lo he escuchado. No, lo de la chica ya es hilar muy fino, un

invento sin duda. Sería un escándalo tan sonado como el asesinato en sí. La policía ha señalado que anda tras varias pistas, y hasta ha solicitado a la Corte Suprema de Justicia una orden para poder interrogar a todos y cada uno de los diputados y diputadas ahora que están de vuelta en sus oficinas parlamentarias tras el receso de rigor. ¿Quién la habrá herido..., y por qué? Todo Panamá se lo está preguntando. Seguramente fue su acompañante, hombre o mujer, en medio de alguna discusión, tal vez por miedo a una amenaza de chantaje o algo así. Pero si hay gente pudiente involucrada, familiares o amigos de la supuesta asesina en potencia, lo más probable es que se le dé largas al asunto y terminen echándole tierra al caso. No sería la primera vez. Claro que ellos no saben lo del rumor, piensan lógicamente que el agresor es un hombre.

IV

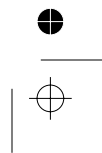
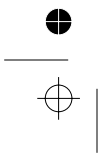
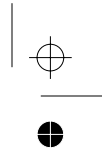
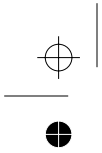
No permitiré que se sepa la verdad. He trabajado muy duro hasta llegar a ser diputada para ahora no solo ver mi carrera política arruinada sino ir a dar con mis huesos a la cárcel si se llegara a saber. Por suerte no descubrieron esa noche en el baúl de mi carro el cuerpo estrangulado de Minerva, y ya el bueno de mi marido me hizo el favor de sacarlo y enterrarlo como se lo pedí, sin pedirme explicaciones. ¡Si será ciego y tonto y loco el amor! Apenas me den de alta en este hospital, moveré mis influencias, y por supuesto mi dinero, qué remedio, para limpiar mi nombre. No sé cómo, pues ya salí en todos los medios pese a que no he dado entrevistas. Por suerte, ya me agenció a Rigoberto Landeros, uno de los mejores abogados criminalistas del país. Si él ha logrado que suelten a narcotraficantes casi convictos, también puede salvarme a mí. Por eso, por si llegara a saberse la verdad, aunque lo dudo, preferí contratar al mejor, sin escatimar dinero para sus honorarios, y decirle toda la verdad. No sé cuánto tiempo me dure

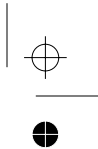
el blindaje que me otorga el ser diputada, pero sin duda él logrará que mis fueros y privilegios se respeten. ¡Gracias a Dios que he podido sobrevivir a esta atrocidad! He tenido mucha suerte. Jamás hubiera imaginado que esa chiquilla de mierda fuera capaz de hacerme tal escena de celos por un simple chisme, al grado de agredirme así, salvajemente, con alevosía y ventaja. ¡Maldita la madre que la parió! Eso me pasa por meterme con chiquillas que aún no se saben limpiar. Es que no aprendo, no aprendo. Y todo porque le contaron que yo andaba con el diputado Bolaños, que dizque era su amante. Ya quisiera ese cabrón. Pero bueno, pude defenderme mientras me agredía una y otra vez con saña la condenada, hasta que se fue poniendo morada y expiró con mis manos como garras en su hermoso cuello. En realidad fue en defensa propia, de eso no cabe la menor duda, pero después me asusté y escondí el cuerpo. Por eso, agotada y desangrada por el esfuerzo, poco después me desmayé y ya no supe más hasta despertar en este hospital. La policía me ha querido interrogar varias veces pero yo finjo seguir en *shock* y terminan por marcharse. Lógicamente, todos asumen que es un hombre el que anda prófugo. Lo que no sé es cómo me quitaré de encima este escándalo tan feo, no me lo merezco. Ni la policía ni la prensa me dejarán en paz hasta que dé mi versión de los hechos. Creo que tomaré prestado el método que usan los rumores para desarrollarse: inventar lo que le falta a la realidad y especular acerca de su interpretación; lo demás lo hace la gente.

V

El tiempo, apoyado por los buenos oficios del dinero, hizo después, como suele suceder, su gradual trabajo de dismantelamiento de evidencias, complicidades, recuerdos y rumores. El olvido echó raíces, y como de costumbre no pasó

nada. Ni siquiera se relacionó lo sucedido esa noche en aquel conocido *push botton*, con otra noticia aparecida efímeramente en los medios por esos mismos días: la desaparición de una estudiante de secundaria de nombre Minerva Solórzano, de quien no se volvió a saber. Hasta hoy, un año después. Porque yo, el marido de la diputada Ignacia Ludgardis Rojas, cansado de sus viejas y nuevas infidelidades, me decidí a hablar. Hace un rato las autoridades forenses desenterraron los restos de la adolescente. Aunque no es verdad, le he dicho al fiscal que mi mujer me confesó que en realidad fue ella la que estranguló por celos a la chica, quien sólo se defendía. Estoy preso por complicidad y encubrimiento, claro, pero eso no importa. La flamante diputada al fin tendrá su castigo.





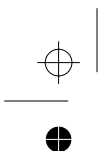
A primera vista

I

Acaso la suave cadencia de su voz. Sus ojos oscuros, intensos. La negrísima cabellera larga. Su espontánea sonrisa llenándole a ratos la cara. La abrumadora, incitante juventud. Esa increíble atención con la que me escuchaba hablar de obras y autores; y por supuesto, el inesperado regalo mismo de su visita que hacía posible mi fascinación. No estoy seguro. Preferiría en realidad no tratar de entender de forma tajante por qué a primavera vista me encantaba tanto esa chica. Porque gran parte del hechizo es precisamente no entender.

La oportunidad de platicar un par de veces con ella fue una experiencia demasiado breve, un placer hartamente fugaz. Y para colmo ya se marchó: No sé si de mi vida —siempre que quieran las partes, la comunicación puede continuar al menos por vía electrónica o por teléfono—, pero sí de cualquier ilusión de profundizar en persona nuestra naciente amistad y, poco a poco, con suerte, convertirla en afecto, acaso en la plenitud de un cariño duradero. ¿Quién no necesita cariño y estabilidad?

Pero esta reflexión representa solo mi punto de vista, es apenas una señal de la extraña inquietud que me ha embargado estos últimos días. En ningún momento hablamos de

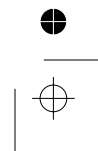
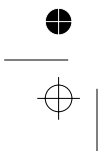


ENRIQUE JARAMILLO LEVI

empezar una relación, ni siquiera de su posibilidad. Hubiera sido absurdo. Cuatro factores no declarados lo desaconsejaban, y lo sabíamos; cómo no saberlo: nos acabábamos de conocer (de hecho solo nos vimos dos veces); su visita a este país se realizó por motivos estrictamente profesionales; le llevo muchos años, demasiados; ella se marchaba días más tarde. Además, corría el riesgo de ofenderla, o de que se burlara de mi ingenuidad, porque aunque resultaba evidente que le caía bien y que disfrutaba mucho de mi compañía, yo no solo podría ser su padre sino que estaba convencido de que su pasión por la literatura y mi prestigio como escritor eran lo único que la hacía interesarse en mí, no mi persona. Todo estaba en contra. Y en cualquier caso, nada me atreví a insinuarle, ¿para qué si de todos modos ya se iba? Pero la intuición tiene a veces extrañas maneras de aliarse con la imaginación para sembrar sus augurios, a veces falsos, y en esos casos solo hay que darle tiempo al tiempo.

II

Lo que voy a contar pudo haber sucedido en verdad, o acaso nada más ocurrió en la mente febril del escritor que parece una prolongada, necia soledad. No lo sé. Se dirá que eso no es posible, que en estas cosas no cabe la duda. Una cosa es imaginar situaciones y luego convertirlas en ficción mediante un texto narrativo verosímil, y otra muy distinta el haber vivido ciertos hechos y tener por tanto conciencia plena de ello. Quién sabe. Las fronteras no siempre son claras, a veces ni siquiera se reconocen como tales. No es insólito que la realidad y la imaginación puedan percibirse como dos caras de la misma moneda, pero es en verdad extraño que lleguen a ser una misma cara. Ahora sé que a menudo no hay distinción posible. Por eso, a estas alturas, no podría decir si la ficción se



tornó real o si fue la realidad la que se ficcionalizó. No importa.

III

La docena de poemas suyos que me dio a leer la primera vez que hablamos me parecieron, en general, interesantes pero tenían algunas deficiencias formales. Había lugares comunes, ciertas cursilerías, un manejo algo rígido del lenguaje, a ratos falta de imágenes que denotaran una singular originalidad. Pero en cambio tenían sentimiento, una especie de recóndita fuerza interior que pese a todo me los hizo apreciar como tremendamente auténticos. Sin embargo me dio pena hacerle observaciones negativas y en nuestra segunda entrevista preferí, vanidosamente, orientar nuestra plática hacia sus propias ideas acerca de un par de libros de mi autoría que le había regalado al conocernos, y que ella, para mi sorpresa, se había apresurado a devorar la noche anterior.

Con el tiempo fue enviándome por correo electrónico poemas de muy superior factura, cuyos contenidos empecé a disfrutar estéticamente, y a leer como alusiones en clave a nuestra curiosa relación, cosa que sin ponernos de acuerdo yo también hacía con textos míos que le mandaba. Era como si tras sus versos palparan emociones que iban despertando a medida que se dejaban llevar por una suerte de escritura automática, tema del que habíamos hablado en Panamá cuando le expliqué mi propio modo de crear. Sentí que esos poemas, y varios cuentos que estrenaba, en realidad me hablaban solo a mí, que me revelaban oblicuamente todo lo que ella era y no se atrevía a expresarme. Y me agarré con uñas y dientes a la ilusión como a una inesperada balsa salvadora que me llegara flotando desde aguas lejanas.

No obstante, en los correos que intercambiábamos casi todos los días en realidad nunca hablábamos directamente de

temas sentimentales, de nuestros propios sentimientos. Por lo menos al principio. Simplemente ella me contaba de su trabajo, de las reuniones en un círculo de lectores al que pertenecía, de sus clases de italiano, de los libros que estaba leyendo; y yo de asuntos académicos que ocupaban mi tiempo, así como de mis propios proyectos literarios. De vez en cuando le hacía llegar, además de algún cuento reciente, que era donde sin disimulo despegaba mi fantasía, uno que otro artículo de opinión o fragmentos de una novela que empezaba. Y así fue durante siete largos meses, que sin embargo parecieron la prolongación de un súbito relámpago.

Entonces dejó de escribirme durante dos semanas, y yo creí que me moría. “Se enamoró de otro”, pensé. “De un chico de su edad. Es lógico, así debe ser. Pero qué le costaba decírmelo, conservarme como amigo, o de plano despedirse.” O bien: “Está enferma, imposibilitada de escribir, acaso grave, porque es tal su pasión por la escritura que de otra forma no la hubiera suspendido.” Yo estaba angustiadísimo. Desesperado, consideré seriamente la idea de tomar el siguiente avión e ir a verla, pero caí en la cuenta de que no tenía la dirección de su casa. “Eso no es un problema insalvable”, me dije. “Preguntando se llega a Roma.” Después volví a caer en la depresión.

Pero esa misma tarde tocaron a mi puerta, abrí malgeniado, sin ganas de ver a nadie y, ¡bendito sea Dios!, era ella. Quedé paralizado. ¡Radiante, maleta en mano, ella en persona!

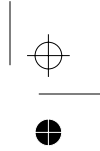
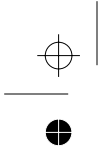
IV

Nos abrazamos largamente. Sentí que ambos temblábamos. Ese abrazo pareció eterno. Lo era en sus implicaciones. No teníamos palabras que explicaran lo que ocurría. Y lo que pasaba era que ella se había dado cuenta, releendo nuestros textos y correos, examinando sus reacciones, que me quería, que yo la adoraba, explicó más tarde; y necesitaba saber si era

pura literatura o si el sentimiento era real y en verdad era mutuo. Solo que uno no pregunta ese tipo de cosas por *email*, añadió. La volví a abrazar. Luego me perdí por no sé cuánto tiempo en sus ojos, hasta creer que ya no hallaría el camino de vuelta al viejo refugio seguro de mi ser.

Después, henchido de emoción, la cargué en brazos hasta la recámara y le hice el amor para dar respuesta a sus dudas. Tierna, apasionadamente en seguida, entré en su joven cuerpo con el ímpetu de toda la emoción rezagada. Sin embargo, ella necesitaba una mejor prueba de amor de mi parte, exclamó sonreída más tarde cuando descansábamos, y en ese momento no supe si bromeaba o hablaba en serio. Entonces le pedí que me diera hasta la mañana siguiente para demostrarle la sinceridad de mi cariño, y aceptó intrigada.

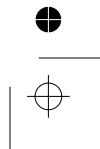
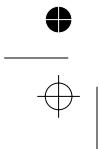
Me levanté muy temprano y, mientras ella dormía, me puse a escribir con inusitado deleite este cuento. Las palabras fueron brotando con facilidad, como si solo aguardaran ser convocadas. Ya lo había terminado, de un tirón, como si una voz muy sabia y distinta a la mía me lo hubiera dictado, cuando vi que se había despertado; y entonces, temblando bajo su mirada intensamente seria, se lo entregué. No era muy largo —cuatro páginas y media—, y posiblemente tenía el título más cursi del mundo, como también lo eran ciertas frases suyas en los primeros poemas que me mostró cuando la conocí, pero resultaba evidente su excitación a medida que lo iba leyendo. Su rostro se transformaba, se iluminaba por instantes, como el encendido gradual de un grácil árbol de navidad que terminaría por encenderse por completo. Después levantó la vista y con lágrimas en los ojos dijo simplemente, antes de abrazarme: “¡Sí, claro que me amas!” En seguida me abrazó, y fue ella quien poco después me hizo el amor como una diosa.

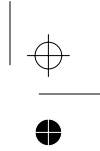
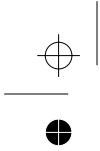


ENRIQUE JARAMILLO LEVI

V

La verdad es que todavía no sé si es real todo esto que he narrado, o si me lo inventé deseando que lo fuera. Hace tiempo no distingo la diferencia entre memoria e imaginación; realidad y ficción. Tal vez ocurra que yo despierte en un momento más, y todo sea verdad o mentira; o que siga soñando para siempre. Cualquiera sea la respuesta, qué duda cabe, ahora somos inseparables en este texto, y por ahora es suficiente. Aunque no haya nadie conmigo en el lecho.





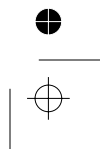
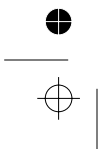
La hermandad

Para Ramón Fonseca Mora, quien en algunas de sus ficciones tiene también sociedades secretas y cofradías.

I

Rosendo Santiestéban siempre quiso formar parte de una sociedad secreta. Más que una necesidad —emotiva o intelectual— su deseo se le había ido convirtiendo en una verdadera obsesión. Algo que a toda hora le punzaba las ansias y le impedía concentrarse en otros menesteres. Y esta necesidad no era una abstracción, un concepto en busca de forma concreta. Más bien se trataba de una fuerza plenamente estructurada que nada más había que llenar con vivencias específicas dentro del indispensable carácter de secretismo que requiere cualquier conciliábulo de tal naturaleza.

Y un buen día logró su propósito: estaba dentro, era parte de una agrupación denominada *Hermandad de la Gran Fusión Interior*. En esta, en vez de nombres los miembros eran llamados por números, y a él lo llamaron 100. Tras someterlo a duras pruebas e investigarle a fondo los recovecos de su pasado y las minucias del presente, los otros noventa y nueve hermanos lo habían aceptado por sus “incuestionables méritos”. En realidad era como si lo hubieran estado esperando toda la vida (desde hacía quince años existían como entidad secreta), aunque su actividad había sido hasta el momento



pasiva. Entonces su vida cambió radicalmente. Y por supuesto él mismo, en su comportamiento cotidiano, también.

Si antes, en alguna lejana época, fue una persona abierta y más o menos tolerante, ahora se tornaba más agresivo día a día ante cualquier idea, costumbre o conducta diferente a las de la Hermandad, lo cual significaba en la práctica que su cerrazón era constante motivo de confrontación y desasosiego con la inmensa mayoría de sus semejantes. Como consecuencia, llegó a la conclusión –con la que no estuvieron de acuerdo al principio sus hermanos en la cofradía– de que solo existía una razón: la suya. Y que por tanto, ante la imposibilidad de convencer a los demás ciudadanos de las indeclinables verdades sostenidas por la Hermandad, y sobre todo debido a la considerable pérdida de tiempo y energía que supone cualquier afán de proselitismo –además del peligro evidente que entrañaba tal pretensión–, lo más conveniente era iniciar, meticulosamente y extremando cuidados en la aplicación de ciertos procedimientos, una “limpieza radical” entre los habitantes del barrio antiguo, donde residía desde veinte años antes.

Tardó un tiempo en convencer a los cófrades, pero 100 resultó ser un excelente orador, y un ideólogo en quien el radicalismo de las ideas se hacía menos notorio ante la elocuencia en su forma de expresarlas. Además, había una verdad innegable, que contribuyó al éxito de sus planteamientos... Los noventa y nueve hermanos de aquella organización eran en el fondo tan fanáticos como él (aunque por supuesto nunca hubieran usado ese término). El hecho de ser una sociedad secreta los unía más allá de cualquier individualismo pasajero porque compartían convicciones sólidas e inalterables a las que no estaban dispuestos a renunciar por pequeñeces. Y la verdad es que cada enfrentamiento con la gente ajena a la agrupación, cada maniobra que debían realizar para preservar la intimidad colectiva y sus invaluable secretos, ya iban resultando demasiado desgastantes, aparte de que los distraían

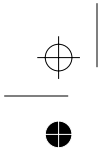
de su misión –toda sociedad secreta tiene siempre una misión–. En eso estaban todos completamente de acuerdo.

Así es que cuando desapareció la primera persona del sector de clase media en donde estaba ubicado el local en que cada quince días se reunían por varias horas, y sobre todo cuando no hubo consecuencias inmediatas que lamentar, se sintieron satisfechos y renovados en su plan. Después fueron desapareciendo personas de dos en dos cada mes durante medio año.

Fue una labor lenta y peligrosa, sí, pero perfecta en su ejecución y logros. Pero, por supuesto, al cabo de ese tiempo ya cundía una alerta general tanto en la policía como en el grueso de la comunidad, y las cosas se complicaron. La gran interrogante era si se trataba de secuestros o de asesinatos que estaban por confirmarse, ya que en ningún momento hubo comunicación alguna al respecto con los familiares de los desaparecidos.

II

Empiezo a dudar de la efectividad de lo que hacemos. Con solo trece encomiendas realizadas se ha formado un revuelo exagerado. No entiendo por qué. Ni siquiera eran padres ni hijos de familia, de eso nos cuidamos bien. Solo jóvenes solteros, profesionales la mayoría, sin familia conocida que los extrañe ni los reclame, y ahora resulta que son los amigos los que se preocupan por su ausencia súbita e inexplicable. Por suerte nuestra hermandad, en todas sus acciones, hace honor a su condición de organismo secreto. Pero aún hay que quintuplicar las *encomiendas* en la nueva fase para que podamos echar a andar coherentemente la segunda etapa del plan maestro. Tengo que pensar en otras opciones. Llar la atención no puede, involuntariamente, seguir siendo



ENRIQUE JARAMILLO LEVI

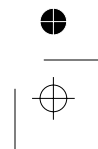
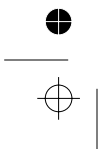
una de ellas. Debe haber una manera más cauta, más sofisticada, de hacer las cosas...

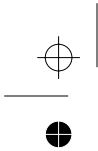
III

Llegamos anestesiados. Somos trece, todos profesionales u obreros jóvenes, los que estamos aquí postrados, incommunicados entre nosotros mismos y con el exterior. Las últimas son dos mujeres, más o menos de nuestra edad. Al principio pudimos intercambiar algunas palabras por un periodo breve, pero poco después nos taparon la boca a todos con cinta adhesiva y nos amarraron pies y manos. Estamos sobre un piso de madera vieja en un sitio húmedo pero muy amplio, a unos cinco metros entre nosotros. Obreros de la construcción, arquitectos, médicos, profesores, abogados o ingenieros. ¿Qué oficios o profesiones tendrán las mujeres, o acaso serán solo amas de casa? ¡No son nada feas! Pobrecitas, no hace mucho las trajeron y se les ve el susto. No han dicho una palabra. Sin duda les sorprende verse secuestradas por unos ancianos que sin embargo se mueven ágilmente (¿será que su apariencia es solo un disfraz?), y ser parte de un grupo de hombres que estamos en igual situación. ¿Por qué nos tendrán aquí? ¿Seguirán trayendo a otros? No las han dejado reponerse de su miedo cuando ya les están vendando la boca y amarrándolas como a nosotros. ¿Qué sentido tiene todo esto?

IV

Han pasado otros dos meses y somos treinta, igual cantidad de hombres que de mujeres. ¿Será casual que haya quince de cada sexo y que tengamos una edad similar? Fui de las primeras mujeres secuestradas, y con una precisión sorprendente fueron trayendo cada semana a las otras, y luego a tres





hombres más. ¿Con qué fin? ¡Estos tipos se ven viejos pero se mueven como atletas muy bien entrenados, y hasta pareciera haber entre ellos cierta sincronización! Si lo sabré yo que he formado parte de diversos equipos deportivos y marciales.

V

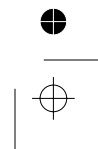
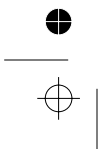
Un par de docenas más de *encomiendas* y habremos completado esta etapa crucial. Fue un error permitirles la comunicación al principio, un imperdonable descuido. No puede volver a ocurrir. Cosas como esa pueden echar a perder todo el plan.

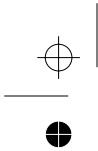
La policía y los malditos periodistas están por todas partes, atentos a cualquier hecho inusual, hurgando siempre, preguntando. Bueno, es natural, ese es su trabajo. Simplemente hay que extremar las precauciones. Este experimento es demasiado importante para que una indiscreción tonta nos lo eche a perder.

Menos mal que este local en que nos reunimos parece un viejo depósito abandonado al que entramos, con gran discreción, uno por uno, por una puerta lateral disimulada. Algún día se sabrá que estamos haciendo Historia, y el mundo tendrá que agradecerémoslo. Por lo pronto, con el nuevo dispositivo de seguridad en marcha y el apoyo logístico del Plan B que pronto habrán de implementar los nuevos adherentes, seguiremos con lo acordado recientemente en el Núcleo Supremo.

VI

Ya somos veinte de cada sexo. Pronto no cabremos en este sitio. Qué curioso que no nos hayan vendado los ojos, que nos permitan vernos, acaso hablarnos con la mirada. Debe ser





ENRIQUE JARAMILLO LEVI

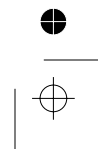
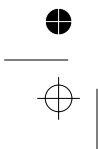
intencional, sin duda lo es. Ellos y nosotras, en una primera etapa, observamos a todos los demás. Después, cada quien procura establecer contacto visual específico con dos o tres personas del sexo opuesto, aunque tal vez también, en algunos casos, del mismo. Lo sé, por supuesto, porque precisamente es mi caso. Estoy harta de hombres en mi vida, es a ellas a quienes escruto tratando de establecer cierta complicidad, cierto acuerdo tácito por si lográramos escapar de este trance y se abrieran otras opciones una vez recuperada la libertad.

¿Hasta cuándo seguirán trayendo hombres y mujeres a este sitio. Parece un depósito, o un hangar, solo que con el piso de madera. ¿Qué pretenderán hacer con nosotros? ¿Cuándo? ¿Cómo?

VII

Siguen llegando hombres y mujeres de aproximadamente la misma edad. También tenemos en común que tanto ellas como nosotros somos más bien de buena apariencia. Y casi da la impresión de que nos permiten vernos unos a otros a propósito. Otra cosa curiosa es que uno a uno nos lleven a otro cuarto para alimentarnos una vez al día (tal vez para que al quitarnos las mordazas no nos hablemos), y también al baño para que hagamos nuestras necesidades en su presencia y a veces incluso con su ayuda, cosa a la cual nuestros cuerpos parecen haberse acostumbrado.

¡Qué extraños estos seres con rasgos de ancianos, sin embargo tan ágiles en sus movimientos! ¡Como si en realidad se tratara de finas máscaras imperceptibles meticulosamente adheridas a los rostros! ¡Y usan guantes blancos especiales que dan a las manos la apariencia huesuda que sobresale de entre sus grises batones largos y flojos impidiendo conocer cualquier detalle de sus cuerpos!



Nunca hemos visto a más de tres juntos, aunque solo es uno –diferente siempre, pero uniformada su semblanza por vetustos rostros y manos, y por las túnicas– el que nos lleva a comer y también al baño en cada ocasión, en horas fijas siempre, y en ambos sitios nos ayudan en nuestros movimientos a fin de que no sea necesario utilizar las manos, o muy poco, aunque sí nos sueltan los pies para podernos encaminar, sentarnos a la mesa a comer y en el inodoro. Hasta donde se puede notar, se trata de un grupo de hombres, pues al principio se hicieron presentes en gran número frente a nosotros. Pero por su manera más sinuosa de moverse bien podrían ser mujeres las que conducen fuera de este recinto a las prisioneras.

Nunca hablan, pero logran a la perfección hacerse entender. Su gesticulación es llanamente expresiva, simple, clara. Todo lo que hacen parece un ritual, un espectáculo en el que muy pronto aprendimos a encajar, a someternos sin la menor protesta. Al menos yo, que fui el primero en ser traído aquí, y que antes intentaba que me contestaran algunas cosas mientras me daban de comer, he sido después en extremo complaciente, tal vez por temor a ser castigado, aunque la verdad es que hasta el momento no han ejercido violencia alguna contra nosotros; salvo durante el secuestro mismo, claro. Recuerdo que durante la primera semana una y otra vez les preguntaba: “¿Qué quieren? ¿Por qué me tienen aquí?”, pero jamás me respondieron. Si yo fuera un hombre valiente y me quitaran la venda de la boca hoy les diría: “¿Acaso es por azar que aquí hay igual número de hombres que de mujeres de buen ver? ¡Déjennos al menos hacer el amor con ellas una vez por semana, aunque ustedes nos elijan la pareja y nos vigilen de cerca.” Pero por supuesto soy un gran cobarde.

VIII

Hemos llegado al número deseado, al momento perfecto. Pondremos a los hombres totalmente en manos de las mujeres. Aunque tendrán instrucciones precisas –no poder desatarles las manos ni quitarles la mordaza, o hablarles, entre otras–, el margen de libertad para actuar dentro de los límites impuestos por la situación y las posibilidades será más que suficiente. Mientras despojadas por completo de sus ropas, y ojalá también de sus inhibiciones, ellas instintivamente los acosan y seducen, los hombres solo podrán reaccionar genitalmente, pues las manos atadas y la venda en la boca les impedirán ejercer formas tradicionales de comunicación, si bien gozarán a plenitud de la vista y demás sentidos, y sus piernas recuperarán su movilidad. Sin duda veremos pronto desatarse las consecuencias de una selección virtual que ya se había venido gestando hacía mucho a través de la mirada, aunque nada garantiza que la relación de pareja se ejercite aquí a cabalidad, o que una vez en funciones esta se mantenga. Podrían darse también relaciones con el mismo sexo o múltiples intercambios que desemboquen en francas orgías. Si bien nada ni nadie es inmutable, nuestras investigaciones previas a los secuestros determinaron desde el principio que tanto estos hombres como las mujeres llevaban una activa vida heterosexual en una forma u otra, por lo que difícilmente ocurrirán incómodos desganos o rechazos, indeseables impotencias o frigideces tras tanto tiempo de abstinencia, aunque nunca se sabe. Si ciertos individuos quedaran sin actividad debido a unilaterales acciones simultáneas, en grupo, que los excluyan, debido a preferencias ocultas que bajo presión llegaran a aflorar aquí sin poderse materializar, o por cualquier otra causa, ya veríamos la manera en que se resuelven tales situaciones, o si en algunos casos quedan al garete. En cierta forma de eso, entre otras cosas, se trata este experimento. Otras cosas, sí, como la posibilidad de que surja

una voluntad de abstención, progresivas o decrecientes manifestaciones de desenfreno, necesidad de practicar perversiones, abierta agresividad o alguna expresión del más elemental sentido de lo solidario. Todo es posible, claro.

Durante este largo preámbulo, que ahora está por santificarse en el primero de los escenarios de nuestro proyecto maestro, cada miembro de la *Hermandad de la Gran Fusión Interior* ha renunciado a su identidad personal, a los hábitos y costumbres individuales. También yo, desde hace tiempo, he dejado de ser Rosendo Santiestéban para ser simplemente: 100. No tengo ya un pasado. Tampoco un eufemístico presente que jamás en nadie existe porque nada es estático sino que evoluciona y fluye. Algún día solo habrá un futuro colectivo ejercido por individuos plenamente evolucionados, los primeros de los cuales se habrán entrenado en esta querida cofradía. Por eso, en un momento, poco antes de echar a andar todo lo conducente a la magna escenificación anunciada, brindaré con mis hermanos. Una primera muestra de la raza humana será otra vez libre de la prisión de las imposiciones sociales y religiosas, habremos vuelto al más vetusto y sagrado origen, a la espontánea maravilla de nuestros primeros padres tomando posesión de sí mismos y del mundo en el **Génesis**. Y en este sitio que habitamos se habrá dado el primer paso, se habrá puesto la semilla.

IX

Era evidente que nos estarían vigilando atentamente desde un sitio oculto pero accesible a nosotros de inmediato. Sabíamos que estaban bien entrenados, ya que lo demostraron durante los secuestros. Sin embargo, lo que sorprendentemente hicimos todas las mujeres apenas nos soltaron y ellos se retiraron de la amplia estancia tras aleccionarnos acerca de ciertas prohibiciones —cada quien debía actuar por su lado, y

sin habernos puesto de acuerdo, lo cual hubiera resultado imposible—, fue soltar en seguida a los hombres: primero las manos, en seguida la boca. Instintivamente nos confiamos en que nuestros extraños raptos, que ni en los secuestros ni durante nuestro cautiverio usaron armas para doblegarnos sino solo determinadas técnicas marciales y anestésicos, no eran en determinación, aunque sí en número, más que el total de nosotros sus prisioneros. Actuamos rápido, sorprendentemente al unísono, casi de manera sincronizada, pese a nuestra individualidad: para desatarlos con manos y dientes y una decisión inquebrantable seguimos el mismo orden en el que estábamos colocadas en relación a la similar distribución de los hombres, lado a lado, a lo largo de la pared de enfrente.

Lo más probable es que la lentitud con que reaccionaron nuestros captores se debiera a que entre sus cálculos sí estaba prevista la posibilidad de que por lo menos algunas de nosotras desobedeciéramos sus instrucciones y soltáramos al hombre de nuestra elección para así poder hacer el amor de forma más tradicional, dándole participación, y renunciando así a la curiosa situación de dominio de nuestra parte que obviamente se buscaba crear. Lo cierto es que no fue difícil soltarlos, ayudarlos a pararse, situarnos en un gran círculo defensivo de hombres y mujeres que de pie alternábamos nuestra decidida presencia frente a la inminente agresión que se nos vendría encima. Por supuesto no podíamos sospechar que lo que en realidad se nos vendría encima poco después fue una inmensa red tejida con un grueso material sintético imposible de rasgar.

Ahora —han pasado varios días con sus noches de hambre e insomnio— hemos sido nuevamente amarrados de pies y manos y vueltos a amordazar. Las mujeres permanecemos semidesnudas y los hombres con sus ropas en jirones. Aislados por completo unos de otros, ocupamos pequeñas celdas individuales de yeso, distantes entre sí varios metros, en las que apenas cabemos enconchados. Aquí mismo malcomemos las

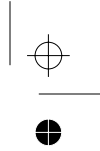
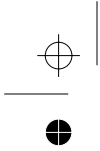
migajas que nos tiran una vez al día y en lo que nos queda de ropa hacemos nuestras necesidades.

Hasta hace poco ignorábamos lo que nos depara el futuro. Pero todo cambió súbitamente hace un rato. La creciente ola de calor que empieza a permear el ambiente, junto con el humo que se filtra por las ranuras de estos huecos inmundos en que nos tienen encerrados como bestias, nos indica que no habrá tal futuro. Que sin explicación alguna y sin compasión —¡oh pánico espantoso!—, quedaremos atrapados sin remedio en este presente de pesadilla, achicharrados en vida, al final despojos.

X

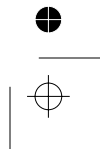
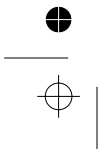
Los miembros de la Hermandad, conscientes del fracaso, tras reunirse por última vez en solemne ritual, se han inmolado. Quisieron ser los primeros. Era de justicia. Todo había salido mal y ya no había vuelta atrás. La decisión fue unánime porque es imperativo que los círculos se cierren siempre. Sabían que cuando el fuego se extendiera y terminara calcinando también a los prisioneros en sus celdas, se habría cerrado el último de esos círculos. Al menos con este gesto, comentaron varios de los más viejos, se daba cauce a la sugerencia de cierta coherencia universal.

Aunque el orden de los factores no alteraba el producto —todos morirían quemados como parte de la misma trama irrenunciable—, lo ideal, se había atrevido a murmurar Rosendo Santiestéban —ya no quiso ser 100, humillado por la enormidad del fiasco poco antes de acercar la llama del encendedor a su oscura túnica en un movimiento idéntico al de sus hermanos, quienes ya no lo escucharon—, hubiera sido que en un magnánimo gesto de solidaridad los prisioneros mismos se hubieran prendido fuego también para estar a la par del noble sacrificio de sus captores.



ENRIQUE JARAMILLO LEVI

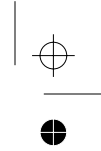
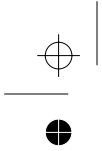
Su cuerpo ardía ya como una crepitante antorcha retorcida cuando tuvo el atisbo –nueva humillación insertándose sobre la anterior, él que siempre había sido tan lúcido y previsor– de que en las deplorables condiciones en que ahora mantenían presos a esos pobres diablos, tal pretensión resultaba totalmente absurda.





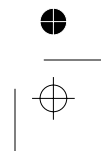
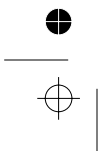
¡Qué más prueba de amor!

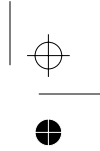
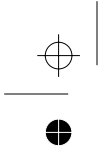
Menos. Cada vez menos bulto. No va quedando ya mucho de mí. Por instantes estoy más y más disminuido. Un achicamiento brutal. Vertiginoso. Como en un cuento de hadas o en una película de efectos especiales. Pero no, esto es real. Así, de repente, sin explicación alguna. Simple capricho del destino. Hasta ser prácticamente nada, y desaparecer en sus narices. Las de mi novia, digo. ¡Pero cuidado! Uno nunca desaparece por completo. Algo queda. Lo aprendimos en la escuela: la materia no se crea ni se destruye, solo se transforma. Yyo he sido transformado. En un puñado de arena muy fina. Arenilla en realidad, que ella, mi noviecita santa, alcanza justo a tiempo a aspirar bruscamente – ¡qué bruta, no dejó ni un granito!– antes de que me lleve el viento. No solo logra aspirarme de golpe como no lo pudo hacer nunca antes con el blanco polvillo mágico ese que le ofrecían las amigas del barrio, sino que, ¡bendito Dios!, a toda velocidad me estoy esparciendo infinitesimalmente por los rosados vericuetos de tus divinos pulmoncitos y ya formo parte de tu ser. Yo se lo dije una vez, pero ella no me creyó, más bien le daba risa: “Algún día me querrás tanto que seré parte inseparable de ti.” Y cuando salía con la cantaleta de que no estaba segura si me quería le recordaba el dicho: “Nunca digas de esta agua no beberé”. Bueno, sí, es cierto, ahora no soy preci-



ENRIQUE JARAMILLO LEVI

samente agua de refranes, sino polvo gris inconexo, diseminado en tu interior, y tú no me bebiste sino que para salvarme del aniquilamiento por esas poderosas fosas nasales de hembra decidida y ya no tan ingenua me absorbiste. Pero al menos viviré multiplicado en ti mientras vivas. ¡Qué más prueba de amor!

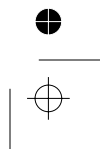
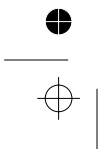


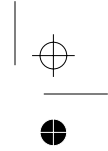
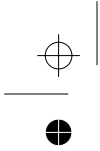


Paisaje

Para Lili Mendoza, con afecto

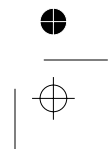
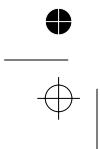
El cielo se veía hermoso. Las nubes lo atiboraban de espuma blanca convertida en toda suerte de siluetas y formaciones caprichosas delante y sobre nuestras cabezas. El aire de antes era ahora un viento recio que nos llegaba por la espalda mientras, desde la considerable altura del mirador, de pie, arrimados a la gruesa baranda protectora, oteábamos complacidos el amplio horizonte que remataba en una desdibujada cadena de montañas muy al fondo, hasta donde llegaba la vista. Había en el ambiente una gratísima paz que estuvo con nosotros por más de media hora. Pero desgraciadamente nada es perfecto en este mundo. De pronto, a lo lejos, vimos aparecer la mancha oscura de un ave que muy pronto, creciendo desmesuradamente, se volvió lo que realmente era: una avioneta de mediano tamaño que se acercaba a toda velocidad, en línea recta, hacia donde estábamos. Sin cambiar de rumbo, inconcebiblemente descendió incluso un poco más y hasta pareció acelerar. En seguida la nave estuvo alineada a la altura de nuestros cuerpos, frente a nuestros ojos atónitos —pude ver claramente el lívido rostro pétreo del piloto en la cabina de mando—, y segundos después la pesadilla se nos vino encima. Meses más tarde, contra toda expectativa, el despojo humano que soy despertó milagrosamente en una

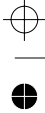
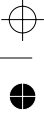




ENRIQUE JARAMILLO LEVI

cama de hospital. En un instante ominoso recordé todo y desde entonces aquel paisaje infernal se me repite una y otra vez como una maldición sin medir el tiempo transcurrido. Con un hilo de voz apenas pude preguntar hace un rato por mi familia. Hubo un silencio elocuente tras el cual me desmayé. Despierto poco después, y ante mi expectativa me confían al fin la absurda verdad. Todos fueron pulverizados por el impacto. Me sacude un relámpago de horror. ¿Y por qué no yo?!, quiero saber, y pierdo nuevamente el conocimiento. Ahora, abrumado por la tristeza, no sé si para intentar llegar a ellos o para alejarme de mí mismo para siempre, resulta de lo más fácil dejarme morir.





Reencuentro

El tiempo ha hecho estragos rotundos en su rostro, en el cuerpo que recuerdo hermoso. Arrugas y estrías a granel, sobrepeso, celulitis, ligeramente encorvada. Los años no perdonan, me digo. La belleza nunca permanece, siempre se transforma en lo peor. La memoria es la única que a veces sobrevive y salva del olvido lo que fue, lo que hubo antes. Y pensar que en cierta época me creí enamorado de su lozanía, de su esbeltez, de su altivo porte. ¡Palo de hembra que era Melissa! ¡Y ahora, Dios mío, esta mujer casi anciana me mira tratando de reconocerme! Pero yo soy mejor fisonomista que ella, porque supe casi en seguida quién es. ¡Sus ojos verdes aún esplenden, la delatan!

Y en efecto, me escruta, indaga en mis facciones. Sin duda hurga en la memoria de los buenos tiempos. Han sido cuarenta años los que se han esfumado entre nosotros, todo este tiempo ausentes del pasado, ignorantes del presente del otro, pero ella parece al fin reconocerme. Entonces se decide:

—Tú eres... Francisco Tario, ¿verdad? Te decían “musculito” en el barrio porque hacías ejercicio con pesas por horas en el garaje de tu casa y todos iban a verte mientras entrenabas. Después de un tiempo empezaste a verte musculoso como pocos chicos de tu edad.

—Y tú Melissa García, te decían “cinturita” y fuiste reina del carnaval a los diecisiete años. Eras la chica más guapa y

más coqueta de la ciudad, y todos hablábamos siempre de ti y queríamos ser tu novio.

—Probablemente no lo sepas, pero tú casi lo logras. En realidad me gustabas bastante. La verdad es que en esos tiempos tus bíceps y espaldas anchas me fascinaban porque te hacían diferente a todos los chicos de tu edad.

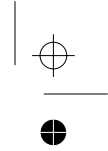
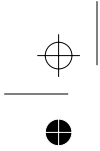
Ambos callamos, tontamente apenados, sabiendo que muy probablemente coincidíamos en lamentar en silencio nuestra apariencia de ahora, la propia y la del otro por igual. La barriga, esta flacidez donde antes hubo dura fibra muscular, mi apabullante calvicie, nada tienen que ver con su recuerdo del chico que fui. Es algo de lo cual difícilmente hablaremos con sinceridad. No hay la confianza, y además para qué.

Pero casi en seguida prevalece al unísono la genuina alegría del reencuentro.

— ¡Celebremos! —le digo contento.

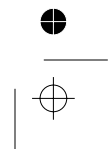
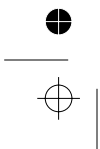
— ¡Por supuesto! —responde con el rostro iluminado por el brillo de sus ojos de gata rodeados de estrías, e inserta su grueso brazo pecoso en el vacío que deja junto a mi voluminosa cintura el ángulo del brazo que le ofrezco.

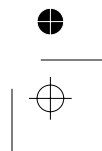
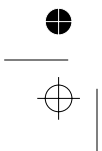
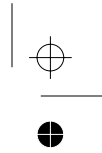
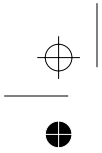
Nos vamos caminando sin rumbo fijo, a paso lento, un poco torpes, como viejos amigos, sin duda pensando en lo que fuimos, tratando de entender lo que ahora somos, lo que seremos. Seguramente sin lograrlo, pero menos solos.

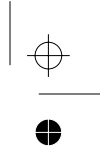
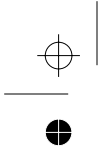


Una vez más

Despertar y saberme vivo cada mañana es una experiencia maravillosa. Percibir la luz empapando con los mil matices de su brillo sereno los diversos espacios del tiempo. Apreciar los contornos de las cosas, sus texturas, los colores, una auténtica bendición. Escuchar las intermitencias altas y bajas de los sonidos de la vida que desde la ventana fluye hasta mi lecho con sus olores múltiples turnándose por instantes en el olfato, una gracia sin duda inmerecida. Saborear poco después la suave resistencia de tus pezones endureciéndose milimétricamente bajo la tenacidad de mi lengua y el cerco de mis labios mientras despiertas a mi lado, el anticipo del éxtasis que al acoplarnos sabemos que vendrá. Entonces, reconociendo la vieja llaga de mi soledad, pongo una vez más la imaginación en cintura y, sacudiéndome el ensueño, dejo de escribir.







Alguien me mira

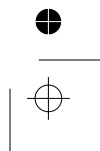
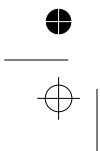
Alguien me mira todo el tiempo. Siento su mirada acechándome. Áspera, a veces filosa, entra en mi piel; en mi ser más íntimo penetra. Corta y rasga. Nada respeta.

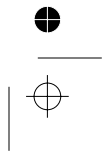
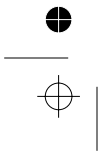
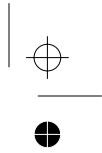
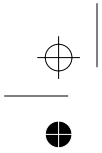
Ignoro lo que busca. Pero temo que en algún momento, cuando me descuide, se lleve de mí lo máspreciado. Y ya se sabe que sin alma no podemos vivir.

¿Cómo hago para confrontarlo? Ni siquiera sé quién o qué es ni dónde está. ¿Será que no tengo defensa posible? ¿Que mi sino es dejarme avasallar por su silencioso agujón? Y en tal caso, ¿me daré cuenta llegado el final?

La figura que apareció en el espejo calmó sus temores. Al materializarse por primera vez su propio reflejo, la mirada que lo encapsuló se hizo dulce, complaciente. Indigna de su miedo ancestral, que desapareció de inmediato.

Después, pasando el tiempo, sintiéndose a salvo engordó y engordó y engordó inmerso en su gran seguridad, hasta que, henchido en su incontenible mansedumbre, estalló en mil pedazos. Ya no percibió que la mirada seguía ahí, la mía, claro; viéndolo todo, disfrutando el espectáculo.







Efectos primarios

Tenía la costumbre –mala o buena, según se mire– de andar por ahí tocándole los pechos a todas las chicas guapas. Algunas se molestaban muchísimo, pero otras lo dejaban hacer muertas de la risa. Yo estaba entre estas. Me encantaba sentir el fugaz roce de sus dedos en la punta de mis pezones. Así es que cada vez que lo veía venir erguía el tórax en ademán militar como preparándome para ser requisada, y le sonreía con malicia. Ya la larga, aunque era un chico muy distraído, Alberto se dio cuenta de mi entusiasta actitud y decidió ir un poco más lejos.

Una tarde, al salir de clases, aprovechó que yo estaba sola ejercitándome en el gimnasio, se me acercó directamente y, mirándome a los ojos, con ambas manos me cubrió los senos por encima del suéter y me los presionó con suavidad. Fue como si me recorriera un delicioso escalofrío. Instintivamente, lo besé en la boca. Estaba muy excitada y él, obviamente, también; así es que dejé que me fuera desvistiendo y terminamos haciendo el amor sobre el piso. Fue cuando entró el profesor de educación física y nos pilló *in fraganti*.

Tal vez no hubiera pasado nada malo si hubiera sido un profesor cualquiera, alguien a quien pudiéramos rogarle silencio o, en el peor de los casos, sobornar. Pero se trataba nada menos que de mi padre, y yo era menor de edad. Le dio tal golpiza al pobre Alberto, durante un tiempo espantosamente interminable, que terminó por desgarrarle un ojo y

por lesionarle seriamente el esófago y el páncreas. Fue necesario llevarlo al hospital en ambulancia, con hemorragias internas y en estado de *shock*.

No solo echaron a papá de su empleo en el colegio sino que lo han metido preso, no sé si de por vida. Y yo, para colmo, tres meses después estoy abrumadoramente embarazada. Cada vez que pienso que mi bebé ya no conocerá a su padre porque el pobre no sobrevivió a la paliza, le echo la culpa no a papá, sino a esta arrechera que me asedia día y noche desde que tengo memoria. Pero sobre todo, a mi reiterada estupidez de negarme dizque por temor a sus efectos secundarios, a seguir tomando los anticonceptivos que hace tiempo me recetó el médico. Obviamente, lo que en realidad ha resultado de mi irresponsabilidad es esta serie de nefastos *efectos primarios*, que crecen y se multiplican con mi gran panza.



Maná del cielo

*Para Fulvia Morales de Castillo,
fiel conocedora de mi obra*

Me acuerdo que los cuentos le salían con una facilidad increíble. Se sentaba, se disponía a escribir, y en seguida lo estaba haciendo como si en su ser guardara un surtidor de palabras que saltaran invisibles desde su mente hasta las yemas de sus dedos que se deslizaban como sonámbulos sobre las teclas. En menos de lo que canta un gallo ya iba cerrando el primer párrafo y se disponía a enfilear hacia el siguiente.

Pero lo más sorprendente es que él siempre aseguraba no tener plan alguno en la cabeza, ningún tema en particular, cero estrategia narrativa. Y yo le creía, porque vi repetirse el fenómeno una y otra vez a lo largo de un montón de años, y surgir de esta manera, como por arte de magia, numerosos cuentos que luego pasarían a engrosar los libros que poco a poco se las ingeniaba para ir publicando.

Una vez le pregunté de dónde sacaba tanta vaina, y me dijo que no sabía, que el más extrañado del reiterado fenómeno era siempre él mismo. Pero la cosa es que así fue creando buena parte, si no toda, de su cuantiosa obra literaria. Por supuesto, muy pocos le creían que en verdad fuera capaz de escribir así, de la nada, como si el flujo de palabras, de frases

luego, de párrafos después, simplemente llegaran a él como maná del cielo. Tiene que haber otra procedencia, un mecanismo secreto, algo, que le permite escribir tanto y tan bueno una y otra vez, decían.

Pasaron los años, el hombre produjo un apabullante número de cuentos de sostenida calidad, publicaba libro tras libro, y nadie daba en el clavo. Hasta que un buen día, ya muy entrado en años, se sintió vaciado de toda posibilidad de crear algo nuevo sin repetirse, y sencillamente dejó de escribir. Se había producido, no un agotamiento mental, sino un auténtico drenaje. Acababa de cumplir noventa y tres años de edad. Como quien dice, se jubiló finalmente de la Literatura, mas no de la vida.

Yo he recopilado todo lo que escribió, incluso los cientos de cuentos que dejó inéditos y que espero se puedan publicar, junto con todos los otros, como su gran libro póstumo algún día. Esta labor me ha exigido disciplina, tenacidad y constancia. Pero después de tantos años de escribir me ha dado un enorme placer reunir al fin la totalidad de su obra cuentística –en realidad la mía–, darle un cierto orden sin dejar de ser autocrítico, puliendo todavía cada texto. Vista en retrospectiva, examinada en detalle, me parece que por su cantidad, variedad y calidad –modestia aparte– valió sobradamente la pena. Porque resulta que uno no es Franz Kafka, quien como se sabe pidió que tras su muerte se destruyera gran parte de su trabajo literario. La gente como yo es irremediablemente vanidosa con lo propio –¡qué duda cabe!–, aunque por supuesto eso de la calidad es algo que tendrá que decidir cada lector.

Mientras tanto, como autor y recopilador de mi producción toda, ciertas cosas todavía las decido yo, primer lector de mí mismo.



No fui yo

Fue un largo y desventurado acecho el de varias decenas de periodistas de prensa, radio y televisión en vigilia permanente frente a la vieja casona de los Ordoñez, prestos como buitres rabiosos a asaltar el portal de madera apenas asomara alguien las narices. Pero nadie salió durante dos semanas, pese a las evidentes obligaciones laborales y escolares de grandes y chicos por igual. A la tercera semana los medios parecieron finalmente aburrirse y se empezaron a retirar. Poco después no quedaba nadie.

Una vieja estratagema. Porque apenas abrí la puerta y di algunos pasos que sonaron huecos sobre los tablones de la entrada, surgidos de la nada aparecieron otra vez los periodistas como sombras que se materializaban. Incontables micrófonos me fueron empujados de inmediato hasta la boca urgiéndome a responder un confuso concierto de preguntas simultáneas que se convirtieron en un desagradable ruido cacofónico.

Solo hice el siguiente pronunciamiento, largamente pensado, relativamente extenso pero tajante, antes de forzar-me paso a través de aquel enjambre de cuerpos, micrófonos, cámaras y grabadoras que insistían en sacarme información, para en seguida dirigirme a mi oficina:

— Solo diré esto una vez: Yo no la maté. La encontré muerta en mi carro estacionado en la cochera de esta mi casa. Estrangulada. Alguien puso ahí el cuerpo todavía tibio de mi

secretaria con el fin de comprometerme. Por varios meses sostuvimos una relación sexual, sí, pero ya había terminado. Estaba por pedirle la renuncia cuando ocurrió el crimen. Mi familia ya estaba enterada acerca de esa relación, yo mismo le confesé la verdad a mi esposa e hijos. También les dije de inmediato, esa misma noche, lo del cuerpo hallado, y que iba a llamar a la policía, a la que en efecto yo mismo contacté para notificarles lo sucedido. Y ustedes saben muy bien que pese a las circunstancias estoy en libertad por falta de pruebas. Ahora váyanse y déjenos en paz.

Me siguieron hasta el carro gritando todos a la vez, como energúmenos, el mismo caos de preguntas. Logré entrar antes de que volvieran a rodearme, y precipitadamente arranqué. Pero en mi afán por huir de ellos, ya que se metieron a sus respectivos carros con pretensiones de seguirme, no hice el alto en la luz roja de la esquina, y al continuar de frente a toda máquina sobre la avenida fui violentamente embestido de lado por un camión de basura que, también a toda velocidad, atravesaba en ese momento la vía.

Lo último que pensé un instante antes de expirar entre los hieros retorcidos de mi propio carro, en donde también había estado al final de su vida el cuerpo de mi secretaria, fue: “¡Qué estúpida manera de morir! No sé cuál de sus amantes lo hizo, no fui yo, periodistas de mierda. Pero ganas no me faltaron. ¡Maldita, te lo merecías por chantajearme sin piedad con decirle todo a mi familia si no te daba una enorme suma de dinero! ¡Pero, coño, no merezco este final!”

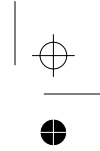
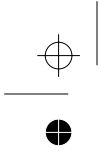


Nombrarte esta noche en silencio

Para Marialicia Atencio

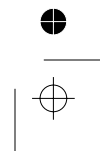
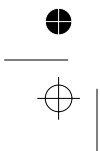
***E**s fácil nombrarte una vez más en silencio esta noche. En verdad no implica esfuerzo alguno. Esta noche y todas las noches del calendario. Hay una secreta armonía en el ambiente que lo permite, lo propicia. Una magia que viene de las palabras mismas, de las letras todas de tu nombre. Un misterio que se vuelve transparencia como en esas horas del amanecer cuando sin alarde alguno la oscuridad se torna luz en las ventanas poco antes de dejar de soñar. Además, ¿de qué otra forma sobrevivir en esta lejanía de tiempos y distantes geografías que nos separa?*

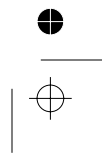
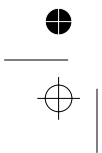
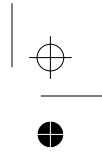
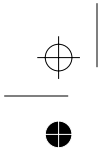
Es cierto que hay mucho de ilusión en este ensueño. Cómo negar que el escritor respira tras el hálito suave que van dejando las palabras, y que el silencio y la noche que transcurre solo son instrumentos de esa esperanza. ¿Pero qué importa, si a fin de cuentas te rescato, te acerco, te musito la añoranza extrema de mis horas y, al hacerlo, la exorciso? Tal vez de tanto nombrarte logre alguna vez hacerte real, hacerte mía.

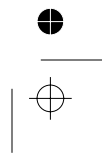
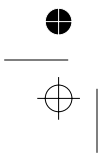
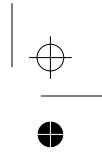
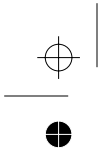


ENRIQUE JARAMILLO LEVI

Entonces el escritor pudo al fin dormir cobijado en su ilusión. Exhausto, drenado de energía, fue incapaz de saber que el ensueño en la vigilia era tan fugaz como soñar dormido. Pero esa fue la primera noche que el cansancio le impidió soñar. Tampoco sería la última. Horas después, cuando despertó, a plena luz del día la soledad, desperezándose también, lo miró de frente con marcada tristeza haciéndole saber una vez más que seguiría rumiando a su lado.







Secreto a veces pone de manifiesto el ingenio, la imaginación, el humor negro y la destreza de un oficio narrativo en que se despliegan los 43 cuentos de este nuevo libro del destacado escritor panameño Enrique Jaramillo Levi (1944). El amplio espectro logrado es sorprendente, sobre todo a la luz de las palabras del propio autor: "Creados todos durante los diez primeros meses de 2007 mediante una suerte de febril escritura automática, estos textos profundizan las indagaciones eróticas, fantásticas, realistas, oníricas y metaficcionales que han caracterizado mi obra, sólo que con una actitud más lúdica y acaso irreverente."

Desde el enfoque miniaturista de una realidad proteica y porosa en la que se revela el doble fondo de cierta experiencia humana exacerbada por la paradoja y el extrañamiento, estos cuentos escrutan con desenfado y sabiduría las imprevisibles consecuencias de la impulsividad; las oscilaciones entre lucidez y demencia; y las situaciones extremas de la sexualidad desatada por el celibato en el sacerdocio católico, el adulterio, la violencia doméstica, el incesto o la simple efervescencia hormonal. También, la incertidumbre de quien no entiende su nueva condición de fantasma; la naturaleza enigmática de un sueño dentro de otro que desemboca en una realidad de cuya naturaleza auténtica dudamos; los patéticos entramados de una soledad que se inventa certezas para sobrevivir a la desesperanza; y la lucha del escritor por explicarse los recovecos del proceso creativo, entre otros temas inquietantes. Enrique Jaramillo Levi demuestra aquí, una vez más, ser un maestro de la ficción breve hispanoamericana.

Secreto a voces

Enrique Jaramillo Levi

Colección **Sulayom**
Uruk Editores

